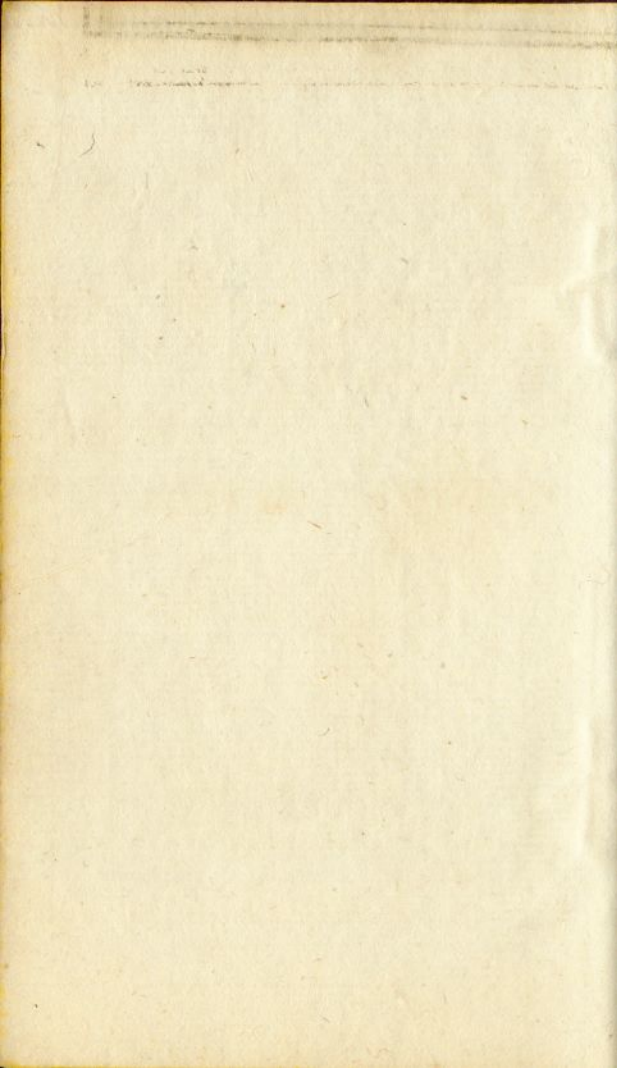


VIAGES
DE
WANTON
.....
3.



VIAGES
DE
ENRIQUE WANTON.
3.^o

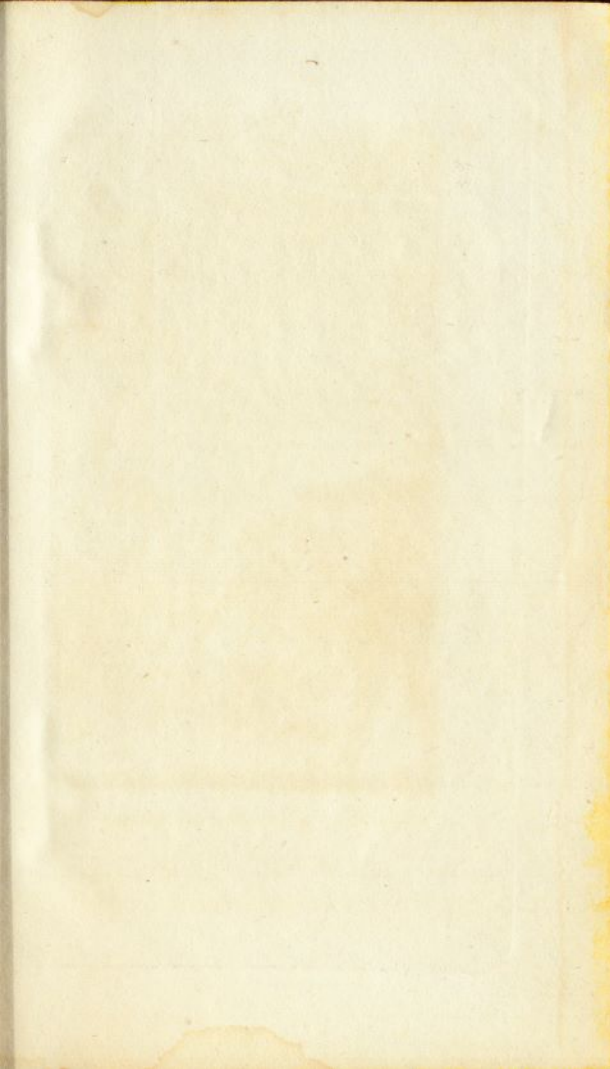
ALICIA

DE

ENRIQUE WATSON.

3.

IMPRESA DE I. SANCHA: *calle de la Con-*
cepcion Gerónima, núm. 31.





Madama Cebolla propone la
moda del Galiluto.

VIAGES

DE

ENRIQUE WANTON

al Pais de las Monas.

TRADUCIDOS

Del Inglés al Italiano, y De éste
al Español

POR D. G. J. V. D. G. Y. M.

Segunda Edición.

CON REAL PRIVILEGIO.

MADRID:

Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de
la Concepción Gerónima, n.º 3.

MAYO DE 1831.

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

WELLS

VIAGES

DE

ENRIQUE WANTON

al Pais de las Monas.

CAPÍTULO PRIMERO.

Plan de la casa del señor Haya despues de la boda: trátase tambien de los lutos de corte.

No respiraba otra cosa que profusion, alegría y satisfacciones aquellos dias inmediatos á la boda el palacio del señor Haya: oficiosa madama Espina estaba hecha una pura diligencia, sin que en la propia y la nueva familia hubiese asunto que ella permitiese pa-

sar por otra mano que la suya; disponia el ceremonial de las visitas; tenia lista del órden con que habian de pagarse; fabricaba en su desbaratada fantasía el tren con que el primer dia debian salir al paseo los nuevos esposos: era el único arbitrio de convidar á comer la sopa (como ella decia en su lengua mona) á los que eran de su agrado; en una palabra, dió rienda á su genio dominante para que ninguna otra persona de la casa interviniese aun en la mas ridícula menudencia. La señora Lechuga se iba disgustando del despótico gobierno de su madre; pues desde el primer dia de casada quisiera haber tomado á su cargo plenamente la direccion de su familia. El señor Nuez-moscada y su suegro, aunque todo lo conocian, sufrían con prudencia, porque la dulzura del uno y del otro genio repugnaba á cualquier rompimiento. Los hijos del señor Haya, especialmente mi amigo Tulipan, divertidos fuera de casa, como solo estaban presentes á la hora de comer, cuidaban poco de lo que en ella pasaba. Roberto y yo sin incluirnos en las materias domésticas, gozá-

bamos los buenos ratos que daba de sí el tiempo, y echábamos el cuerpo fuera cuando los asuntos que se trataban no eran de nuestra inspeccion. Los criados y criadas finalmente de una y otra familia estaban en continuas reyertas; los antiguos querian mandar en calidad de tales á los nuevos, y estos se defendian con el comun, *no me toca*, que tanto reina en donde hay muchos; y todo paraba en perpetuos chismes, que ambas señoras oian con la atencion mas profunda, trasladándolos del oido al corazon, para que poco á poco indispuestos los ánimos, reventase la mina cuando menos se pensase con desasosiego de todos los de aquella casa, y general escándalo del pueblo. Este era puntualmente el plan de la casa del señor Haya en aquella sazon.

Pero el asunto que mas ocupaba la atencion de aquellas monas era la paga de visitas de novia: todos los dias se suscitaba una cuestion sobre el ceremonial: fue muy reñida la que se dirigia al órden con que habian de pagarse: por voluntad de la señorita, la primera debia ser á la marquesita de la Remola-

cha (que tambien hay títulos en aquellos países con tanta abundancia como en nuestra Europa, aunque hasta ahora no se ha ofrecido nombrarlos) hermana del novio, y por tanto de la primera obligacion, porque aunque hacia poco tiempo que por medio del matrimonio habia la dicha salido á volar, y no podia saber mucho de la etiqueta mona, por cuanto estaba criada al lado de una abuela que cansada de las locuras de su juventud la habia tomado por el opuesto extremo de una impertinente y ridícula austeridad; no obstante, una venerable quintañona tia de su marido, vieja de mala gana, de las muchas que hay de semejante jaez en aquella metrópoli, que á fuerza de arrebolarse y estirar sus arrugas quieren engañar al público que se rie de sus extravagancias, la habia tomado á su cargo para quitarla la corteza y ponerla en el tono del *gran mundo*; ésta sin duda con aire magistral la haria conocer la gravísima falta que se cometia si no se efectuaban las cosas como meditaba su cuñada, y el execrable atentado contra la respetable ceremonia del

estilo corriente; pero al desembarazado genio de madama Espina nada impedia para hacer y gobernar lo que era mas adecuado á sus caprichos; y asi á pesar de las reconvenciones de su hija, dispuso la primera visita para madama Cambronera; era esta señora viuda del hermano mayor de madama Espina, que habia pocos años que habia muerto, y fue un ministro de crédito en aquella curia; mona ya de avanzados dias, de pocas y misteriosas palabras, y de una seriedad fastidiosa capaz de imponer sujecion aun á dicha madama Espina, que es cuanto puede decirse. Rechinando la hija hubo de dar gusto á la madre tanto en aquel dia, como en los siguientes, de lo que se originaron mil disgustos y quejas: á todas daba salida la madre, hasta que llegó el negro dia que trajo el mas difícil caso, el asunto mas intrincado, y la materia de mayor peso que podia ocurrir en el largo tratado del crítico ceremonial mono.

Estaba disponiéndose la novia y su madre para ir aquella noche de visita á casa de la célebre madama Zunahoria (de quien repetidas veces se ha

hecho mencion) cuando subió un lacayo, y avisó que su ama madama Cebolla esperaba á la puerta licencia para hablarlas dos palabras, y que suplicaba no se excusasen, antes bien que la recibiesen como se hallaran, porque el negocio á que venia era árduo, y no daba espera: luego que les fue intimado, entraron en un cuidado muy grande, porque el general concepto de docta que tenia madama Cebolla acreditaba la duda por de suma importancia y dificultad: aunque madama Espina estaba muy pagada de su trabajo, temió errar la resolucion, quiso asesorarse, y envió un page para que cualquiera de los dos, Roberto ó yo, el que mas proporcionado se hallara, entrase en su gabinete, y resolviera el caso segun el conocimiento que ya habiamos adquirido del pais; Roberto habia salido, y asi fui yo, que aun me hallaba en casa, el que asistió á la conferencia.

Ya habia entrado madama Cebolla cuando yo llegué; la que despues de las formalidades de tabla, propuso en breve su consulta en estas ó semejantes palabras: ya sabeis, hija, el genio bur-

lon y desahogado de mi amiga Zanaboria; yo te confieso que la temo, y no quisiera darla causa de que se riese de mí; acabo de tener recado de un convite suyo, pidiéndome la acompañe á una pequeña diversion que hoy previene en su casa con motivo de recibir de novia á tu hija. No puedo faltarla, pero en la duda que me ha ocurrido he querido venir á consultarte para hacerlo que tú y tu hija tengais ánimo de ejecutar: esta es, que como no ignoras está la corte de luto, y me hallo perpleja acerca del traje que deberé llevar; ir de luto á un baile, y á una visita de novia me repugna; ir de gala, tiene la contra de que lo reparen y serian á mi costa: consideradas estas y las demas importantes y profundas razones, que por uno y otro lado pudieran alegarse, respóndeme qué deberemos hacer.

No era el asunto tan frívolo (como acaso parecerá á algunos de mis lectores) que no produjese la mas seria meditacion en el entendimiento de las monjas: suspendióse madama Espina para decidir con mejor acuerdo; callaba ma-

dama Cebolla; y la novia, como muchacha al fin, decia mil despropósitos acerca de los insuperables escollos que por todos lados encontraba. No quiso antes de oirme meter el montante madama Espina; y así todas me rogaron dijese mi parecer: peligrosa materia y delicada es, dije, mezclarnos en las particularidades de la etiqueta ó ceremonial que deben observar las señoras; pero supuesto que el presente punto de lutos no comprende solo á estas, sino tambien á los caballeros monos, diré sencillamente lo que alcanzo, éste segun tengo entendido, es un duelo por un príncipe que ni aun parentesco tiene con el soberano de estas provincias, y por tanto de mera ceremonia; á esto se añade que al presente se halla la corte en el sitio, con que no parece que la falta de este cumplimiento pueda ser tan notable como se exagera: pero demos de barato que el quebrantamiento de esta dolorida demostracion fuese un insufrible defecto, esto deberia entenderse con aquellos sugetos que componen lo formal de la corte, cuya entrada en palacio los constituye en la obli-

gacion de la observancia de semejante ceremonial; pero los que no tienen en ella otra intervencion que la de vivir en la capital, por mas circunstanciados que sean por sus familias ó empleos, se hacen á la verdad risibles, cuando se muestran tan sentidos por la muerte de un personage que ni aun saben quien fue; y no os parezca que esta es impertinente nota de un extranjero, sino efecto de una tan garrafal ridiculez que se viene á los ojos de cualquiera. ¿No quereis que me ria, habiendo sabido que ayer (dia en que se publicó el luto) no quiso madama Batata salir al paseo con su prima la marquesa, porque la modista no la habia traído la gran cofia empavesada de negro, siendo asi que el dia antes me consta habia puesto en el parte (y no es el primero) un memorial, pidiendo á la liberalidad del soberano una limosna, que fuese ayuda de costa para mantener sus precisas obligaciones? ¿Cómo quereis que haya sugeto sensato que deje de dar carcajadas al ver repetidísimos ejemplares como el de ese muñeco de enfrente de casa, que porque come trescientos du-

cados del real erario, que gana en una oficina, adonde desde su antesala le trasladó su amo, salia habia dos horas con un luto mas reverendo que el que pudiera vestirse un gefe de palacio, pues aun la contera del espadin llevaba forrada de bayeta negra?

Luce mas el despropósito de semejantes mentecatos á vista de un gran número de personajes graves, que ó por su calidad ó por sus empleos componen una respetable porcion de la ciudad, y con todo eso como no tienen su destino inmediato al soberano, se desentienen de la que solo es ceremonia de corte; bien públicos estan los ejemplos; con los empleos mas visibles de fuera de palacio compite el del señor Haya; la nobleza del señor Nuez-moscada es de las mas sobresalientes de estas provincias; el señor Peregil, primo de madama Cebolla, une á la gravedad de la judicatura el lustre de su nacimiento, y con todo eso.... Ya entiendo donde vais á parar, replicó madama Espina impaciente al ver que mi razonamiento no se adecuaba á sus ideas; nos proponeis ejemplos de dentro de nuestras casas

para que con mayor fuerza prevalezca vuestro dictámen; pero habeis de saber que si ellos y sus semejantes por el capricho de una afectada moderacion no quieren seguir los estilos de la corte, nosotras que estamos (gracias al cielo) dotadas de un superior espíritu para despreciar la mordacidad de los mal humorados críticos, conocemos que no vamos decentes á las concurrencias públicas sin atemperarnos al uso y vestirnó como nuestros iguales: además de que no será extraño creer que muchos por la singularidad de no hacerlo que los demás de su clase, tendrán mas vanidad de no vestirse de luto, que los que indebidamente se enlutan de ponersele.

No es mi ánimo, querida mia, dijo madama Cebolla, reprobar tu dictámen, pero no puedo negar al mismo tiempo la razon del señor Enrique; y de aqui es que aparece la misma duda que al principio de nuestra sesion; y mediante á que el tiempo insta, y que de aquí no he de partir sin que lo resolvamos, quiero proponer lo que prontamente me ha ocurrido; esto es, que

vamos vestidas de luto con cabos de gala; quiero decir, los vestidos negros y los aderezos de diamantes, porque de este modo se logra unir los sentimientos de la corte con las alegrías de la boda. No se puede ponderar cuanto celebraron aquellas buenas señoras el hallazgo de madama Cebolla en la tal quimera ó adorno, que inmediatamente determinaron se abrazase y publicase como nueva moda con el nombre de vestido de *galiluto*. Quien mas aplaudió tan delicado pensamiento fue la novia, porque por este medio saldria á relucir el rico aderezo de diamantes, con que á costa de un escandaloso número de pesos la habia engalanado el novio el dia de la boda. Por último, se despidió madama Cobolla dejando sumamente alegres á sus amigas, de quienes me separé, encaminándome á mi cuarto para soltar los diques á la risa con mas libertad en compañía de mi Roberto, y á costa de aquellas mentecatas.

Llegó por fin la noche, y á la hora regular nos retiramos Roberto y yo en calidad de convidados á casa de madama

Zanahoria, á quien como á todas sus amigas, hallamos adornada segun el nuevo ceremonial (que en tan breve tiempo corrió de una mona en otra la decision de la sapientísima madama Cebolla); solo la Condesa de la Llanta por haber estado todo el dia en una casa de campo á divertirse, ignoraba la promulgacion de la nueva prae-mática del galiluto, por lo cual se fue á la visita cubierta de los mas lúgubres avíos; pero gracias á la actividad de la señora de la casa, no cometió el grave defecto de funestar el estrado, por que saliéndola al encuentro en la antesala, y noticiándola el moderno establecimiento, pudo disponer su escondite en un cuarto reservado hasta que volviese un lacayo que envió á su casa por los diamantes suficientes para poder comparecer en tan brillante congreso.

Entre los monos solamente los militares de menor graduacion, dos ó tres ministros provectoros y otros tantos arrendajos de ellos, esto es, pretendientes de plazas del ministerio, por contemporizar con sus mayores, eran

los que nos acompañaban sin luto; pero los del restante número (que era grande al olorcillo del baile) estaban segun me pareció por el traje, sumamente sentidos; pero no tardé mucho en deponer mi falsa opinion, porque luego que se acabó lo que llaman baile serio, y comenzó la broma y mezcla de los dos sexos, fue para mí un espectáculo de gran diversion ver saltar, patear y dar muestras de la mayor alegría á toda aquella porcion de monidoloridos. Prolongóse la tal especie de locura á compas hasta una hora incómoda segun costumbre, y finalizada nos retiramos acompañando á las señoras de casa; y en el camino notamos mediante una ú otra indirecta, que no iban acordes los ánimos de hija y madre.

Fueron éstos presagios del próximo rompimiento. Madama Lechuga deseaba vivamente separarse de su madre para regentar su estado independiente, y así al primer chisme que la trajo una criada, tomó el partido de su familia; madama Espina defendia la suya; enardecieronse los ánimos, crecieron las voces, alborotaron la casa y escandaliza-

ron la vecindad: acudimos todos á sosegar á aquellas dos tigres; á porfia querian informarnos del principio de la reyerta, pero cada proposicion era origen de nuevos gritos; imposible fue averiguar la verdad de la causa accidental de la quimera, la sustancial y motiva no se nos ocultaba.

En una palabra (prorumpió madama Lechuga hablando con su marido) yo no puedo aguantar mas á mi madre; quiere ser despótica; si mando á mis criados siempre encuentra motivos de reprenderme, y es porque no haya otra que mande en casa; si vienen visitas á mi cuarto no las halla por convenientes, y si no fuera faltar al respeto de madre, diria que mas que celo es envidia porque no van al suyo, como si de esto fuese otra la causa, sino que ha nacido treinta años antes que yo; por fin, no hay en mí accion que no note, ni respiracion que no me cuente. Mi libertad no debe ser tiranizada ni sufrir dos dueños; luego que te dí la mano me constituí bajo tu obediencia, y así salí de la familia en que nací para pasar de un todo á la tuya. Esto

y mi sosiego no es posible sin que separemos absolutamente la casa, porque dos tocas y un hogar se avienen mal; conozco que el gasto será grande por haber de comprar todo el mueble correspondiente, pero no estamos tan atrasados que no pueda hacerse sin grave dispendio; y en fin, si algo te empeñases, mas vale que sea por esta causa, que por la de mis funerales, que sin duda llegarían muy presto si permaneciera mas tiempo en tan amarga constitucion; y así ten entendido que esta noche no se ha de verificar que duermos en esta casa. No fue fácil que mudase de dictámen ni por los partidos que el padre la hacia, ni por las juiciosas reconvenciones del señor Nuezmoscada, ni por nuestros ruegos; lo mas á que se la pudo reducir fue á que no saliera de casa de sus padres hasta que se la pusiera la suya, con condicion de que fuese muy breve el plazo, y con tal de que mientras se cumplia habia de estar retirada sin entrar por motivo alguno en el cuarto de su madre; cuya propuesta cumplió tan exactamente, que ni aun para comer dejaba su ga-

binete. El pobre marido andaba desasegado, ya solicitando muebles, y ya procurando casa proporcionada para su habitacion por darla gusto, porque en este intermedio no se la podia ver la risa. ¡Á que extremos no llega la obstinada voluntariedad de una mona consentida y mimada!



CAPÍTULO II.



Del mutuo obsequio de Tulipan y la marquesa de la Mielga.

De dia en dia habia ido creciendo la amistad con que me trataba Tulipan, que era como ya se ha dicho el hijo menor del señor Haya; y al mismo paso se iba acercando el tiempo en que habia de experimentar el cúmulo de desgracias é incomodidades que me ejercitaron en aquellos paises: no es mi ánimo fastidiar á mis lectores particularizándolas en estas memorias, y asi solo pondré como por mayor aque-

llas que tengan conexion con el hilo de la historia. Era consecuencia de esta estrechez hacerme Tulipan partícipe de todos los secretos de su corazon y de las pasiones que le agitaban, y mi fidelidad en el sigilo en tan alto grado que ni aun con Roberto los conferia. Gran necedad cometí en la observancia de tan delicado punto de honor, pues él me acercó mi precipicio; pero lo conocí cuando no tuvo remedio. Como yo deseaba una instruccion á fondo de las costumbres y demas circunstancias de aquellos paises extraordinarios, y lograba ésta mediante la grande introduccion que tenia Tulipan con toda clase de personas, me era forzoso por darle gusto contemporizar muchas veces, y acompañarle contra mi voluntad.

El mal humor que reinaba aquellos dias en las señoras de casa, el sentimiento del señor Haya, el desasosiego de su yerno, el atropellamiento de los criados, y la precipitacion y bulla de la mudanza, no hacian la mejor acogida dentro del palacio; con que agregadas estas incomodidades á la cos-

tumbre de Tulipan, de dar la mayor parte del tiempo á sus devaneos, se puede considerar su poca parada en él. Una de sus mas preferidas visitas, ó por decir lo mas cierto la principal, era á la marquesa de la Mielga, jóven hermosa, pero boba; rica, pero presumida; bien nacida, pero mal criada, estaba casada con un caballero mono; juicioso, prudente y arreglado. No era este el único casamiento de esta especie en aquella metrópoli, dentro de casa teniamos otro poco mas ó menos, y fuera noté tantos que parece que de propósito buscaban tan discorde contrapunto. Era muy comun en ellos por consiguiente andar á paso igual la tolerancia y la locura. No quiero molestar con largas reflexiones y episodios, en que deslizándose tal vez la pluma, se descubran retratos demasiado al vivo; pero considérese que dilatadísimo campo me ofrecia este punto.

El marqués su marido, no celoso sino honrado y con arreglo á sus obligaciones, la impedia ya con seriedad, ya con blandura el frecuente trato con mi amigo. No ignoro, la decia, que

Tulipan es de igual clase á la tuya; tampoco pongo duda en que conoces muy bien las circunstancias con que naciste; ¿pero será esto bastante escudo para el embate de un monito, cuya desbaratada cabeza está bien señalada en la ciudad? ¿con qué idea solicitas tu oído, y es continuamente tu sombra dentro y fuera de casa? ¿Qué materias tan graves y dilatadas tiene que conferir contigo? Aquellas miradas á hurto, aquel sorriso, y á veces aquella afectada languidez de espíritu cuando no se te puede aproximar por la concurrencia de otras visitas, ¿qué significan? Si no hay malicia en este trato, y cuanto se habla es inocente, ¿á qué conduce el secreto con que se embozan las palabras y el misterioso artificio con que se aparenta querer encubrir las acciones? Pero quiero por este instante, solia añadir el marqués, darte de barato, que no haya mas que una sencilla recíproca amistad (por tu parte nunca me he hecho ni por pensamiento la ofensa de juzgar diversamente) y que todos los demas aparatos se dirigen á una necia vanidad de hacer creer otra cosa dis-

tinta de la que en realidad hay, y á dar como en rostro al resto de los monos, de que no son dignos de lograr aquella distincion, y por tanto que deberian rebentar de envidia: fuera de que tan insolente ostentacion con quien está ya con un indisoluble lazo unida á otro dueño, es á todas miras intolerable, ¿será posible que los que ven y oyen tales extremos, se pongan unánimemente de acuerdo, haciéndose cargo de que son solo pasatiempo aquellas demostraciones? Seguramente que no; está cierta de que el escándalo de estas pretendidas inocentes amistades es público; yo lo oigo, y tal vez lo hablo de otras monas; no tienes tú salvoconducto alguno que te ponga á seguro de los pareceres del vulgo; no hay duda, tu opinion y la mia padecen un descalabro gravísimo; en esta lastimosa constitucion ya considerarás, que tú debes dar de mano á esa distraccion, y que yo de ninguna manera te la debo consentir.

Aunque no eran muy despejadas las luces de la marquesa se hacia por entonces cargo de la razon; tan de bulto

estaba, formaba nuevos proyectos, y establecia en su imaginacion un método de vida mas arreglada: un dia ó dos solian durar tan buenos propósitos, porque como mi amigo Tulipan andaba á sombra de tejado, hurtando el cuerpo de la vista del marqués, la vigilancia de este no daba lugar á que diariamente pudiera aquel hablarla; pero apenas lograba esta satisfaccion cuando rodaba toda la máquina, sin que quedase otro freno á aquel licencioso comercio, que un miedo servil y bajo.

No pasó mucho tiempo sin que lo-
grasen con mas sosiego su amistad. Fue
el caso que aquel soberano se hallaba
en un ameno sitio, digna recreacion
de su grandeza, que está no lejos de
la capital, adonde iba á divertirse se-
guido de su corte por algunas tempo-
radas; y teniendo el marqués un dis-
tinguido empleo dentro de palacio, tu-
vo que marchar á cumplir su servi-
dumbre. Ó fuese porque no le parecia
proporcionado su alojamiento, ó por-
que consideró se le habian de originar
algunos gastos, que no podia sopor-
tar por los empeños que habia con-

traído su casa, que eran grandes, determinó no llevar consigo á la marquesa. Hizo esta muy bien su papel de sentimiento por la ausencia: suspiró; y encargó la diaria correspondencia para consuelo de su soledad.

No bien habia vuelto la espalda el buen marqués, cuando ya estaba consolando Tulipan á su querida, y desembarazados de todo obstáculo, soltaron las riendas á su pasion, haciendo público su *mutuo obsequio* (con este nombre cohonestan alli aquellas singularidades muy comunes entre monos y monas). Largas horas de la mañana, tarde y noche gastaba mi amigo en aquella distraccion, y lo peor era las que me hacia perder por acompañarle, siendo para mí aquel un objeto desagradable por todos motivos; prescindiendo del papel tan desairado, que yo alli hubiera hecho, á haber sido otro mono como él; pero como me consideraba de una clase en todo superior, solo me servian de diversion y pasatiempo las demostraciones que presenciaba: la publicidad y descaro de estas fue cundiendo en tanto extremo,

que ya en cualquier tertulia , y en toda concurrencia especialmente de la nobleza , siempre que se nombraba á Tulipan , se añadía sin rebozo , el obsequiante de la marquesita de la Mielga , y lo mismo de parte de la señora.

Claro está que estas voces habian de llegar al sitio , y penetrar el corazon del pobre marqués , el cual consultando con su prudencia el sesgo que debería tomar en asunto tan delicado , determinó fingirse gravemente enfermo para deslumbrar á los murmuradores , y prestar decente y justa causa de la precipitada marcha que ideaba de la marquesa : fió todos sus pensamientos á un criado muy antiguo y de ley que le habia educado ; hízole entrar en un coche y le instruyó en lo que habia de practicar : llegó este á la ciudad , y ejecutó tan bien su papel , que enterneció á su ama , la cual creyendo no encontrar ya vivo á su marido , cuando llegase , no tardó en marchar desde el arribo del criado mas tiempo que el preciso para enganchar otro tiro de mulas , que habia prevenido con cuidado. No obstante el sobresalto que ha-

bia causado á la marquesa la noticia, ocasionado (si hemos de creer á lo que en su ausencia decian sus amigas) no del cariño que tenia al marqués, sino de que con la muerte de este se la acababan las proporciones de triunfar y lucir, por quedarla solamente una reducida viudedad; y no obstante tambien la aceleracion de su partida, no se la olvidó dar parte de todo á su obsequiante por medio de un papel.

Era una de las diversiones que por entonces teniamos la concurrencia despues de comer á una de aquellas casas de que ya se ha hecho mencion, en donde tiene sus delicias un numeroso concurso de personas de todas clases, que con libertad hablan de lo que no entienden, disputan mil disparates y se deleitan en beber aquella agua de carbon hirviendo: la siesta pues de la infausta ausencia fue una de las que con mas diversion y bulla se estaba pasando el rato, no siendo Tulipan el último en dar su parecer en las materias que se trataban, á quien oian con gusto, ya por la distincion de su nacimiento (que hasta en las operaciones

del entendimiento ha pretendido superioridad) ya por cierto aire y gracejo que daba á las palabras, con que divertia á los concurrentes.

Entre los muchos que aquella tarde compusieron la tertulia, fueron los mas distinguidos cierto capitán inválido, cargado de años y cicatrices, tan pesado como puerco; un teniente que de sargento habia llegado á aquel grado, de que se infiere no era niño; dos alféreces que acababan de apearse, despues de haber mal digerido cuatro elementos de matemática, son los que revestidos de bachillería se las querian apostar en todos asuntos á la mas acendrada verdadera ciencia; y unos cuantos cadeticos con tanto afeite y compostura como la mas delicada dama; no tenian estos tales paz con sus huesos; andaban por la sala con los pasos desconcertados, el sombrero puesto al revés ó en una oreja, agarrado con la mano izquierda el espadin sin sacarle del viricú, la punta adelante ó hácia arriba, y la mano derecha sobre el cuello, ó por debajo del brazo del inmediato compañero; uno musitaba de-

sentonadamente una contradanza, otro ensayaba algunos pasos de baile, otros secreteaban acerca de asuntos no los mas honestos, segun de una ú otra palabra se podia traslucir; por último mas parecian aprendices de los primeros del estrado, que novicios de la escuela de la campaña.

Tocóse la conversacion del poco sueldo con que estaba dotada su carrera, y hacian unas cuentas tan ajustadas que no quedaba á los subalternos cosa alguna de él, si habian de comparecer en el público con todo el aparato de su clase en limpia media, zapato siempre lucido, rica camisola, afeitado diario, peinado de dos horas de tocador, aguas, perfumes y semejantes zarandajas indispensables, á quienes por profesion siempre han de estar rindiendo bellezas, sentándose en el estrado mezclados con el bello sexo, tomando ya de una falda el abanico ó la caja, ya la mano de otra mona menos escrupulosa con pretexto de admirar su sortija, y finalmente demostrando el buen gusto en dar su voto acerca de peinados, trages y cuanto pertenece el adorno femenino.

El buen oficial ex-sargento sumaba de otra suerte y con partidas mas juiciosas; en su cabeza sacaba la cuenta de que con lo que el príncipe les tenia señalado es cierto no habia para vicios, brillanteces y galanteos; pero sí para vestir sin pompa y comer con sobriedad, y que aun esta partida sobraba á los que continuamente probando de uno y otro cocinero se ahorraban de encender lumbre en sus casas: replicaban los del partido contrario, mezclando algunas indirectas, que disimulaba el teniente con prudencia: encendióse la disputa, y cuando mas alterada estaba dió un grito el capitan Pimenton (este era su nombre) y asegurando el alicaído sombrero sobre el pelucon desgredado, empolvando la casaca y sus contornos, dijo: por vida del rey mi amo, que no puedo sufrir á muchos monos de la moda. ¡Cómo quisiera haberlos experimentado en la campaña, especialmente en el célebre sitio y rendicion de *Monimbourg*, por ver como con estos mondadientes que cuelgan del lado se defendian de treinta mil desesperados monimbourgueses, que ha-

ciendo una salida de la plaza , asaltaron nuestras trincheras á las seis y diez minutos de la mañana ! Alabo , dijo uno de los matemáticos recién impresos , la exactitud de la noticia , aunque extraño que de plaza en que no caben mas que tres mil saliese un número tan excesivo. ¿ Qué sabeis vos , señor alférez ? respondió con tono de superioridad nuestro Pimenton , ¿ pretendéis entenderlo solo por haberlo visto en el mapa , y por haberlo leído en un libro lleno de patrañas , mejor que yo que he dormido , mas bien dijera he velado , delante de sus murallas tres meses y siete dias ? Vuelvo á decir , señores , que yo celebrara ver si bastaban todos sus pañuelos empapados en agua de olor para sufrir la hediondez de los cuerpos muertos , que quedaron en el campo en la sangrienta batalla de *monotumba* ; por cierto que iba yo á otro dia al amanecer mandando una manga de flecheros , cuando :: interpúsose el otro alférez que habia estado callando , con una conversacion de otra materia , diciéndome aparte : si dejamos á este pesado baladron que haga

la relacion de sus servicios, que estamos fatigados de oir cada dia, será cuento de nunca acabar: conocí que todos estaban hechos del ojo para este efecto, porque cada vez que el capitan solícitaba seguir su relacion, suscitaban especies distintas, hasta que habiéndole hecho callar, de una en otra vinieron á la murmuracion de la administracion de justicia, que es en lo que experimenté que por lo general acaban tales disputas: poníanse de acuerdo acerca de la mala versacion de los jueces y ambicion de los curiales; prendian y ahorcaban con brazo militar á cuantos les venian á la imaginacion; por fin abrogaban leyes, y establecian otras de nuevo con tantos despropósitos, cuantos es regular que diga quien se mete en lo que no entiende.

Ya deseaba separarme de aquella concurrencia, cuando entró por la sala un mozo de los que alli asistian (que son á propósito para semejantes embajadas), y llegándose hácia donde estábamos, hizo una señal al disimulo á Tulipan para que saliese; yo hallé el cielo abierto cuando se levantó, pues

marchando detras de él, sin despedirnos de persona alguna, logré dejar aquella conversacion, en que habia de haber sido forzoso mezclarme, contra mis designios de oir, ver y callar. Salimos á la puerta, en donde estaba esperando una mugrienta vieja, que misteriosa y medio trémula separó á un lado á mi compañero y amigo, y con mil ademanes, mirando recelosa á todas, sacó de entre el jubon y su piel curtida y arrugada un billete bien cerrado, que le entregó apretándole la mano con el esqueleto de las suyas, y soltando una asquerosa marea de sus ojos y narices.

No dejó de sobresaltarme aquel espectáculo, conceptuando que aquella espía del infierno traia segun las señas alguna infausta noticia á Tulipan; y mas creció mi cuidado, cuando acabadas de leer las cortas cláusulas del papel, le advertí demudado y sorprendido; ya pensaba en acometer á la maldita vieja para que me declarase la novedad que tanto estrago habia causado, cuando con un profundo suspiro volvió de su suspension el distraido jóven, habló al

oido á la mensagera , y sacando algunas monedas la agasajó y despidió inmediatamente.

¡Ay , amigo mio ! me dijo Tulipan, luego que salimos á la calle ; ¡ay , amigo mio ! ¡qué lance tan apretado para mí ! Mirad ese papel mientras yo acabo de recobrarme ; leíle , y ví era de la marquesa , en que le avisaba su precipitada marcha por orden de su marido , con motivo del grave accidente que le habia asaltado. No es causa , le dije , á mi parecer para tan grande conmocion este papel que acabo de registrar ; bien conozco sentireis la ausencia de quien tanto estimais , pero no es esta una desgracia de primer orden. ¡Ay ! replicóme , que no es la ausencia el motivo de tan desmesurado desasosiego : tiene mucho de sencilla mi señora la marquesa , y luego cree con facilidad ; yo discurro con mas malicia , y pocas veces lo yerro ; el marqués es astuto y prudente , y este es el accidente tan repentino que le ha acometido ; vigilante , no lo dudeis , sobre la conducta de su esposa ha sabido las demasiadas licencias que contra los pre-

ceptos que la tiene impuestos me ha franqueado; yo, ahora que nadie nos oye, y mas que veo lo sabeis muy bien, pues harto me habeis aconsejado, me he ido deslizandó, y así perdí aquella cautela que era necesaria; mas no es mucho, pues no lograba el vano efecto de mi amistad, sino hacia público mi buen gusto, y todos mis rivales no me envidiaban fortuna de tal tamaño; bien lo he conseguido, pues con dificultad hay otro mutuo obsequio de los muchos de la ciudad de que con mas franqueza se hable; en esta consideracion no extraño haya llegado á oídos del marqués; él disimula, y está ofendido: yo temo mucho los efectos de un agraviado sigiloso. ¿Quién sabe por donde partirá? No sé, os aseguro, qué debo hacer: no marchar al sitio para hallarme pronto en cualquiera lance, no es cumplir con las leyes de caballero, y es abandonar las obligaciones de la estimacion que la profeso; ir al sitio es despertar la malicia del marqués, si acaso no es cierta la mia, mayormente cuando no hay ahora allí funciones que brinden á la con-

currencia , ni yo tengo pretensiones que me llamen á la corte.

Soseguéle como pude , le aconsejé que viese si podia averiguar dentro de casa de la marquesa aquella noche alguna otra novedad ó indicio que pudiera dar mas luz ; y sobre todo , que diese tiempo al tiempo , pues nada se adelantaba en los negocios con la precipitacion , y menos con el aturdimiento. Con estas y algunas otras palabras consolatorias calmó un poco la tribulacion de su ánimo ; y siendo ya cerca de anoecer , nos separamos , él para hacer sus averiguaciones , y yo para dar un paseo , y disipar especies para mí tan impertinentes.

A la hora acostumbrada volvimos á casa á recogernos , haciendo la casualidad que nos encontrásemos en el portal , desde donde hasta el cuarto de su padre , me fué contando como nada habia adelantado con su examen ; que los domésticos no sabian otra cosa que la grave enfermedad de su amo ; que el criado que habia venido , se manejó con tal actividad , que ni aun de ropas de camino habia permitido se vis-

tiera su señora diciendola que si en la superfluidad de estos adornos malograba el tiempo, tal vez no encontraria vivo á su marido; y que cuando no la llevase su cariño, la moviese á lo menos su interes, pues aun no habia hecho testamento. Finalmente, que la marquesa toda bañada en lágrimas despues de haber estado encerrada un brevísimo rato en su gabinete (que sin duda fue para escribirme aquellos cuatro renglones) se habia metido en el coche, y partido para el sitio. Pues, amigo, le dije, esa relacion nada agrava vuestras presunciones; en cuya consecuencia dejad venga el dia de mañana, y si la necesidad forzase á tomar algun partido, ella misma abrirá el camino. Con esta conversacion llegamos á vista del señor Haya, cuyo semblante en el discurso de la cena advertimos con mutacion, y todas sus acciones tan enagenadas á ratos, que desde luego demostraba tener algun cuidado entre manos. Acabóse la cena, y solo dijo á Tulipan: haz, haz, hijo mio, que mañana el ayuda de cámara te prevenga ropa decente para com-

parecer en la corte , porque pasado mañana hago ánimo que pases al sitio ; á su tiempo te diré la causa. Con esto despidióse , cada uno se fue á su cuarto , y Tulipan por señas me hizo comprender su alegría , pues no podia serle causa alguna tan molesta y sensible, como no estar en presencia del objeto de su cariño ; y mayormente cuando segun despues me confesó , tenia ya en su ánimo hecha la absoluta determinacion de marchar , siendo para él de mas peso las razones que hallaba para ejecutarlo con los antecedentes que van dichos , que los obstáculos que su demasiada escrupulosidad le proponia en un asunto , que solo queria una buena y pronta resolucion. Es el amor ciego, y en la carrera que emprende á veces experimenta irremediable el golpe, por no ver los peligros que prudencialmente debiera rezelar ciertos en lo futuro, cuando amenazándole de presente los tiene por dudosos.

CAPÍTULO III.

Del diálogo que pasó entre Roberto y Enrique, en que se descubre el carácter, generalmente hablando, de los jóvenes simiopolitanos.

Por mas despejadas que posea el hombre las luces de su entendimiento, si le falta la guia de la experiencia, y la docilidad para oír el dictámen del que desinteresado le aconseja, ó ciego con las tinieblas de su amor propio, ó deslumbrado con el falso brillo de la apariencia de las cosas, irá encadenando errores á errores hasta dar en el último precipicio. Aquel entendimiento, que como diamante sin pulir habia yo sacado oscuro de mi casa, fue poco á poco descubriendo sus fondos á fuerza del continuo trabajo y cuidado con que le habia ido abillantando Roberto; Roberto, aquel mi buen amigo, que á su característico distintivo de un acertadísimo don de consejo agregaba un acopio de expe-

riencias que elevaban al mas alto caudal suficiente para manejarme por mí solo; bien lo conocia mi amigo, y así no omitia ocasion que fuese oportuna para conducirme por las sendas de la razon, si previa algun estorbo que podia desviarme de ellas.

Muchos dias habia que traia entre ojos aquella amistad tan expresiva que conmigo tenia Tulipan, y no pudiendo llevar mas adelante su silencio en los avisos que cerca de ella queria darme, me dijo: bien conozco, querido Enrique, que no está vuestro entendimiento tan en mantillas que no tenga sus reservas en la comunicacion con los monos; pero no puede menos mi cariño de avisaros cuando advierto lo que se interna con el vuestro el trato del jóven Tulipan; bien veo que de los de su clase es el que descuella; generoso, introducido, vivo, animoso, bien hablado, y fiel amigo de sus amigos; pero yo os ruego pues casi diariamente le acompañais que mireis á buena luz tan sobresalientes prendas; y hallareis que en él inclinadas á un extremo degeneran en otros tantos vicios;

su generosidad se convierte en prodigalidad, la introduccion en libertinaje, la viveza, en atolondramiento, la valentía en fanfarronada, la verbosidad en habladuría, y por último la fidelidad con sus amigos llega hasta el término de mezclarlos en pesados lances, de los que no salgan á costa de pesadumbres, dinero, y tal vez del honor. No permita la divina providencia, que yo vea los efectos de tan perniciosas cualidades en mi amado compañero y amigo Enrique; vuestro corazón naturalmente dócil, y vuestro genio pundonoroso han ido insensiblemente estrechando el lazo de esta amistad hasta los términos de inseparable; ¿y deberé yo callar cuando veo que os vais empeñando en la comunicacion con un mono que observo tan vicioso? Descifrad todo su porte, y le hallareis que adolece de la enfermedad que los mas de los monos de su clase y edad padecen, modestos con un personage de respeto, y con una boca escandalosa entre sus amigos; compuestos en una visita en donde nada interesan, porque no encuentran apoyo; y disolutos en

donde hallan lugar para sus libertades; entonados fantasmones con un pobre honrado que les necesita, y no desdeñándose de las acciones mas soeces por una monuela desenvuelta; finalmente, por no cansaros con un punto de honor, ó que dirán, en muchedumbre de asuntos, que no era necesario; y atropellando al mismo tiempo sin vergüenza lo mas sagrado de las leyes por dejarse arrebatat del torrente de sus vicios: bien habeis visto los originales de esta pintura en los mas de los caballeros jóvenes simiopolitanos que conocemos; pues el señor Tulipan, sino lleva la bandera entre ellos, á lo menos no se queda atras, considerad si un monito de tal calidad será digno de la estrechez y confianza de un hombre que con razon se precia de serlo, habiendo este á aquella tan conocida distancia.

Basta, Roberto, le respondí: yo os rindo mil gracias por vuestros saludables consejos mayormente en la parte que teneis razon; digo en la parte porque no os la concedo en el todo: no esteis en la inteligencia de que la amis-

tad con Tulipan llega al extremo de que yo le entregue, no digo todo, pero ni parte de mi corazon, tengo presente lo que dista un verdadero hombre, de cuantos monos contiene lo vasto de estas provincias; y mucho mas cuando en el trato interior con ellos he notado todos los defectos que habeis dicho, y muchos mas que habeis callado, bien conozco que todo en ellos es superfluidad y apariencia; acaban de murmurar con impiedad de uno de sus compañeros, y encontrándole en la calle le besan y le abrazan; adulan con bajeza á un poderoso, y luego que vuelve la espalda siembran la mas zizaña para hacerle malquisto en el pueblo: obsequian y se humillan hasta los pies de las damas; y en juntándose á conversacion entre ellos, no hay crédito en la ciudad bien puesto; gastan y triunfan en convites y profusiones, y sus criados suelen estar sin pagar y muertos de hambre: brillan sus personas con los mas exquisitos adornos, y los libros de los mercaderes estan llenos de notas contra ellos: juegan con exceso aunque sus rentas sean muy

cortas, pero no hay persona con quien no esten indignamente entrampados: cuando se encuentran se aprietan las manos, y se ofrecen los corazones con cuanto puedan y valgan, porque para las ocasiones son los amigos, y al irse á buscar, para nada se hallan, mienten sin término, son libidinosos sin medida; se bufonean de las acciones y compostura de aquellos que se ajustan á una moral arreglada, ni aun en el vestir tienen subsistencia; en el tiempo que ha que estamos en esta capital ha habido mil variaciones; ahora ha crecido la casaca, cuando se ha achicado la chupa; se han angostado los zapatos, cuando excesivamente se han ensanchado los calzones; se han cercenado las vueltas en las camisolás, dejándolas en la cortedad de un par de dedos, cuanto se han agrandado los corbatines hasta el término de ser unas pequeñas sabanas; se ha disminuido el sombrero, cuanto se ha aumentado la bolsa del pelo en figura de una buena manpara; y por poco que duremos en el país observaremos á la contra todo lo referido; entrarán con calzador los

calzones, menguarán las bolsas; crecerán enormemente los sombreros, y así todo lo demas; por último no son buenos para otra cosa que para ir de estrado en estrado trayendo y llevando chismes con otros como ellos; para andar de baile en baile, donde sueltan los diques á su desenfreno; para marchar por esas calles con el mayor atolondramiento; y en fin para aprender y ejecutar con grande estudio cuantas gesticulaciones ven á los extrangeros que de ellos se burlan lindamente, pues conozco algunos cuya imitacion llega hasta á el modo de tomar tabaco, escupir, estornudar, sonarse, y cuantas funciones corporales permite la decencia en público, haciendo en todo un increíble esfuerzo para diferenciarse del resto de sus compatriotas.

Reconoced pues ahora, mi Roberto, mediante esta inscripcion que he hecho para satisfaceros, si tengo bien tanteado y penetrado el carácter de semejantes monos; tampoco se me oculta (bien que no es de los mas relajados) que con ellos hace número Tulipan; pero habeis de saber que sin su amis-

tad y compañía no podia yo tener un conocimiento tan exacto, él ha sido el único medio de mi instruccion en este punto; delante de él no se rezelaban, abrian su pecho, y yo observaba su disparatado porte; para lograr mis intentos no podia menos de irme estrechando en su amistad, y para esta intimidad era fuerza seguirle y acompañarle adonde violentamente he sido muchas veces conducido; él me ha fiado enteramente su corazon; nada sabe ya emprender ni aun dar un paso sin mí, ya veis que ahora estoy en el caso de la obligacion en que me ponen las leyes de agradecido, arrancarme de un golpe de su lado sin particular nuevo motivo que lo exija, es una vituperable volteriedad: ademas de que sería un lance que diese mucho que notar en el público, cuando á la vista de este ha sido tan continuada nuestra union; pero recayendo sobre mi conocimiento la fuerza que me hacen vuestras razones, dirigidas por un verdadero cariño para mi tranquilidad en lo sucesivo, me parece acertado el medio término de ir poco á poco templando los

favores de la amistad, hasta que se logre verla totalmente resfriada. Esa tieveza; añadió Roberto, era la que iba á proponeros, cuando vuestra impaciencia interrumpió mi discurso; de ninguna manera habia yo de aconsejaros que procedieseis sin consecuencia, por lo cual el medio termino que habeis elegido, me parece es lo único que hay que practicar en el asunto.

En esta conversacion estábamos cuando llegó el ayuda de cámara de Tulipan con un recado de parte de su amo, para que luego que estuviese en disposicion de salir de casa, me pasase por su cuarto sino me servia de incomodidad, pues por estar él muy ocupado no venia á buscarme. Bien hubiera querido excusarme para dar principio á la obra en que Roberto y yo habiamos quedado de acuerdo; pero viendo-se el pobre mono en el lance mas apurado que habia tenido en su vida, cuando no hallaba otro alivio que el comunicarme hasta sus mas íntimos pensamientos, ¿no hubiera sido el volver las espaldas un efecto de la mas villana ingratitud que tanto afeábamos

en sus iguales? Al mismo tiempo, imbuido yo de una falsa idea de las leyes del pundonor, no queria revelar á mi compañero los secretos de Tulipan; y ved aquí el punto decisivo de mis incomodidades en adelante. ¡Que desgraciadas consecuencias se siguen de una accion mal gobernada por falta de consejo! Aprendan en mis aventuras aquellos que entonados y orgullosos, falsamente persuadidos de su amor propio, creen son bastantes por sí solos á dirigir sus acciones, y escarmentando en mi cabeza bajen dóciles las suyas, y gobiérnense por los prudentes avisos de sus mayores. Yo regulo el modo de pensar de Roberto en aquel tiempo guardando la debida proporcion, por el que al fin de mis años cargado de canas, experiencias y afanes he llegado á adquirir, y es cierto que ahora conozco manejé muy puerilmente aquellos lances de mi juventud. Despedime pues de Roberto, y salí de mi cuarto para buscar á Tulipan en el suyo.



CAPITULO IV.



Determina Enrique acompañar á Tulipan en su viage al real sitio.

A la hora de haber llegado á Simiopolis el criado del marqués de la Mielga, se habia divulgado por la ciudad el grave accidente de su amo; aunque en la relacion tan desfigurado, que el mismo que habia traído el aviso le desconoceria contándosele. En todas las noticias observé en aquel pais que sucedia lo mismo; pasando de unos en otros se diversificaban de tal modo, que llegaba á contarse una cosa en que nada se decia ya de la verdad del suceso, mudándose aun los sugetos que habian jugado en el lance; es el caso que cada uno le explicaba al gusto de su paladar, y como quisiera que hubiese sucedido; de aqui era que, quitándole ó poniéndole cada cual su ribete ó circunstancia; llegaba á oirse totalmente diverso, mayormente pasan-

do por tantas bocas, pues es increíble el ansia con que andan todos de averiguar noticias con que poder amenizar la conversacion en sus concurrencias nocturnas, que llaman tertulias: de este principio se origina no ignorarse, no obstante lo populoso de la ciudad, cuanto hace cada particular aun de paredes adentro de su casa; muchas veces oí lamentarse á algunos sugetos de carácter de las excusadas averiguaciones de vidas ajenas, en que se ejercitan muchos de aquellos habitantes con el único fin de saciar su flujo de hablar y contar novedades; en lo que no suele ser lo peor que refieran desnudos los hechos, sino el énfasis malicioso con que los visten siendo del todo inocentes, si llegasen bien á escudriñarse; como pudiera exponer de algunos sucesos que no acabando de persuadirmelos segun se decian, examinados á fondo por mí mismo, hallé originados de los falsos juicios y suposiciones de los monos habladores de profesion.

El empleo que el marqués de la Mielga tenia en palacio era demasia-

damente distinguido para que no tuviese un crecido número de pretendientes en el caso de su vacante, por lo que avivándose los deseos en la presente ocasion de la decantada grave enfermedad del dicho marqués ya se daba por supuesta: quién decia que no habia duda que estaba desauiciado: otro que aun dado el dificultosísimo caso de no morir, no quedaria en términos de poder volver á servir, porque segun ciertas conjeturas (esto guiñando misteriosamente un ojo) el accidente le dejaria perturbado el cerebro: hubo quien habiendo oido estas palabras abultando la especie, decia ya entre sus amigos á medio tono: creo que ha habido cuento en palacio, y de la pesadumbre el marqués se ha vuelto loco: por último, hubo un voto decisivo que tuvo mucho séquito, sobre que el marqués verdaderamente ya habia muerto; pero que aquel criado que habia llegado venia instruido para no alborotar la casa y apesadumbrar á su ama en no confesar sino el cuidado que daba su enfermedad.

Estas voces llegaron á noticia del señor Haya, quien pensó desde luego

entablar la pretension del empleo que habia vacado, ó seguramente segun sus juicios habia de quedar vacante por muerte del marqués para Tulipan; aunque era este el menor de sus hijos, le pareció debia ser preferido á sus hermanos para este efecto, ya por su mejor figura, ya porque era el mas desembarazado, y poseia un perfecto aire palaciego: es cierto tambien que no tenia méritos personales para su logro; pero ademas de la poderosa fuerza del ejemplo, que no faltaba en iguales circunstancias, tenia los méritos de su padre, sino los mayores, los mas bien ponderados: estos eran los pensamientos que habian tenido suspenso al señor Haya la noche antecedente mientras la cena: con ellos se acostó, y los mismos le desvelaron toda la noche, vacilando sobre el modo con que deberia manejarse la pretension; qué máquinas habian de emplearse; qué empeños serian mas oportunos; qué rivales concurririan; con qué artes habia de eludirse la fuerza que pudieran hacer, y finalmente sobre cuanto pudiese conducir al mejor éxito del asunto.

Levantóse al amanecer agitado de estos pensamientos, y llamando á Tulipan (segun él me contó despues) le dijo : aunque algunos de tu clase, hijo mio Tulipan, ó por inhábiles, de lo que hay mucho, ó por ociosos y mal criados, de lo que hay mas, contentándose con el vano oropel de los honores heredados, como si estos á boca llena pudieran llamarse propios, engreidos con las reverencias y sumisiones de sus criados, como si estas nacieran de otro principio que de la necesidad y el interés; y considerando suficientes para lograr sus gustos y hacer disparates, las rentas que heredaron á costa del sudor de sus abuelos, no solicitan, por excusar un cortísimo trabajo, el medio de sacudir la ociosidad, madre de todos los vicios, empleando sus tales cuales talentos en servicio de su rey, y utilidad del resto de sus conciudadanos; no deberás tú seguir tan pernicioso ejemplo, yo te quiero empleado, y empleado dignamente. Ahora bien ¿en dónde podrás con mas honor establecerte que en palacio? Esta es la mas oportuna coloca-

cion de los nobles, de los que deben al cielo tan distinguida cuna como vosotros; por lo que hace á lo personal ¿qué adorno te falta para ser alli bien visto? Tienes conocimiento de quien eres para servir con prontitud y lealtad á tu dueño: tienes amor á la patria (ó patriotismo, como decis los monitos ilustrados), sabrás procurar el bien estar de tus paisanos; eres introducido y bullicioso, te harás entre tus iguales mas visible: con tus palabras melosas y de buena crianza, aunque sean vacías en la obra, dejarás muy satisfechos á los que tengan la desgracia de necesitarte; tus pocos años y habilidades de tocar, cantar y bailar, de ser el primero en las modas, y de manejar tus acciones y gesto con cierto airecillo halagüeño encantador de bobas, no habrá albedrío que no arrastren, ni inexpugnable muro de la mas desdeñosa mona que no conquisten. Por último, el esencialísimo requisito de poseer tan á fondo (gracias á mi cuidado) los idiomas de nuestros vecinos reinos, la micancia y la cercopitecalia te tienen en estado de poder tratar á los muchos

caballeros micos y cercopitecos que allí te encontrarás á cada paso: ¡oh cuánto te instruirá su trato! ¡con qué conocimientos ilustrarán tu entendimiento! No obstante no aprendas á cierra ojos todo lo que te enseñen, si llega el caso que vayas por allá.

Cuando llegaba á estas palabras el buen viejo experimentado (asi me lo refirió Tulipan), madama Espina que cuidadosa por haber advertido novedad en su marido la noche antes, habia pasado muy temprano casi descalza y en zagalejo á media pierna á espiar desde el escondite de una puerta que habia dejado entreabierta las acciones del señor Haya, por si por ellas podia traslucir la causa de su desasosiego, habiendo oido la arenga, salió de donde estaba revestida de su colérico genio, con ánimo de emplear todos sus esfuerzos para desbaratar las ideas de su marido, soltó los diques á la bachillería, y peroró con el mayor ahinco á favor de Jacinto; era este su hijo mas amado, de un genio demasiado condescendiente, y no de los mayores fondos, con lo cual se prometió su ma-

dre ser quien regentase el empleo, que ella sabria hacer valer á medida de lo menesteroso que le experimentára. ¡Qué colorido de tanto realce dió, entonces á los defectos de Tulipan! Aqui si que en admirable contrapunto se manifestó, como una misma accion es laudable ó pésima segun las intenciones de quien la juzga: la viveza de Tulipan era para el padre una franqueza de genio muy útil para que se manejase en palacio, y para la madre un descaro insolentísimo; su natural gala y garbo se calificaba de aire de corte en sentir del señor Haya; en el de madama Espina de una insufrible vanidad y entonamiento: la inteligencia de lenguas de los dominios confinantes era, segun el padre, un esencialísimo adorno en un mono de su clase; segun la madre, un abundante manantial en donde habia bebido innumerables de sus erradas y perniciosas máximas; de aqui concluia que en inteligencia de que aquel hijo se habia absolutamente pervertido volviendo las espaldas á las sábias y sanas instrucciones con que ella le habia educado,

cambiándolas por una altanería incorregible, era de parecer se le enviase al ejército donde le domasen, y las voces de su honor le trajesen á la senda de la rectitud.

Es muy comun entre aquellos naturales, en teniendo un hijo mal inclinado ó travieso destinarle á ser soldado, como sino fuera una de las carreras en que mas se necesita y hace visible la honradez y buena conducta. Hice la observacion alguna vez, y hallé que de este principio se derivaba para muchos de ellos la desgracia que vociferaban del atraso de sus ascensos, porque mientras estos tales á costa de reprensiones, sonrojos y castigos iban entrando por la vereda del cumplimiento de sus obligaciones (esto cuando no tenian un desdichado fin sus travesuras) se dedicaban al real servicio otros, aunque los menos, cuya buena crianza junta con la aplicacion al arte de la guerra, les grangeaba la singular estimacion de sus gefes, haciéndoles dignos de los ascensos que lograban con antelacion y excesivas ventajas, respecto de los discolos y mal criados.

Por mas alboroto que movió, y despropósitos que dijo madama Espina, no pudo desimpresionar á su marido de las altas esperanzas que habia concebido de las prendas de Tulipan, por lo que desesperando de la consecucion de sus designios, llena de disgusto se volvió á su cuarto. El señor Haya siguió su conversacion, exhortando á Tulipan á la viveza y sigilo con que habia de manejarse, y suministrándole ideas que habia de poner en práctica en su oportuno tiempo, proporcionándolas segun los sugetos con quienes habia de tratar; de los que se habia de precaver; y á los que habia de contrarestar; finalmente llenóle de instrucciones, que aunque muchas eran muy ajenas de un corazon noble y generoso, se consideraban indispensables entre la ruin turba de pretendientes: llaméla ruin, porque no obstante que incluia una distinguida porcion de los primeros sugetos del reino, se avillanaban estos por lo general en llegando á poner los medios para conseguir sus asuntos, porque segun decian, el llevar el corazon en las manos no servia mas

que para que los demas que caminan con doblez, escudriñen los medios de que se vale su dueño, y levanten máquinas proporcionadas para estorbarle el logro de su pretension.

En consecuencia de los preceptos de su padre, luego que Tulipan pasó á su cuarto, comenzó á dar las órdenes relativas al viage, á cuyo tiempo entré yo buscándole; al punto que me vió, se vino á mí, y echándome los brazos al cuello, exclamó: ¡oh, mi Enrique, vivo ejemplo de la mas fina amistad! Ahora mas que nunca necesito me deis una prueba de ella: mi padre me hace marchar al sitio en calidad de pretendiente, solicita que yo suceda en el empleo al marqués de la Mielga, que juzga que habrá ya muerto segun la mas corriente sentencia, pues como nadie interesa tanto como yo en los asuntos de aquella casa, ninguno como yo malicia que es fingida la enfermedad. Estas ideas de mi padre sirven de resguardo á mis intenciones; mediante ellas, voy á espiar de mas cerca los proyectos del marqués, y á exponer en todo trance como honrado

caballero mi persona , y cuanto valgo en obsequio y defensa de mi señora la marquesa; pero como por mí solo no puedo poner en práctica todas las diligencias precisas en tan árduo asunto , necesito vuestra compañía , pues sois el único archivo de mis secretos; vos sois persona en quien no recae sospecha alguna , y por tanto que podeis con mucha mas facilidad comprender cualquier designio que se fragüe en perjuicio de aquella dama , con vuestra espada á mi lado no temo á cuantos contrarios soliciten insultarme , y con vuestros consejos no dudo el acierto y salida de los mas dificultosos empeños que se me ofrezcan. No os haré yo la injusticia de creer que dudareis ni un punto en servir á un amigo tan verdadero en el lance mas crítico de su vida : conozco que algo habeis de incomodaros ; pero eso mas tendré que agradeceros : por lo que hace al público , bastante justo título es habérseos venido á las manos la ocasion , acompañando á vuestro amigo , de ir á admirar en este sitio un milagro de la naturaleza , del arte y del

póder, máyormente en el tiempo en que se halla allí la corte: en esta inteligencia, haced que os pongan un par de vestidos en un cofre, pues por lo que mira á las demas prevenciones no os toca otra cosa que dejaros obsequiar. Confieso que no tuve corazon para negarle la gracia que me pedia, no encontrando en ella segun aparecia inconveniente alguno; pues habia lugar en adelante para ir resfriando la amistad, sin ser forzoso romper cañas de una vez, como hubiera sucedido si me hubiese negado á sus deseos. Con la asquerosa demostracion de un par de besos en mis mejillas (costumbre de los monos mas refinados, aunque no comun en el pais) agradeció mi amigo la concesion de la gracia; y para que no pudiera hacer prevencion alguna queriendo fuesen todas de su cuidado, determinó no separarse de mí en todo el dia.

Salimos pues de mi casa, y á pocos pasos llegamos á un espacioso parage de la ciudad, centro de los ociosos, adonde comunmente se hallan tambien todos los forasteros atraidos de la numerosa concurrencia; uno de ella po-

niéndonos al paso, separó á corta distancia á Tulipan para hablarle en secreto: árduo asunto en un lugar rodeado por todas partes de acechadores, y en donde el ruido no deja aun en voz alta percibir las conversaciones; quedéme solo arrimado á la puerta de la tienda de un mercader, contemplando la variedad de las cosas que allí se congregaban; estaban á la sazón en un corrillo media docena de micos, que (según supe después) eran tres cocineros, dos ayudas de cámara y un pretendiente de cualquiera cosa, como fuera proporcionada para hacer dinero, hablando en su idioma que allí es monedá tan corriente como la del país, murmurando y ridiculizando cuanto no hallaban en Simiópolis á la moda de su patria; no tuve que extrañar el asunto, porque apenas habia visto concurrencias de estos personajes, donde no hubiese advertido esta falta de crianza y agradecimiento á una tierra en donde les estaban sustentando y enriqueciendo; pero sí admiré su avilantez por ser el parage tan público, y no reservarse ellos en hablar, puesto

que yo lo oia y estaba algo distante; pero en este punto llegó cierto mono simiopolitano de todos cuatro costados, con el peinado, vestidos y acciones á lo mico, esforzándose para hablarles en su lengua, que habia mal aprendido medio olvidando la nativa, y cuando yo juzgué que con esto se acabaria la conversacion, ó que á lo menos éste emprenderia la defensa de su patria, advertí que con mayor exceso dió principio á satirizarla y hacerla despreciable, suministrando especies tanto mas acreditadas cuanto eran de testigo en causa que debiera ser propia; confieso que me irritó esta sinrazon, y le hubiera dado un par de torniscones, aunque le hubiese desenharinado y ajado la presuncion del cope-te, que conservaba á costa de sufrir la intemperie por no ponerse el sombrero y de mover con increible tiento la cabeza; últimamente por no oir sus necesidades me retiré un poco á un puesto algo mas dominante de aquel parage.

No bien me habia colocado en él, cuando llegó á mí una monita llena de

colores postizos, con mas gala que la que correspondia á ir sola y á pié, ya adormeciendo y parpadeando, ya guiñando con afectado gracejo los ojos, y finalmente con una sonrisa, como de quien queria dar á entender que decia una cosa y venia á otra; luego me impuse en que era una de las muchísimas que por allí andaban cruzando con provocativos meneos, adornos y palabritas de atraccion al descuido dichas ó al paso; no bien habia empezado á hablar, cuando tuve que desviarla, agarrándola de un brazo para evitarla el riesgo en que la ví con la tropelía del coche de un gran señor, que como otros muchos iba por allí corriendo, arrollando cuanto se le ponía por delante; luego que pasó este peligro la despedí; pero ella por no perder absolutamente el viage con un descaro, como si toda nuestra vida nos hubiéramos tratado con la mayor confianza me pidió una corta cantidad, que dijo ser suficiente para comprar uno de los abanicos de moda que se vendian en aquella tienda, á cuyo umbral yo estaba: estos se llamaban de la gigante,

á causa de representarse en su país una mona de desmesurada estatura, que por aquellos dias habia venido á la ciudad á ganar de comer, no permitiéndose á la vista de quien no la pagase la curiosidad.

Este es el cebo en que irremediablemente caen las incautas monas: en dejándose ver, ú oír en la ciudad alguna novedad, que con razon ó sin ella (que es lo mas comun) se lleva las atenciones, tienen muy buen cuidado los mercaderes de sacar á luz una gran porcion de abanicos, que ya tenían olvidados ó llenos de polvo por malos, ó por no haberlos podido despachar en su tiempo oportuno; y haciendo que un pinta-monas dibuje en ellos un mamarracho, que tenga alusion á la novedad del dia, publican la moda por medio de algunas conocidas, de las que se dice que andan en la maroma, enviándolas con gran misterio un par de ellos, y diciéndolas son los que han venido de muestra; pero que en breve llegará una partida, y el viaje que han tenido que hacer ha sido desde el sótano al mostrador; luego que corre la voz vienen á porfia á lle-

varlos algunas á docenas, porque es increíble la pasión que tienen á dicho mueble; hasta los arrieros van cargados de esta mercancía para repartirla por sus respectivas provincias, en donde con impaciencia los estan esperando aquellas monas que allí sobresalen, siendo exactas imitadoras de los estilos de la corte. Á esta invencion debimos el ser conocidos de lo dilatado de todo aquel reino, aun de los que jamas nos vieron, pues luego que llegamos despacharon los mercaderes un prodigioso número de abanicos, en que Roberto y yo estábamos dibujados con bastante naturalidad, con una puntual explicacion de nuestro carácter y circunstancias.

Mi compañero conociendo el poco gusto con que yo estaria esperándole, no obstante la coleccion de tantos y tan diversos objetos como allí se registran, procuró abreviar la conversacion y desembarazarse de aquel mono molesto: vínose á mí pidiéndome le perdonase la detencion, y contándome lo que el dicho pretendia: ese que habeis visto, me dijo, tiene la fortuna de

fastidiar á todo el mundo, y á mí mas que á todos, pero ha determinado ser mi amigo por fuerza por solo haber concurrido con él una vez en cierto baile de señoras por lo exterior, y en el fondo como suyo, me trata ya con gran confianza; todo aquel manoteo que advertiriais mientras no me tentaba uno á uno los botones de la casaca, ó tenia entretenidos los dedos en fabricar pelotillas de la inmundicia que con ellos sacaba de sus narices, á costa de la náusea que causaba á mi estómago su puerca y mala crianza, se reducía á persuadirme le diese veinte pesos para remediar cierta urgentísima necesidad que en el día le ocurría; respondí á su estudiada y larga arenga con una concisa negacion, y fue su peticion bajando hasta contentarse con un real de plata para sacar un par de cartas que tenia detenidas en el correo por falta de cuartos para pagar el porte. Reimos la especie, aunque no me cogió de nuevo, porque en cuanto á los gorriones, puercos y mal criados, encontré siempre innumerables monos semejantes á él en aquella metrópoli.

CAPÍTULO V.

De los escritores públicos.

Aunque no teníamos ánimo Tulipan y yo de despedirnos generalmente para nuestro viage, no queríamos marchar sin ejecutarlo en las casas de confianza, y así la intencion que sacamos de casa fue de hacer un par de visitas de estas; pusímoslo en práctica, y fue la primera á madama Lechuga, la hermana de mi amigo; entramos hasta el estrado donde estaba sentada la dicha señora, y al punto que nos vió se levantó para recibirnos, y haciéndonos una muy circunspecta cortesía, no quiso volver á ocupar su silla hasta que nosotros tomásemos las nuestras. Perdonad, señora, la dije, y permitidme que como forastero, curioso y con deseos de aprender estilos que poder en otro tiempo enseñar si fuesen útiles en mi patria, os pregunte ¿qué nuevo motivo os obliga á este tan inusitado cumplimiento,

cuando aun á los personajes de mayor graduacion y respeto reciben por lo general en este pais las señoras con una confianza como si desde sus niñeces se hubiesen criado juntos; cuando afectando ya superioridad, ya distracciones y ya poco cuidado, tienen muchas veces la desatencion de no responder á los que las saludan; cuando con gran desembarazo salen á la visita á la hora que las acomoda y la dejan de la misma manera, y finalmente cuando se toman la libertad de recibir á unos por de confianza, y al mismo tiempo despedir á otros por de cumplimiento, tal vez con cierta ciencia del despedido, ¿salimos ahora con una ceremonia tan grave? Yo bien me acuerdo haber leído en vuestras historias, que antiguamente las señoras monas jamas recibian ni despedian á los catalleros que las visitaban, sino levantándose y haciéndoles unas cortesías muy mesuradas, dejando la confianza de permanecer sentadas, de no levantar la cabeza de la labor para cuando hablaban á sus lacayos y criadas; pero ahora que ya (como decis)

pasó el tiempo de las golillas, y los monos habiendo dejado las calzas atascadas han depuesto la seriedad y respeto con que os visitaban, guardándose muy bien de pisar al sentarse la orilla de la alfombra de vuestro estrado; ahora que cualquier monillo á la segunda visita se entra por vuestras salas sin pedir os permiso, como por su casa, haciendo pinitos, sin parar hasta colocarse con tanta inmediación á vuestro lado, que suele sentarse encima de las mismas ropas que os adornan; ahora que vuestros maridos se ven obligados á desentenderse de estas y otras libertades, porque si las corrigen le señalarán con el dedo (frase con que intimidan á los mas sencillos), ¿qué necesidad hay de tan excesiva demostración y cortesanía? Mayormente ahora que los que entran á recibir vuestros favores son un hermano vuestro y un rendido criado que tiempo hace tiene diariamente esta fortuna.

Sonrióse madama Lechuga, y con un aire entre irónico y jocos me respondió: sabed, señor que hasta ahora habíamos estado las damas criadas en

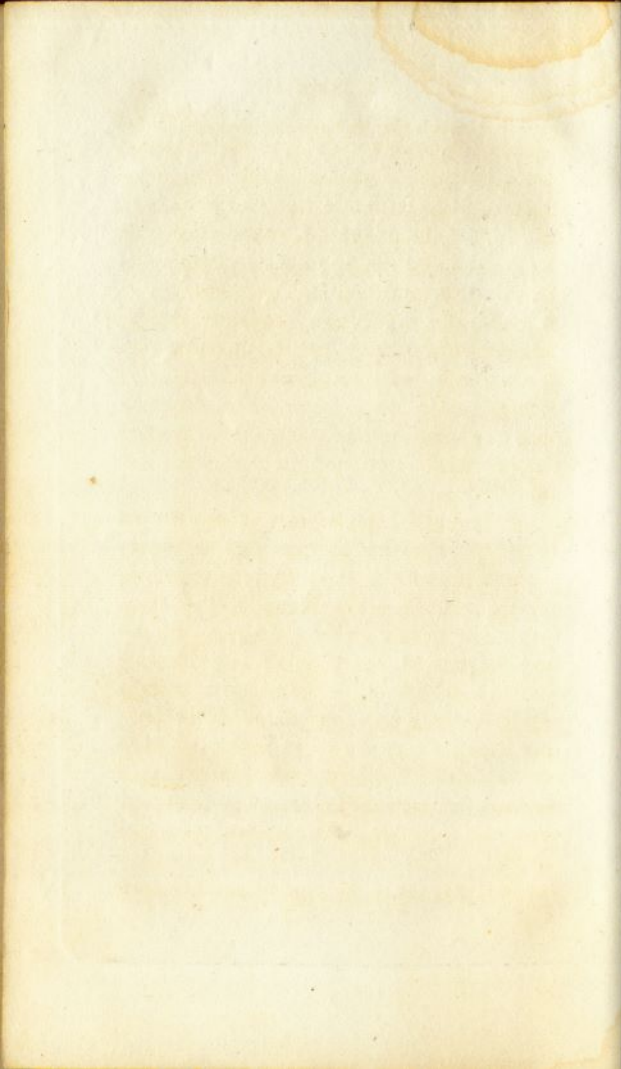
la corte muy pagadas de nuestro trabajo, creyendo que así como éramos capaces de introducir en lo restante del reino el buen gusto en las modas, por lo que hace á nuestros adornos, igualmente seríamos el modelo de las costumbres y política; pero ya, por mas que nos duela, hemos experimentado que para aprenderla nos es forzoso tomar lecciones de las monas que desde sus provincias vienen á favorecerernos é instruirnos. Los monos provectoros, aquellos que mal hallados con el tiempo presente, quisieran volver á los de los bigotes y la pera, alaban todas las antiguallas que ya solo se encuentran en esos lugarejos remotos de esta coronada capital, y entre ellas con especialidad la del levantarnos de nuestros asientos para recibir sus visitas, como quiera que es una ceremonia en que apareciendo rendidas, deponemos en algun modo las altas debidas preeminencias de nuestro sexo; por este motivo no ha faltado señora que habiendo llegado pocos dias hace de su lugar, se ha captado las voluntades de algunos caballeros con

semejante afectada demostracion, y lo que es mas, ha dado ocasion de que indirectamente nos echen en cara nuestra falta de crianza, ensalzando la suya; en esta inteligencia se nos hace ya forzoso para evitar la nota entre nuestros cortesanos, imitar las acciones de las forasteras, que son, segun parece, quienes deben darnos la ley; y como la perfeccion de lo que de nuevo se aprende, se adquiere con el uso, estoy ensayándome en la nueva etiqueta: veamos pues que os parece. ¿No puedo ya ejecutarla aunque sea delante de la misma inventora? Diciendo estas últimas palabras, se levantó y sentó tres ó cuatro veces, haciendo otras cortesias, fingiendo en el morderse los labios que queria sufrir la risa, y por fin ridiculizando el pasage.

No obstante que pudiera haber rechazado la burla de madama Lechuga con sólidas razones capaces de convencer al mas pagado de su dictámen, conocí que á ella y sus semejantes no hubieran hecho fuerza, y asi la dejé bregar con su signo, y que quedase aquella cabeza muy imbuida en la ri-



Madama Lechuga se ensaya
en la nueva etiqueta del saludo.



dícula idea de que solo en Simiópolis habia crianza, y de que toda accion política que dimanase de un sugeto forastero (se entiende de sus paisanos), en lugar de adoptarse como digna de imitacion, habia de mirarse como objeto de risa y de mofa. Tocáronse en el discurso de la visita algunas otras conversaciones en que decidia madama con tanto peso y juicio como en la pasada, hasta que á poco tiempo nos despedimos, y marchamos cansados no menos su hermano que yo de aguantar sus necesidades.

Salimos á la calle con ánimo de no hacer mas visita porque ya era tarde, y encaminados á casa encontramos un gran corro de gente leyendo un cartel que acababan de fijar en una esquina; movióme la curiosidad y llegándome, hallé que decia: *libro nuevo. Origen, progresos, y estado de la lengua simiopolitana; cinco remedios para los sabañones; tabla para aprender á contar; y arte de cocina: su autor el doctor Alcornoque. Pero hacicudo del Camueso, Abridor y Naranjo, ex-maestro de política y primeras letras de*

los hijos del magnífico y muy ilustre señor el señor de la Encina, alférez reformado de los reales ejércitos, ex-ayo de los sobrinos de madama flor del Berro, maestro jubilado de la lengua cercopitéca; y filo poeta-médico-chímico-teórico-práctico-matemático, &c. &c. Desde luego se venia á los ojos lo ridículo de la especie, ya en lo inco-nexo de las materias que ofrecia en un solo libro, ya en el extravagante follage de apellidos y títulos con que se anunciaba adornada la fachada de la obra; pero aun aparecia mas risible con un rengloncito que decia al fin: *puede ir en carta*, lo cual denotaba que toda aquella descarga de tratados que la desbaratada fantasía del campanudo autor quiso publicar á un mismo tiempo, se contenia en uno ó dos pliegos de papel.

Fue tanta la risa que me causó el papelejo, que luego que despues de comer nos retiramos Roberto y yo á nuestro cuarto, no pude menos de contarle el suceso. ¿Es posible, le decia, que en un pais en donde estan tomadas tantas precauciones en orden

al comercio de libros; en donde vigilantes tribunales tienen doctos censores que separen la moneda corriente de la falsa y contrahecha; y en donde (aunque las extravagancias que hemos notado reinen en un ignorante vulgo falto de crianza) la mayor parte, que se compone de la principal nobleza, ministerio, y personas dedicadas al cultivo del entendimiento, tiene en su punto el buen gusto, y una delicada crítica, con que castiga severamente á los autores inútiles con el desprecio que hace de sus vanas fatigas; ¡es posible, repito, tenga pase y permiso de publicarse semejante obra! pero ¿qué digo semejante obra? Repetidas veces me he ido divirtiendo por esas calles con la lectura de los cartelones con que estan forradas muchas esquinas de este pueblo, que son tantos que es forzoso que los pongan unos sobre otros, y los mas son frutos de una instruccion como la que da á entender tiene el doctor Alcornoque; apenas se publica un libro que merezca la pena de comprarse; si se miran sus portadas prometen un gran interés, uti-

lidad y diversion, pero en confrontándose con la obra, nos hallamos con un insulso fárrago, sin mas efecto que el de haber perdido el tiempo en su lectura; planes fabricados en el viento; proyectos impracticables; sistemas repugnantes á la razon; historias fabulosas; poesías risibles, y otros mil partos semejantes de unas imaginaciones monstruosas, es lo que por ahora sale á luz comunmente, ¿no es esto un engaño manifiesto? ¿no es un robar sin peligro? Me parece deberian estrecharse mas las licencias, y asi se comprarian las obras con mas satisfaccion.

Yo os diré, Enrique, respondió Roberto, lo que siento acerca de ese asunto. He tenido curiosidad de investigar cuidadosamente el estado que en estas provincias tuvieron en otros tiempos las ciencias, y comparándole con el que hoy dia tienen, he hallado que no es mucha diferencia; si nuevamente se han hecho algunos útiles descubrimientos, de lo mas se debe la luz á lo que dejaron escrito los antiguos: de esta materia recorriendo una por una las

principales facultades, ya en otras ocasiones os he dicho mi parecer; pero por lo que hace á las producciones de los presentes tiempos, tened entendido que hay muchas de diversos sugetos que son el honor de su siglo; en él pues se han erigido con gran razon por maestros del público, ilustrándole con puntuales prontuarios; desengañándole de sus mas comunes errores con críticos discursos; enseñándole las costumbres que debe imitar ó huir de los demas reinos extrangeros, y quanto en este asunto puede hallarse deleitable y provechoso con verídicas relaciones de penosos viages, instruyéndole para que sepa desechar las voces inusitadas y elegir las mas puras de su idioma con ajustadísimos diccionarios; apartándole de los derrumbaderos del corazon de los mortales con las historias del delincuente descamino de muchos; poniéndole delante quanto puede apetecer para su ejemplo y enseñanza con la rigurosa descripcion de lo mas sagrado de su continente; deleitándole aun con sus ocios en agudas poesías, ya serias, ya jocosas, ya de antiguos para la imita-

eion, ya de poetas modernos para una emulacion provechosa; por último, para no seros molesto, no hay ciencia ni arte en que no hayan puesto la pluma con notable felicidad en el dia; por lo que con razon llaman muchos al presente el siglo ilustrado; pero como es grande el número de los que no han sentido la fuerza de estas ilustraciones, ó mas claro, como hay monos para todo, y es imposible que todos los paladares se conformen en un gusto, es asimismo inexcusable que se escriba mucho, que solo sirva para cierta especie de sugetos: ¿qué puede haber mas propio sobre la mesa de una antesala que un libro de novelas? ¿qué ha de leer un extravagante aparente estadista, sino proyectos que anuncien felicidades y abundancias universales? ¿con qué se ha de divertir (por lo general) una mona, sino con un mazo de comedias y sainetes ridículos? ¿con qué han de arrullar los ayos y amas á sus señoritos, sino con los cuentecillos que hayan aprendido en algunos papeles periódicos? ¿qué puede oír un corro de lacayos que espera en un por-

tal la salida de sus amos, sino ciertos versos, relaciones y curiosos romances mascados por uno que se encontró por casualidad que conociera las letras? En esta inteligencia no se debe extrañar se permita la publicacion de tales escritos, y con mas abundancia sin comparacion respecto de los útiles, tanto por la dificultad que hay en escribir bien, quanto porque es mucho mayor el número de los necios: ya veis que si en manos de estos no hubiera otros libros que poner que los que necesitan perspicacia y discernimiento para ser entendidos, se repetiria con mucha propiedad el infeliz acaso de la iliada destruida á coces y bocados de un asno; asi como son despreciables á todo sujeto sensato las obras que á ellos agradan, les fastidian las que son el embeleso de los doctos; aun entre los que se tienen por tales vereis reinar el gusto hasta tocar en lo extravagante; aquellos ceji-juntos y melancólicos facultativos que no han sabido salir jamas de la asombrosa muchedumbre de volúmenes de su profesion, exactos traslados por lo comun unos de otros, exceptuados los

muchísimos que no sirven mas que de pérdida de tiempo, roen y murmuran cuanto se escribe que no es de su facultad: buenos testigos teneis en aquellos dos amigos con quienes paseamos antes de ayer; el estudiante y el soldado; uno y otro quisieron aprovechar los ratos que permitian al ocio las tareas de su destino; ambos anhelando á ser útiles á sus conciudadanos, escribieron, aunque por diverso rumbo, invectivas contra los vicios y malas costumbres, digno asunto á mi ver de los que se precian de buenos patricios; pero los dos tuvieron que embozár sus nombres; y con todo eso, no obstante lo bien recibidas que fueron sus obras en el público, no faltaron algunos de su oficio y profesion de cuyo canino diente no se vieron libres; no diré yo que por envidia, pero si que por estar poseidos de unos genios saturninos, sin ser útiles para otra cosa que para el material manejo de la espada los unos, y los otros para el preciso estudio de la materia escolástica á que se dedicaron, como si el buen gusto, las bellas letras, el humor jovial, y otras semejantes extensio-

nes de los entendimientos estuvieran reñidas con los empleos y facultades superiores, siendo certísimo que á veces son su vestido de gala, con que suelen comparecer mas agradables que con las arideces que en muchos puntos demuestran, si se nos presentan desnudas.

Hay ademas de lo dicho otros motivos para que se deban permitir esos libros y papeles contra quienes habeis levantado el grito; sabed que de esto del escribir se ha hecho ya comercio como de cualquiera otra mercancía; el hambre es aguda; y la decencia exige el cubrir las carnes, y si falta otro medio de socorrer estas necesidades, el mas rudo dará á luz los hijos buenos ó malos de su entendimiento, cuya venta, porque hay compradores para todo, le saque del aprieto en que se mira: bien conocen los censores y los magistrados no ignoran que pudiera aquel papel emplearse en asuntos mas útiles; pero á no ser absolutamente aun para el vulgo despreciable, ó contener proposiciones contra las regalías, el estado ó buenas costumbres, dan permiso para que se publique en consideracion de

que mas vale que el público vea la inutilidad de una obra, que la indecencia de las carnes de su autor, próximas á asomarse por entre los pingajos del vestido.

Tampoco quiero pasar en silencio otro motivo poderosísimo para que comparezcan muchos escritos insulsos y risibles: bien habreis observado el implacable prurito que tienen por lo general los monos en hacer número en el coro de los doctos y sugetos habiles; llenan sus cabezas de superficiales noticias que recogen en las sumas y diccionarios: hablan hueco y con cierto aire enfático, traen por los cabellos las conversaciones al punto que aquel dia han leído, y en breve tiempo se dejan oír como oráculos de una turba de majaderos que ni aun para aquella materialidad son suficientes; se entonan con los aplausos, y deseando que vuele la fama de su literatura, toman la pluma y producen; mal dije, abortan unos asquerosos embriones y ridículas figuras que conmueven la risa de los que los oyen de balde, y la ira de los que malgastaron en ellos su dinero; y

no es lo peor, sino que si algun amigo llega á reconvenirles de sus disparates, creen que es emulacion ó falta de inteligencia y buen gusto; y asi tengo á éstos por locos incurables y muy perniciosos en la república.

Tened, Roberto, le repliqué; los que yo tengo por verdaderamente perniciosos en la república, son los escritores satíricos; estos sí que por cumplir con su inclinacion punzante y maldiciente, no dejan crédito, fama, accion que no noten; no perdonan condicion, estado, persona de quien no se bufoneen; en las viudas encuentran poca gravedad; libertad en las casadas, y en las solteras falta de recato; en los viejos afean los verdores; la inmodestia en los jóvenes; se burlan de la paciencia de los casados; se mofan de la solitud de los solteros; escudriñan la ambicion en los empleos; la mala versacion en la administracion de justicia; manifiestan la mala fe en los contratos; el robo en todos los oficios; en fin no hay cosa que no muerdan, y no es lo peor que escriban libros y papelones acerca de tales asuntos, sino que los lleven sobre

el teatro y pongan de bulto los defectos, para que aun el mas idiota comprenda su crítica y oiga sus ladridos; esto es á la verdad incluirse en negocios ajenos, y tal vez retratar sus mismos vicios por ellos no conocidos, porque los ciega su amor propio. Estos sí que merecian grave castigo en pago de su temeridad.

No confundais, amigo mio, me respondió Roberto, la pestilente y detestable sátira, con la que es el alma de la rectitud y freno de los vicios: es cierto que es digna del mas severo castigo aquella cuyo objeto es una determinada persona, ó cuando es contra la constitucion, leyes ó policía del estado; no es comun aquella perspicacia que se necesita para tratar tan elevadas materias, y no obstante no hay menestral que desde su taller no gobierne la monarquía: sin particular talento no sabemos dirigir los negocios de nuestras propias casas, contenidos en la estrechez de cuatro paredes, y como si tuviéramos en la mano la vasta extension de los negocios del reino, queremos dirigirlos á nuestro antojo, sati-

rizando las providencias que despues de una larga premeditacion produce el infatigable celo de los que gobiernan. Pero cuando la sátira ataca en derechura al vicio, es digna del mayor elogio; el pais en que nos hallamos no tiene un público corrector de costumbres, y asi solo el *qué dirán* es el que puede contener los excesos de los monos; ven estos en una sazónada y picante sátira retratados con feo y detestable semblante los comunes desaciertos, y en su consecuencia hay muchos que por no verse incluidos en el retrato ahogan al nacer á sus pasiones: oye un gran señor las carcajadas que da el público cuando se habla con menosprecio de las acciones bajas é indecentes de sus iguales; y lo que no basta á enmendar la brillantez de su cuna, corta en sus principios, ó no deja brotar el temor de la publicidad, logrando el que llega á la dicha de tal conocimiento, que su corazon se habitue á aspirar siempre á la heroicidad para provecho de sus compatriotas y eterna fama de sus operaciones: el que se halla con proporcion y valor para cometer un desacier-

to en la administracion de justicia, le repetiria diversas veces si no le detuviera el temor de la pérdida de su reputacion, cuando semejantes atropellamientos y monstruosidades salen á pública plaza en los escritos de los autores satíricos. No pocas veces se obra solo por vanidad, y una coplilla punzante que cantan por la calle los muchachos suele contenernos en el cumplimiento de nuestras obligaciones mas que el natural hermoso aliciente de la virtud. No da temor la sátira al varon justo, y al que vive con arreglo; los que se declaran siempre irreconciliables enemigos suyos son los avaros, los miserables, los desarreglados, los linajudos y otros semejantes que componen el monstruoso ejército que se avanza contra el sosiego y union de los ciudadanos; los tales no omiten medio, por pernicioso que sea, que conduzca al logro de sus fines; roban al pupilo, afligen á la viuda, desacreditan á las personas calificadas, persiguen á las honradas matronas, y escandalizan á cuantos tratan; quisieran no obstante que su miseria pasara por economía, su

avaricia por arreglo, su maledicencia por celo, y así los demás vicios por sus virtudes opuestas, y como la sátira pone patentes sus hipocresías la aborrecen, siéndoles forzoso, como canta un antiguo poeta europeo, huir de los autores satíricos tan lejos como del buey falso, que para que le conozcan lleva el heno en el cuerno, porque dicen que con tal que les venga á la mano algún motivo de reírse, no se la perdonarán al mas amigo; pero es el caso que no debían quejarse de la sátira sino de sí mismos; reformen sus costumbres, ajusten su conducta y no obren sino con rectitud y justicia, y entonces vivirán sin el miedo de que todos les señalen con el dedo diciendo, de aquel habla tal libro, á estotro retrata puntualmente esta sátira.

En estas conversaciones pasamos Roberto y yo la siesta, hasta que siendo ya una hora proporcionada nos separamos, él á una junta con ciertos ministros para acordar unos negocios de suma entidad, relativos al comun bien estar particularmente en materia de abastos, y yo á buscar á mi amigo Tu-

lipan para ir á divertirnos al paseo: no dejé en este punto de considerar la diversidad de destinos que llevábamos, y á poco que profundicé en este pensamiento, hallé cuanto debemos y qué mal pagamos á aquellos á costa de cuyos desvelos logramos paz, abundancia y comodidad; mientras nosotros dormimos descuidados en nuestras camas, estan ellos con sus vigiliass impidiendo que nos asalten y destruyan, aprovechándose de nuestro descuido los perversos perturbadores de la república; mientras nosotros comemos en delicadas mesas y celebramos la profusion de los banquetes, estan ellos ideando medios de evitar la carestía en los géneros, impidiendo la venta de los perjudiciales y facilitando el comercio de los útiles; mientras nosotros divertimos la imaginacion por frondosas alamedas y nos esparcimos por costosísimos paseos, estan ellos fatigándose en añadirles hermosura y magnificencia, y en proporcionar otros nuevos para que con la variedad no llegue el caso de fastidiarse los sentidos: esto y mas hacen en obsequio del resto de sus conciudadanos,

llevando muchas veces por pago una injusta murmuracion de los mordaces y mal contentadizos, que no contribuyendo por su parte en cosa alguna á la pública felicidad, en todo hallan reprehensibles defectos; en lo magnífico encuentran la superfluidad; en lo mediano la miseria; en la abundancia la demasía; en la escasez el desgobierno y así en todo, sin acudir á las fuentes, motivos y ocasiones que dan justa causa para lo mas y lo menos, que para ellos son sobras y faltas. Con estos pensamientos llegué al cuarto de Tulipan, que culpando mi tardanza, venia ya á buscarme en el mio para pasearnos aquella tarde juntos, segun desde por la mañana habiamos dejado proyectado.



CAPÍTULO VI.



Ajusta Tulipan su viage para el real sitio.

Como mi camarada no era amigo de la soledad, fue necesario conducirnos al

paseo célebre aquel dia : era entonces el tiempo que tienen destinado en aquel pais para renovar , ó por mejor decir , para trocar los muebles de sus casas , siendo el medio el dinero ; no puede decirse rigurosamente permuta porque interviene compra y venta , pero en la sustancia viene á ser lo mismo , porque uno que necesita por ejemplo un cuadro , le compra de su vecino con el dinero que le dan por una mesa ; aquel vecino compra otra cosa con el dinero que sacó por el cuadro , y asi todos los demas ; de manera que una corta cantidad de dinero con poco aumento ó diminucion va circulando , y siendo como un mozo de acarreo que muda los trastos de una casa á otra ; en virtud de esto es digno de admiracion ver entapizadas y alfombradas todas las calles de la ciudad con una prodigiosa multitud de muebles de todas especies , siendo muchos de tal calidad que se hace increíble pueda haber persona que ni regalados quiera llevárselos á su casa ; allí se ve una mesa con tres pies , una silla sin asiento , un cofre sin tapa , un candil sin candileja ; aquí una

casaca sin forro ni botones, un espadín desecho el puño, par y medio de zapatos con las suelas de respiración, un guante sin compañero, &c. Todos los interiores de las casas salen á la calle; salas, gabinetes, retretes, alcobas, cocinas, todo se pone de venta al público; y lo que es mas mientras mas indecentes, puercos y maltratados son los trastos, tanto mas acuden los marchantes, vendiéndose con mas facilidad que las alhajas de valor y de gusto, siendo la causa, segun he discurrido, el excesivo número de pobres que tiene la ciudad, los que á medida de su posibilidad amueblan sus cuartos con la menos costa que se les proporciona.

Por medio de tan crecida porción de estropeados y tullidos fuimos caminando hasta llegar al centro de estas públicas almonedas; este es un parage dentro de la ciudad espacioso y capaz de contener una muchedumbre de cierta especie de chozas y tiendas, donde se vende lo nuevo y lo viejo, lo útil y lo inútil; pero lo que tiene mas despacho es la mercancía de diversos muñecos de ridícula, y á veces puerca cons-

truccion de varias materias como barro, estaño y madera; y los femeniles adornos de gorras, pañuelos, collares y semejantes menudencias; los fabricantes de tales bagatelas se pagan de su trabajo con una imponderable ganancia á costa de los pobres monos, en quienes seria una desairada accion haber de regatear delante de las antojadizas monas, en cuyo obsequio van poniendo en ajuste cuanto las agrada, que no es poco, y mas si llevan por contera al niño á quien es fuerza acallar á peso de plata malgastada en enredos de ningun provecho; no obstante nunca me pude persuadir á que todos andarian tan sollicitos como los observaba en servir á las damas, y estas tan francas en recibir cuanto se las proporcionaba, sin mas fin que la accion de recibir y de dar, mayormente cuando es refran entre ellos, que ni aun palos se dan de balde, y que hasta el aire necesita correspondencia; pero como yo no ví otra cosa que la que he referido, no puedo hablar mas que de ella.

Por entre la muchedumbre de concurrentes en esta que ellos llaman di-

version, divisó á lo lejos Tulipan á una de sus muchas conocidas, que aunque ya se iba interiorizando en aquel laberinto, no podia equivocarse con otra (segun él decia) por el airecillo del cuerpo y natural agraciado manejo con que á larga distancia se conocia quien era; no sé que particulares negocios tendria que encomendarla en su ausencia; lo que no tiene duda es que se empeñó en que habiamos de penetrar por aquella confusion hasta poder llegar á hablar dos palabras; empeño fue, y empeño de marca mayor, habiendo de atravesar por medio de las filas de los coches que van á hacer mas molesto aquel paseo, particularmente con lo que acabábamos de presenciar; pues habiendo tenido dos cocheros, cada cual desde su mula, una descomunal batalla de manoplazos sobre quien habia de ir mas inmediato á la zaga del coche que iba delante de ellos, despues de atropellar bárbaramente á los que pillaron mas cerca, se espantaron las muletas que llevaba el uno, y dejaron malamente herido á un infeliz mozuelo que fue mas descuidado que los demas; no

obstante avanzamos (haciéndonos correr un coche que se nos venia echando encima) hasta guarecernos entre unos crecidos montones de sillas, estereras, baterías de cocina y muebles de alfareros; todos los cuales forman un intrincadísimo laberinto: no obstante estar en aquel puesto seguro del tropel de los dichos coches, era tal el de la multitud que no se podian examinar despacio; en comun si ví que los ocupaba una porcion de figuras iluminadas, cuyos vestidos brillaban á competencia con sus cabezas, aparentaban un gozo y diversion singular, y al encontrarse se saludaban mutuamente con tales extremos como si aquella fuera la primera vez que se veian despues de muchos años habiendo sido antes grandes amigas; todos aquellos mas distinguidos en el espíritu del mutuo obsequio, ó que para entrar en la cofradía estaban corriendo sus caravanas, iban allí á hacer su mérito, formados en parada á una y otra banda del paso de los coches, en donde apenas se descubria el del objeto de sus fatigas, quando empezaban las prevenciones para

hacer una rendida expresiva y afectada cortesía se ponían en planta, erguían el cuerpo, daban cierto aire á la postura del sombrero (no se entiende este con los que tenían peinado que no permitía aquel estorbo en la cabeza) estiraban las vueltas de la camisola, sacaban el pañuelo de color para sonarse, el blanco para limpiarse el sudor, la caja para tomar un polvo, el palillero para poner un palillo en la boca con que estar jugando (costumbre muy acreditada entre los monos); en fin, cuanto tenían almacenado en sus bolsillos les proporcionaba modo de hacerse visibles hasta que pasando la señora, la hacían los honores, abrazando el sombrero entre las dos manos puesto delante del pecho, encogidos los hombros, arqueados los brazos, hacía fuera los codos, firme el pie izquierdo, arrastrando la punta del derecho hasta poner la hebilla de éste detras del talon de aquel, inclinando finalmente el cuerpo de tal manera que figurase un perfecto semicírculo; de todo este manejo ejecutado con cierto gracejo, adquirido á fuerza de ensayos, constan las cortesías que

hacen los monos. Perdone el lector mal humorado tan circunstanciada descripción, haciéndose cargo que se escribe para todos, y sé muy bien que no parecerá prolija á los que desean adornarse con los primores de la crianza extranjera; y estas acciones que se han referido bien estudiadas delante de un espejo de vertir, para el efecto que hacen, podrán particularizar á cualquiera de los nuestros y acreditar de perfecto imitador de aquellos extravagantes y remotos naturales.

Poco mas pude ver de esta parte del paseo, porque mi compañero no paró hasta llevarme hácia el centro de aquel laberinto, en donde decia estaba la mayor diversion; él la tendria desde luego muy completa porque encontró habló y regaló á quien buscaba; pero yo no hallé mas que empujones, apreturas y tropiezos; dimos repetidas vueltas por aquel parage, siempre describiendo líneas curvas, sin poder jamas formar una recta, si hacia una pregunta tenia que esperarle un cuarto de hora para oir la respuesta; si empezábamos un razonamiento á ca-

da paso cortábamos el hilo, truncándonos las palabras el numeroso concurso que atropelladamente nos separaba; por último allí no reinaba sino una confusion muy á propósito para quien en ella hallaba proporciones para su mayor libertad; pero muy molesta para quien no solicitaba sino diversion y esparcimiento.

Luego que anoheció fue desapareciendo el tropel de los coches y la mayor parte de la concurrencia, quedando allí solos los dueños de aquellas haciendas, y uno ú otro personage que sin duda tendria que evacuar algunos negocios de su particular inspeccion, y se habrian citado á aquel parage; retirámonos tambien nosotros, logrando por el camino, hasta llegar á nuestra casa, una continua adulacion de los oidos, y experimentando una extrema-cortesía; todo esto se hallaba en ciertas busconcillas que como espías perdidas cruzaban por aquellos alrededores, mercaderas de mala cara, cuyos géneros desacreditados no habian tenido salida á buena luz, y amparadas de las sombras de la noche solicitaban su

despacho con diversas frases atractivas.

Admiróme por entonces tanto el desórden de consentirlas, cuanto su descaro; pero bien informado en casa por Roberto que especulaba á fondo cualquiera particularidad que ocurria, conocí no eran tan fácil estorbar la libertad que se tomaban unas despilfarradas monuelas, con poco ó nada que perder, astutas en el manejo de sus disoluciones, y que por tanto por algun tiempo sabian eludir los desvelos de la Justicia, no obstante que de cuando en cuando solia esta hacer una batida, en que cayendo unas y espantándose otras se limpiaba por algunos dias el terreno: tambien por otro capítulo advertí la necesidad de alguna connivencia con estas dedichadas, considerándolas como muro que defiende á las que viven honradamente en sus casas, de los asaltos y asechanzas de los viciosos y mal entretenidos, mayormente en un reino cuyas leyes tienen prohibidos los públicos lupanares.

Luego que llegamos á casa hallamos que estaba esperando á mi amigo Tulipan una cuadrilla de monos de rara

construccion, con unos zapatos de un enrejado de cáñamo, unas malas y bastas calcetas, calzon de tripe azul, cogidas las boquillas con cordones y borlas, un jubon blanco, y encima otro de color sin abrochar con unos gordos y redondos botones de estaño, que me parecieron al principio cascabeles, un ancho y tosco pedazo de tela de lana rodeado por la cintura, la cabeza cubierta con un alto bonete colorado de figura cónica, y el gefe de ellos con un sombrero construido en perfecto triángulo equilátero; cada uno traia en su mano una vara delgada, de cuya extremidad pendia un nudoso y ligero cordelillo, y su respectiva pipa introducida en los ojales de la casaquilla; á poco tiempo conocí la pretension de aquellos señores que venian á ajustar con Tulipan el carruage que á otro dia habia de conducirnos al sitio: su habla era tosca, y una especie de jerga que solo ellos entendian cuando querian conferenciar entre sí algun punto: yo estaba embobado oyendo tantas y tan diversas estratagemas y proposiciones como exponian, para avanzar á un

ajuste mas lucroso ; ya se despedian diciendo que no les tenia conveniencia abrazar tal ó tal partido ; ya volvian admitiéndole con ciertas condiciones ; y ya un viejo marrajo , que hasta el fin habia estado callando , partia la diferencia luego que conocia que no se habia de poder exprimir mas la naranja : cerróse finalmente el ajuste ; pidió el capataz de aquella compañía algun dinero á cuenta de lo que habia de dársele despues , y todos con grande union partieron á celebrar el alboroque en alguna de las muchísimas ermitas de Baco que tiene la ciudad.

Mucho sentia apartarme del apreciable lado de mi compañero Roberto , porque era el norte de mis operaciones ; pero la constitucion de las cosas se habia ido poniendo en términos de serme inexcusable : la Providencia , que no solo en las especies , como algunos caprichosa y erradamente defienden , sino tambien en el mas ínfimo individuo se interesa , destinándolos á sus altos designios , iba proporcionando los medios para el encadenamiento de sucesos ya prósperos , ya adversos , ya

dentro, ya fuera de estas provincias que habia de experimentar en la carrera de mis años. Por no ser molesto á mis lectores, no les describo los graves sentimientos y altas máximas que en esta noche de mi despedida me sugirió Roberto para mi manejo en el sitio real. Tenia un profundo conocimiento de los laberintos de los palacios, habia hecho un largo estudio en los caracteres de los cortesanos, y poseia un particular talento para hablar á cada uno en su lengua; bajo tales principios considérese qué raudal de doctrina no comunicaria á un amigo que queria tan de veras, é instruia de corazon. ¡Ojalá nunca hubiera faltado de mi lado! y ¡ojalá no hubiera yo reservado de él cuantos secretos misteriosamente ocultaba! Yo aseguro que sus experiencias y consejos me hubieran puesto en salvo, evitándome repetidos sinsabores y reveses de la fortuna.

Llegó la mañana y al amanecer ya estaba el coche á las puertas de casa esperándonos; venian de acompañamiento los que habian estado presen-

tes al ajuste; todos clamaban por propina, unos por corredores, otro porque enseñó la casa, otro porque medió en la diferencia del precio, y así los demás, cada cual con su respectivo motivo de tanta fuerza como los otros: no pude aguantar aquella sinrazon; por lo que tomando la palabra por Tulipan, que era contra quien se dirigia aquella granizada de peticiones y socaliñas, les dije que marchasen á lo que tuviesen que hacer, y no perdieran el tiempo en la solicitud de lo que no habian de conseguir. ¡Pobre de mí! No bien lo habia proferido, cuando rodeándome todos, se movió tal gresca por querer cada uno informarme de su razon, que hube de quedar aturdido con las voces, siendo lo mas lindo del caso, que á ninguno entendí mas palabra que *uso, estilo &c.*, profiriendo estas con tanta claridad como faramalla las otras; apaciguó Tulipan el alboroto sacando el bolsillo, á cuya agradable vista resonó en sus risueñas bocas el *viva el señorito*, y alargando la mano, recibieron la manla, y nos dejaron en paz.

¡Qué tenga tanto poder, exclamé yo, la fuerza de la costumbre que valga mas que la razon! Pero ¡que mucho que en asuntos de tan poco momento se introduzca, si ha sentado su imperio en lo mas sagrado de las leyes! No solo por sí las forma, sino que deroga las establecidas por la suprema potestad; aquellos largos desvelos, aquella profunda meditacion, y aquel comun acuerdo que generalmente concurren á la formacion de los mas sabios y saludables estatutos, se oscurecen y deshacen solo á la vista de este tirano *no uso*. Muchas veces oí exclamar contra sus desórdenes á algunos jurisconsultos simiopolitanos juiciosos y científicos, y siempre me hizo fuerza la reflexion que hacian en este punto; el pueblo, decian, procede para introducir costumbre contra la ley, ó por medio de unos actos contrarios á ella por no haberla entendido, y por tanto errando, en cuyo caso no puede constituir costumbre, pues no hay cosa que mas diste del unánime consentimiento que para ella es necesario, que lo que es un encadenamiento de errores: ó pro-

cede resistiéndose desde luego á la debida obediencia al soberano, que establece la ley, en cuyo caso cuanto contra ella ejecuta el pueblo vá revestido de mala fé con visos de rebellion, y muy opuesto al consentimiento del príncipe, esencial requisito de la costumbre: ó finalmente, teniendo justas causas para que la ley no se observe que sobrevinieron, ó no se tuvieron presentes al tiempo de su promulgacion; en cuyo caso, y existiendo los demas requisitos necesarios para la introduccion de la costumbre, parece deberíamos admitirla y abrazarla con fuerza de ley; pero ni aun existiendo todos los justos motivos que quieran suponerse, deberíamos darla corriente pase en vista de las leyes del pais; estas mandan en diversas partes, que si alguna de ellas necesita declararse, interpretarse, enmendarse, añadirse, cancelarse ó mudarse, se acuda á la suprema potestad, fuente y origen de toda legislacion: ¿cómo pues se podrá sufrir que el pueblo se arroge una autoridad, que ni por sí tiene, ni la ley le concede? Ponderaban estas y

otras reflexiones tocantes al asunto con toda extension, añadiendo mil preciosidades que corroborasen su dictámen; concedian la razon de admitirse saludables costumbres conformes á la ley ó en falta de ella; pero de ninguna manera las que fuesen derogatorias. No me meteré á decidir esta causa, porque no me toca su inspeccion; lo que no tiene duda es, que si llevaban razon, de poco les servia, pues yo observé repetidas veces, que las tales costumbres contrarias á sus estatutos se alegaban en los tribunales, y tenian fuerza para decidir las causas; y aun pudiera decir, que han llegado sus doctores á sutilizar y buscar tergiversaciones para darlas vigor aun contra aquellas leyes, que expresamente excluyen cualquier costumbre ó no uso; siempre los oí en continuas reyertas y contradicciones sobre extender esta prohibicion á las costumbres futuras, ó solo á las pasadas; y en imaginar metafísicas distinciones entre *no uso*, *no observancia* y *contraria costumbre*. Disimúleme el lector esta corta digresion, que ya vuelvo á tomar el hilo de mi historia.

CAPÍTULO VII.

De los discursos del señor Moral.

Habia á la sazón una grande escasez de carruages, y en el único que pudo hallarse, ya de antemano tenian ajustado sus asientos dos personas que nos aseguraron los carruageros eran sugetos decentes, y á quienes podiamos dar nuestro lado: el deseo que tenia Tulipan de no retardar su viage, y el comun concepto que hay en el pais de que en los caminos todo pasa, le hizo admitir cualquier partido. Como tomamos el coche antes de amanecer, no permitia la oscuridad distinguir claramente á aquellos personajes para poder formar concepto. El bulto del que me deparó enfrente mi suerte, daba á entender ser un barrigudo mono de decente talle; iba taciturno, y que no estaba dormido solo se reconocia por una larga sucesion de regueldos, cuyo pesti-

lente hedor demostraba se le habia encrudecido la cena con la madrugada. Su compañero que ocupaba el frente de mi amigo, con la humedad de la noche (estando ya en el punto de ir á romper el alba) dormia á pierna tendida como en la mas mullida cama; alternando el desagradable estrépito de sus enormes ronquidos con los fétidos eructos del repleto monazo: mi Tulipan distraído con sus amores y cuidados estaba en un continuo éxtasis; y yo fastidiado de todos por diversos términos, solo esperaba que las luces del dia, que ya asomaban por el oriente, mudasen el semblante de tan ridículo cuadro.

Descubrió por fin el sol sus rayos, que hiriendo en los ojos del dormido roncador, con un esperezo, y abriendo desencajadamente una no comun boca, miró á uno y otro lado, y nos dió los buenos dias; volvió sobre sí mi amigo como quien sale de un letargo; y todos nos saludamos mutuamente. Porque conoció sin duda los molestos efectos que causaria en mis narices su indigesto estómago, se empezó á quejar

de su indisposicion mi vecino , y yo compadecido de él y de mí le ofrecí unos tragos de un buen aguardiente, que para cualquier acontecimiento llevábamos de prevencion en una botella, los que tomó, y conseguimos que cesase la acedía. Salimos de aquellas incomodidades, que se hubieran hecho mas insufribles con las que se siguieron del espeso polvo que produjo la entrada en unos arenales , del calor que se aumentaba con exceso , y de un pesado ejército de moscas que se conjuró contra nuestra paciencia: la desigualdad del terreno y lo mal colgado de la caja causaban un movimiento tan desagradable y violento , que de nada teníamos mas gana que de dejarla: aprendimos muy bien los nombres de las mulas, porque incesantemente las iban nombrando sus conductores , cuyas voces agregadas á una numerosa porcion de incómodos cascabeles y campanillas que llevaba cada una , nos atolondraban lindamente las cabezas: era necesario hablar á gritos , y si alguno distraido con la conversacion perdía el equilibrio , regalaba al inmediato compañero

una cabezada muy á propósito para romperse las narices.

Bien despavilado ya empezó á divertirnos con sus razonamientos nuestro compañero. Era este un verdadero hijo de Simiópolis ; no sostenian sus huesos cuatro onzas de carne ; pequeño en la estatura , pero muy grande en la avilantez de la lengua ; de una salud equívoca segun la palidez del rostro , no obstante que reconociendo que la velada le habria desfigurado mas de lo regular , habia procurado reparar este daño medio ahorcándose con las dos varas de muselina que cubrian el cuello : llevaba el cabello recogido desde el cogote , y liado con una cinta , imitando la figura de un gordo nabo , echado como sardina que se vá á freir sobre una copiosa porcion de harina , con que encubria á título de moda la plasta ó sobrepuesto de grasa y porqueria de su despifarrado vestido ; un pirámide de pelo , sebo y manteca se elevaba por copete , y dos guedejas á lo perdiguero se le bamboleaban á los lados con el peso de los dos rizados que las finalizaban , siendo este uno

(por lo que inferimos en el discurso de su conversacion) de los trescientos veinte y tres modos de freir pelo, que segun los últimos modelos de los mas diestros micos se habian hasta entonces descubierto. ¡De qué punto de perfeccion no son susceptibles las artes! Lo restante de su adorno era proporcionado á lo afeminado de su persona; sobre una almilla con presunciones de chupa tenia una vestidura, que nombró hasta con seis diversas voces, tan larga para chupa, como corta para casaca; yo me imaginé si acaso habia faltado tela, por no haber guardado proporcion el sastre, habiendo sacado los calzones mayores que ella, pues desde luego en cada uno cabian cuatro muslos como cualquiera de los suyos, para los que hubieran sobrado unas fundas de pistolas: de un ancho y relumbrante einturon pendia un ni espada, ni sable, ni cosa que pudiera ser útil para mas que mondar alguna pera ó cosa semejante; y en sus manos un baston le servia, no de apoyo segun el destino de la invencion de estos muebles, sino de juguete, por ser un delgado y en-

deble junco, que, para sacarles el dinero habia puesto la astucia de los mercaderes en mano de los insensatos monos con nombre de bastones de verano, siendo unos verdaderos estorbos de todos tiempos.

Este era el equipage de nuestro jóven monito, y luego que empezó á hablar nos hizo conocer que los adornos del alma no eran menos afectados extravagantes y viciosos que los del cuerpo: son estos tan hermanos, que de los de este se infieren por lo comun los de aquella: pero ¿que digo de todos los adornos? solo el sombrero, observé generalmente en aquellos paises, suele ser el señuelo de sus interiores; ya en el modo de usarle se descubren las costumbres de quien le lleva: la vanidad, la estolidez, y el juicio tiene todos sus distintivos en este mueble; ya hay quien le apoye en las narices, ya hay quien le cuelgue de una oreja, ya va puesto por diadema, ya no sale de debajo del brazo; por último ocupara muchas páginas si hubiera de notar todas sus diferencias; el de nuestro mono (porque no quede esta curiosidad al lector) no

era de aquellos triangulos equiláteros con que denotan ó afectan el juicio muchos, era sí un compuesto de todas las superfluidades y ridiculeces de los demas; era uno de aquellos en que entraban charreteras, cordones, hebillas, broches, galones, plumas, en fin tantas zarandajas que parece imposible pudieran estar acomodadas en tan pequeño sugeto.

En su conversacion afectaba un aire entre superioridad y bufonada, ya declamaba con una languidez trágica y enigmática, ya sin mas artificiosa transicion que su subsistencia descendia á unas jocosidades bajas y truhanescas; todo lo disputaba; en todo decidia, y aunque la materia fuese digna de la mayor circunspeccion, cuando le iban á los alcances en sus descabelladas proposiciones (que sucedia muy frecuentemente) daba un pronto tornillo á la altercacion, haciendo bien sonantes sus disparates á la sombra de algun refrancillo, cuento ó salada poesía, teniendo hecho concepto que aun el blasfemar le era libremente permitido con tal que lo hiciera con gracejo

y excitase la risa de los circunstantes; la lástima era que habia en aquella corte una indecible multitud de estas sabandijas, literatos de estrados, sábios de diccionarios y sumas, impíos de profesion y tontos de capirote; estos son los que con su libertinage de espíritu y el continuo choque de sus mal concertadas ideas, abusando de la viveza de que suelen estar dotados, todo lo ponen en problema, y procuran eclipsar aun las mismas luces de la evidencia. ¡Qué logica tan ingeniosa; aunque falta de solidez, aquella con que que palian y defienden sus mas enormes vicios, disoluciones y despropósitos licenciosos! No falta entre ellos quien todo lo justifique; se encuentran panegiristas de los mas excesivos abusos; y finalmente desnaturalizándose de los sentimientos de racionalidad y decencia solo tienen por objeto la adulacion entre los poderosos, la soberbia entre sus inferiores, y la liviandad y descompostura para con sus iguales, y el diverso sexo.

De todo nos dió muestras en el corto tiempo que le tratamos nuestro

compañero de viage. Puerro (que este era su nombre) mezclando entre lo futil de sus asuntos unas risitas insultantes , unas acciones con un aire de desprecio , y sobre todo unas provocativas é insolentes ojeadas sobre el compañero de su izquierda , el que por el contrario con su fijo mirarle y arqueamiento de cejas á hurtadillas daba á entender un interior que estaba diciendo: véase aquí la muestra de las sabandijas de la corte : véase en un ente tantos y tan diversos objetos , cuantas son las ideas inútiles y afeminadas que bullen en su desconcertado cerebro : que utilidad sacará de estos patricios ! ¿ Por que un gobierno tan acertado no desterrará de en medio de la nacion estos zánganos tan perniciosos ? ¿ Por qué ha de poner á cubierto del zelo de los magistrados á unos el esclarecido nacimiento , á otros la proteccion de un poderoso , originada las mas veces de un vicioso principio ? De un vicioso principio y con razon debe así considerarse , pues son semejantes ociosos materia dispuesta para instrumentos de venganzas y fomento de liviandad : son

los mas queridos ministros de la irascible y concupiscible de sus protectores: véase que saeta volante sus lenguas: véase que refinado escándalo sus acciones: véase que universal peste de la república.

Sin duda estas ó semejantes proposiciones revolvía en su mente el sesudo mono que representaba estar ya en el sexto decenario de su vida, sin que lo desmintiese, como en los viejos de la corte acontece, el afeitte y compostura mayormente cuando su barba se dejaba ver entre cana y de no menor edad que de ocho dias: una cabellera postiza que se adornó de gala para ir al sitio, con un puñado de harina sobre el seco pelo sin vanidad de sebos, mantecas y pomadas cubrian de medio lado su cabeza: sobre una camisola, cuyos catacaldos tenían de embozo á sus largas uñas, vestía una raida casaca negra con una chupa que se las disputaba en lo cumplida y roñosa, y solo la excedía en ciertas lameduras de oro, entretejidas con unos vivísimos florones encarnados en campo blanco: se embarazaba infinito con la espada

por falta de uso; y últimamente se apoyaba en un nudoso palo con honores de baston; estaba callado y pensativo mientras la taravilla de Puerro iba desatada, arqueaba de cuando en cuando sus bien pobladas cejas, y se sonreia en tono de compasion ó desprecio. No tardó mucho nuestro bullicioso compañero en sacarle algunas palabras del cuerpo, á cuya obra contribuimos gustosos Tulipan y yo deseando saber su profesion y pretensiones, pues desde luego creimos no iria á divertirse semejante cínico.

Yo, señores, respondió el señor Morral (asi se llamaba) soy un honrado hidalgo, vecino de un pueblo que dista sesenta leguas de la corte; hidalgo y honrado os he dicho que soy, y asi es; de modo que por lo hidalgo no cedo á los mas encopetados que se sustentan del aire de su necia vanidad en Simiópolis; pero esto es de lo que menos caso hice en mi vida, y que mas que lustre me pareciera borron, sino me acompañára la segunda parte que es la honradez; esta pretendo cultivar con la mayor escrupulosidad, y esta

me ha hecho lugar en mi pueblo entre mis compatriotas, pues todo mi esfuerzo se cifró siempre en estudiar cómo pudiera serles útil. ¡Ridícula honradez aquella de que no resulta el comun provecho! De aqui es que no hay empresa ó árduo negocio en el lugar que no fien á mi direccion y cuidado; para llenar uno y otro objeto creen en mi bastante proporcion: no les parece puede faltar conducta á un mono como yo, cuya juventud no tuvo otras delicias que el uso de los libros, llenando mi entendimiento de todas aquellas ideas que despues habian de servirme para mi manejo y método de vida, mayormente cuando estaba por entonces muy lejos de que al cabo de ella habia de parar en lo oscuro y mal aliñado de una corta aldea (de cuyo sosegado destino doy ahora mil gracias á la Providencia). Dirigia mis intenciones á emplear mis luces tales cuales fuesen en la pública utilidad de mi patria; no sabré bien deciros si porque ellas no eran bastantes, ó si porque no tuve amistad estrecha con el favor, irreconciliable enemigo por lo regular del mérito, no

pude lograr mis bien nacidos deseos con la prontitud que mi viveza y algun poquillo de presuncion que por entonces tenia, deseaban; canséme de la injusticia que á mi parecer me hacian, y muy pagado de mi resolucion me vengué con retirarme á cuidar de los pocos terrones que habia heredado de mis padres, corto caudal para hacer una pomposa figura entre el crujido de la seda de la corte, pero suficiente á proveerme de una mediana subsistencia, decente entre la jerga y paño pardo de mi pais: aquellos que vosotros (aqui dió una ceñuda mirada al buen Puerro) monillos cortesanos, todo exterioridad y nada substancia; aquellos, repito, que vosotros llamais por desprecio palurdos, y que habeis de estar en que saben mas con su explicacion, aunque no limada; sí genuina y significativa, que vosotros con vuestro afectado aparato de voces, ya ridículas, ya hurtadas á otras lenguas, depuesta la natural grosería que creéis les rebosa, oyen gustosos mis consejos; y como de allí está desterrada muchas leguas en contorno la adulacion, se les presenta

la verdad desnuda en las materias que se ofrecen, de donde se sigue tener lo mas andado para el acierto.

A estos motivos que les asisten para fiar sus mas árduas pretensiones á mi direccion, se les agrega la experiencia que tienen en la villa del desvelo con que he mirado uno ú otro negocio que me ha encargado: estan llenos de ejemplares de la mala versacion de otros diputados que han tenido, asi ellos como los pueblos de la comarca: estos han sido de la clase de aquellos á quienes señalan unas dietas considerables, vienen á un pais vicioso, todo diversion y todo proporciones que brindan al pasatiempo, fomentan desmesurados gastos, y dejan pasar los dias insensiblemente con una total inaccion en el asunto principal de su encargo; y como los curiales son generalmente unos monos, que si no se les paga superabundantemente y se les insta con la mayor actividad no se mueven, es un negocio perdurable el que los tales diputados emprendieron; las dietas crecen, y el fondo de adonde salen se apura; reconocen al-

guna vez, aunque tarde su culpable desidia, quieren hacer en cuatro dias lo que pudieron ejecutar en dos ó mas años que se han estado divirtiéndose; piden para ello algunos cuartos, hacen los últimos esfuerzos el lugar y los envia; huelen los curiales el dinero fresco, y empieza á ponerse en movimiento toda la máquina de sus ideas: entonces viérais (puede ser que lo hayais experimentado) qué batallón de trampas legales, que por mas legales que las pinten no dejan de ser trampas; qué introduccion de artículos impertinentes, cuántas excepciones dilatorias, declinatorias, nulidades, réplicas y otras mil preciosidades de difícil digestion para un estómago delicado; pero no para el de ellos, que como el de avestruz digiere los metales.

El placentero Puerro no podia aguantar conversacion tan seria por largo tiempo; y al llegar el señor Moral á las referidas palabras, sonrióse irónicamente y dijo: bendigo mil veces el candor de la gente que se cria ó se avecinda en los pueblos cortos: ¡qué modos de pensar tan puros! ¡qué corazones tan sen-

cillos! no hay en su boca accion que no sea sincera; no hay cortesano que no obre con rectitud: aqui volvió otra vez á echar su risita en tono de relincho, mirándome y dando un par de palmadas en el muslo de Tulipan (que llevaba enfrente y mas á mano) para captar nuestra aprobacion; antes que este lance pudiera llegar, ya habia dado media vuelta encarándosele nuestro filósofo aldeano, y encapotado el sobrecejo y mesurando el estilo le dijo: pensará el señor mequetrefe que ha dicho algo: el tal cumplimiento fue bien ingénuo y conciso, y al mismo tiempo se manifestaba con su poco de picantillo insultante; pero estuvo la prudencia de parte del charlatan Puerro, que sin duda echó de ver en aquel punto que la belluda y nerviosa muñeca del señor Moral maneja un baston mucho mas robusto que el suyo. Sepa, prosiguió, que en primer lugar yo hablo generalmente, no he nombrado sugetos aunque pudiera, y asi nadie debe darse por sentido en particular: en segundo lugar que lo que digo tiene las cualidades

de público, pues se ejecuta en medio de la corte; y verdadero habiendo tantos ejemplares que seria menester largos dias para solo citarlos; y ya que me apura la paciencia, para que por la uña se conozca el leon, he de contar por recien sucedido un caso que tuviera por ficcion á no haberlo todo presenciado, por haber acaecido en mi pueblo con un primo mio. Murió en la corte un corresponsal suyo tan arrebatadamente, que no tuvo lugar para darle cuentas finales, y lo que fue peor ni para hacer testamento: como era sugeto de negocios y no dejaba heredero nombrado, fue forzoso que entrase á disponer en sus bienes de mano poderosa la justicia: no entendais hablo aqui de la sábia disposicion de las leyes en tales casos, ni del juez á quien correspondió conocer en la causa; éste era íntegro, docto y que deseaba (me consta) la prontitud y buen éxito del negocio; pero esa es la lástima que no pende del arbitrio de los jueces inferiores evitar, generalmente hablando, las supercherías y maldades que se cometen por los dependientes de justicia:

hablo de un sinnúmero de estas sanguijuelas que se mezclaron en la causa, cebando sus insaciabiles fauces en los bienes de la desdichada testamentaria; por entonces me acuerdo haber contado hasta catorce; ¡ahí es nada! que no fueron todos rectos en el obrar, y que ya de malicia, ya de ignorancia, ya de desidia dilataron culpablemente la causa, se manifiesta clarísimamente con solo la sencilla narracion del suceso: fue indispensable á mi referido primo pasar á la corte á solicitar se le satisficiera de los bienes del difunto una corta porcion en que le alcanzaba liquidadas las cuentas finales; no ocupaban estas entre cargo y data arriba de cuatro pliegos; las partidas por entrambas partes estaban plenamente justificadas y sin tergiversacion, y todo el negocio finalmente era materia de hecho; pues no obstante (repitoos que no exagero, aunque parece cuento por entretenir el camino, pero todo lo presencié) tuvieron habilidad y maña los tales alhajas manipulantes de la causa para alargarla al espacio de seis años, y fue con precipitacion segun su refran-

cillo: *pleito de cuentas traslado á los nietos*; y los cuatro pliegos de papel llegaron á componer cuatro volúmenes de á folio; esto lo hacen fácilmente; ya piden testimonios impertinentes, aun de lo que consta en la causa, pues con una tranquilla que se les busca quedan desnaturalizados del pais de los autos; ya evacuan citas que no vienen al caso; ya se dejan apremiar una y otra docena de veces; ya piden término; ya dicen que enfermó el abogado; ya que se van á componer amigablemente; por último son tantos los yaes que pudieran decirse, que ellos solos llenaran la mayor parte del tiempo y fastidiarian á los oyentes: los escribientes por su parte no se descuidan, ó con diez ó doce renglones llenan una llana, y con dos ó tres vocablos sesquipedales cada renglon; crecen los derechos de los pedimentos á proporcion del bulto, y este es de la medida mas corpulenta; auméntase el gasto del papel sellado; finalmente los contrincantes llegan á perder la paciencia y el dinero; por falta de éste quedan sin aclarar muchos y muy conocidos derechos, y por

no ejercitar mas aquella entran otros en unas vergonzosas y descabelladas transacciones, conociendo que si acababan de pleitear, llegará á verificarse lo que suele decirse, que antes de empezarse la contienda es dudoso qué parte tiene derecho á la cosa litigiosa; pero finalizada se sabe repetidas veces que ni una ni otra por haberse quedado entre las uñas de los que la manejaron.

Ved ahora si deberá estar escarmentado el infeliz pueblo, que por falta de buena eleccion envia á lidiar con semejantes fieras á unos diputados desidiosos, viciosos ó poco inteligentes. En mí, cuando no una grande comprension en los negocios, á lo menos han experimentado una actividad mayor que para los mios, y una moderacion tan grande en los gastos, como que solo suenan en mis cuentas los precisos, sin mas dietas ni ayudas de costa; en esta inteligencia, y habiendo ahora ocurrido.... Al llegar á estas palabras, las mulas que iban á escape asombradas con el cadáver de una de sus semejantes que habia re-

ventado , corriendo bárbaramente en aquel camino, y segun costumbre, se habia quedado en el mismo puesto en que la aconteció la fatalidad, que fue en medio de él; las mulas, repito, remolinadas las delanteras, no obedecieron á las desentonadas voces del mayoral, y se arrimaron tanto á los adoquines del camino que montó el coche por encima de uno de los guardaruedas, y consiguientemente dimos con nuestros cuerpos en tierra: sobre el mio vino el de Tulipan, y sobre el del rollizo Moral dió el del amigo Puerro; si hubiera sido al contrario, no arrendara yo á este la ganancia, habiendo de sufrir sobre sí mas de diez arrobas de diputado; pero como le pesaba poco la carne, á un ligero esfuerzo pudo salir primero gateando por la puertecilla que habia quedado libre, siguióle Tulipan y yo á este; el infeliz diputado, como mas obeso, habiéndose ido mas al fondo, sirvió á los tres de estribo para la salida, con lo que sufrió precisamente un solemne trio de patadas: sacámosle por fin entre todos á fuerza de brazo, y viendo que sa-

lia sin lesion, exclamó el festivo Puerro: ¡ bendita sea la Providencia, pues con tanta fortuna ha sido el vuelco! Menos mi pateadura, dijo el señor Moral, poniéndose las manos en la cabeza y agriando el semblante con un gesto tan confuso que nos hizo retorar la risa en el cuerpo: mortificóse mas con esto; pero tuvo que tomar el partido que hay que abrazar en semejantes casos, que es callar, ejercitando la paciencia. No teniamos necesidad de poca para aguantar á aquellos bárbaros, malcriados carruageros, á quienes, despues de habernos expuesto á una desgracia, no se oian mas que blasfemias, execraciones y desvergüenzas; sufrimos su poco respeto á nuestras personas porque asi se estila en aquel pais: yo aseguro que si una vez se les pusiera freno y modo con la seriedad de un garrote bien manejado, pronto se finalizaria la insolente costumbre, y sabrian reducir su ganado y levantar la carga sin escándalo de quien los escucha: dejémoslos en esta maniobra, y mientras descansemos un rato.

CAPÍTULO VIII.

Siguen los discursos del señor Moral.

Volvimos á ocupar nuestros lugares, levantado ya el coche, y seguimos nuestro camino, encargando á los carruageros, que supuesto no teníamos prisa, no volviesen á exponernos á otro chasco que pudiera darnos que sentir; ellos dijeron que estaba bien, y aunque hacian poquísimo caso de nosotros, por ser en ellos natural lo tosco y lo malcriado, no dejó de aprovechar la advertencia. La demasiada formalidad de nuestro diputado (que así le llamo, porque como se verá en adelante así lo era) no tenia la aprobacion del señor Puerro, y por tanto para impedir prosiguiese como se temia por la chaza que habia dejado puesta al tiempo del vuelco, torció este la conversacion á los asuntos de su inteligencia, que eran á la verdad

de poquísima substancia: de aqui fue que pronto se le acabó la tela, y deseando yo profundizar mas en los modos de pensar del señor Moral, bajo cuya rústica corteza se descubria un no comun fondo de instruccion y rectitud; enderezando hácia él mis palabras le dije: vuestros discursos, señor Moral, son tan gustosos de ser oídos como verdaderos; solos estamos, y aunque hasta ahora no nos habeis tratado, el honor nos obliga á seros leales en las confianzas que querais tener, dándonos cuentas de los asuntos que os traen á la corte; á menos de que sea cosa tan reservada, que no debais comunicárnosla, pues en tal caso no pretendemos ser de aquellos molestos que á fuerza de ruegos intentan con la mayor pesadez les revelen los secretos que importa á sus amigos tener mas ocultos. ¡Oh, señor, exclamó él, de esos hay gran cosecha en nuestros lugares! y no creais que lo son movidos del amor del prójimo para aconsejarle ó aliviar su cuidado; nada menos; el objeto de ellos es, lo primero una vana curiosidad, y lo segundo ir á los corri-

llos á murmurarlo en tono de lástima; y para cumplir estos dignísimos cargos toman al suyo tan estrechamente el indagar lo que no les importa, que parece tienen creído que no cumple con las leyes de buen vecino el que no es buen acechador, ya que de otra manera no pueda escudriñar los negocios que de él ocultan: lo que ahora me trae al sitio no es de lo que no puede absolutamente revelarse, y excepto algunas secretas instrucciones para mi manejo, puedo sin dificultad referíroslo todo.

Sabed, señores, prosiguió diciendo, que el pueblo en donde yo estoy vecindado es lugar de señorío: esto es, un caballero que vive en la capital de mi provincia tiene el privilegio de poner un criado suyo cada tres años por corregidor: tened, señor Moral, dijo mi amigo Tulipan, criado suyo no puede ser; en mi casa hay un igual privilegio para ciertos lugares, y siempre se buscan sugetos circunstanciados de ciencia y conciencia para que administren justicia en ellos; pero nunca se envía un criado de casa: ¡buena anda-

ria la justicia, cuando interviniesen, como es muy comun, los intereses de la casa en las instancias con los particulares! Señor mio, replicó Moral, lo que se ejecuta en la vuestra no sé; desde luego doy de barato que en ella y en otras sucederá lo que decis; pero en la del señor de nuestro lugar infiero que no es así, de que á todos los corregidores que he conocido, y no han sido pocos, siempre he oído decir: mi amo manda, mi amo escribe, mi amo &c., y yo no creo que á no ser ellos sus criados le darian este título: este corregidor es el que entiende en los pleitos de los vecinos en primera instancia, y toma las providencias gubernativas del pueblo: tiene el referido caballero ademas de esta facultad de poner justicias, el privilegio de percibir ciertas contribuciones que le paga el vecindario, para cuya recaudacion reside allí un mayordomo, que ademas de este público ministerio tiene reservadamente el de fiscal de las acciones, palabras y aun intenciones, tanto del juez como de los vecinos, especialmente de los que tienen alguna

dependencia con el dicho señor, mediante cuya vigilancia se advierten repentinamente unas ásperas providencias, y no pocas veces unas tiranas alcaldadas, que como por lo regular dan en la parte mas débil y necesitada, se sufren y callan por no exponerse á experimentar los efectos de la mas severa indignacion y resentimiento de su grandeza; furibundo clausulon con que generalmente finalizan sus desaforadas cartas, añadiéndose á ellas las enigmáticas reprensiones que da el referido mayordomo, que comunmente sabe hacer muy bien su papel con arqueamiento de cejas, ahuecamiento de carrillos, y con el ejemplar de tal cual reciente tiranía ejecutada en alguno de los infelices, sugerida por él, y perfeccionada por su subalterno el corregidor.

Poco á poco, caballero mio, dijo interrumpiéndole Tulipan, conociendo que el solfeo iba demasiadamente pesado, y que de rechazo no dejarian de dar algunas pedradas en el tejado de su casa; poco á poco, que en breves palabras os vais llevando de calles la

mas distinguida clase de nuestros dominios: ¿sabeis de quiénes hablais? ¿sabeis contra quiénes formais una crítica tan mordaz? Yo bien sé, respondió Moral, de quienes y contra quienes hablo; no son los buenos el objeto de mis razones, no aquellos que son honra de nuestra nacion, no los que forman la parte mas esencial y acreditada de la pátria: hay algunos de estos, no lo ignoro, pero son los menos: me irrito contra los presuntuosos entonados ídolos de la fortuna, que desnudos de los sentimientos racionales nos insultan como si fuéramos de otra especie, nos desprecian como si fueran de otro barro; estos que turban nuestro reposo, que se imaginan que honran con solo dejarse ver benignos, hablándonos y tratándonos en tono de superioridad y proteccion, como si por mas que se estiren y engrian pasasen de un mono como cualquiera hijo de vecino: el infeliz pueblo que oye hablar á uno de estos con sobrecejo, andar con vanidad, y vencer injustas dificultades á peso de dinero, le cree de la casta de los semidioses, le

rinde adoraciones, y se humilla hasta el ínfimo polvo; la infame turba de aduladores le rodea y ensalza aun sus mas enormes vicios, y al compás de tan desproporcionada música él se va monstruosamente hinchando, hasta que sirve de risible espectáculo á la consideracion de un verdadero filósofo desimpresionado de las ilusiones de los sentidos: este con el colirio de la razon sana los enfermos ojos de sus compatriotas, haciéndoles ver que aquel arrogante fausto con que les insulta, es el que por dias hace mas insoportable su carga, pues se sostiene á costa de su sudor y miseria; aquellas adulaciones y mentiras que resuenan halagüeñas en su oido, son los estorbos con que no da lugar á que entre el llanto de los infelices á mover su corazon empedernido; aquel lujo, aparato y grandeza son las distracciones y ceguera para que no vea ni conozca que insensiblemente está bebiendo la sangre de los desdichados, á quienes cupo la desgracia de tener la cerviz bajo de su pié: les hace conocer que la brillantez con que quiere cegarlos, y el resplan-

dor de los metales y piedras con que se engalana es una iluminacion de fuego fátuo que ni quema ni dura; y por fin si el asunto lo merece y va mas serio, los auna y anima á que levanten el grito hasta que sus justas quejas, penetrando la atmósfera que rodea al trono, despierten en el corazon del soberano los sentimientos de piedad de que está dotado, y desenvainando la espada de su justicia proteja contra los tiranos que la oprimen á aquella porcion de fieles vasallos que imploran su poder.

Aunque yo no sea, prosiguió, un mono dotado de las bellas cualidades que para excitar así los ánimos se necesitan, tengo un no corto acopio de experiencias de semejantes personas, un mediano desenfado y una retórica, aunque no sublimada, bastantemente expresiva: valido pues de estas armas, y conmovido últimamente con la impiedad, que supe habia cometido el susodicho administrador, vendiendo hasta los derrengados y despreciables muebles de cierta infeliz viuda del pueblo para hacerse pago de una corta por-

cion de maravedises que debia de atrasos de su tributo, en el mismo dia que á una desenvuelta mozuela habia regalado su amo una joya valuada en tanto precio cuanto importaban los réditos del lugar en un año; junté á los mas visibles del pueblo en mi casa, y les hablé de esta manera:

No sé, honrados paisanos míos, con que voces os describa lo mismo que sabeis y que estais tocando; no quiero perder el tiempo con vanos razonamientos, ni exasperaros con exageraciones que tienen parentesco inmediato con la impostura; no necesito de abultadas expresiones; hable vuestra misma infeliz situacion; volved los ojos á esos vuestros campos, en otros tiempos risueños y abundantes, y ahora cubiertos de espinas y malezas; esos públicos edificios erigidos para el bien comun, ya veis que amenazan ruina, y los particulares no tienen que temerla, pues reducido el lugar á sitios eriales, parece pueblo arrasado por el furor de la mas sangrienta guerra; apenas vuestras compañeras hallan un rincon resguardado de la inclemencia, donde

criar á vuestros hijos: los viejos con dificultad encuentran en donde reclinan su trémula cansada cabeza; el sudor de vuestro rostro pasa á ajenas manos, no ya para manteneros en paz y justicia, no para defenderos de los insultos de vuestros enemigos, no para procuraros la abundancia; sino para convertirlo en usos propios, para sus vanidades y locuras; no sé si me atreva á deciros que estais en la constitucion miserable de consideraros de peor condicion que las bestias que pacen por esos prados: pero ¿cómo no ha de deteriorarse cada dia mas nuestra poblacion? La casa que se arruina no se reedifica, el labrador que se pierde con el rigor de uno y otro mal año, no halla una mano bienhechora que le sostenga; la infeliz que queda viuda cargada de tiernos hijuelos, no encuentra consuelo, ni mas ayuda para criarlos, que la cortísima labor de sus manos; como no hay fomento, cesa la industria; y como no hay proporciones, no se dan al campo las labores suficientes para que fructifique como puede, y se vió en otros tiempos.

Tambien es fuerte cosa, replicó entonces el impaciente Puerro, que queráis gobernar las acciones de los demas, y que porque ese buen señor que decís tiene esos privilegios y rentas en vuestro pueblo, forzosamente ha de acudir á todas las necesidades, mayormente cuando son tantas; pues para taparos las bocas, segun se colige de vuestro discurso, habia de mantener en buen estado las obras públicas, habia de coadyuvar á reedificar las de los particulares, habia de sostener al labrador perdido, habia de tener cuenta con los huérfanos, habia de ser báculo de los impedidos ancianos, habia de mantener el buen orden, la justicia, la abundancia, y la defensa contra el poder de los enemigos: ¿ved si para atar tantos cabos es bastante una persona? Vaya, vaya, que el hablar cuesta poco. Si costara mucho, respondió el diputado, no hablarais vos tanto, señor Puerro; muchas respuestas tenia que dar á vuestro razonamiento; pero para no dilatarme, porque ya se divisan no lejos las torres del sitio, reducireme á dos puntos; uno si debe

acudir á tantas obligaciones (y muchas que se os quedaron por decir) el que tiene semejantes privilegios en los lugares ; y otra , si una sola persona es suficiente para cumplir con todas : la decision de este segundo es mas fácil de comprender , pues dejando las pruebas especulativas , se demuestra con la práctica de los ejemplos , no precisamente de los muchos que en los siglos pasados nos propone la historia , sino de ciertos señores de la corte y de lo restante del reino , que actualmente viven , y todos conocemos : aquí hizo una enumeracion de aquellos que con razon debian proponerse como modelo de la moderacion , racionalidad y exactitud , y prosiguió : y para mis compatriotas el que tenian mas á la vista , y les propuse fue el señor del pueblo mas inmediato al nuestro , en donde á costa de su desvelo reinaba la sociabilidad , la abundancia y la paz ; la necesidad del buen vecino no tiene allí que irle á buscar para el socorro , pues no ha nacido cuando ya se halla remediada : los jueces de sus estados tienen orden de que en toda instancia entre

el señor y los vecinos, siempre que el derecho sea dudoso, sentencien á favor de estos, y en contra suya: sus administradores y mayordomos no lo son antes de no haber dado unas no equívocas pruebas de un corazon piadoso, mediante el cual y á medida de las rectas intenciones de su amo, no halla el afligido por la pérdida de su hacienda ó salud á un impío que le añada afliccion, estrechándole, persiguiéndole, encarcelándole, y dejándole por puertas, para que pague una contribucion á que en tal caso no hay derecho alguno, si bien se especula, que pueda obligarle; antes compasivo le sobrelleva, le dá la mano, y le ayuda á salir de la desgracia á que le condujo su suerte: ¡qué bendiciones no escucha de boca de aquellos desdichados! ¡qué dias tan llenos los de un señor que tiene tan raros compañeros! ¡oh cómo cumple con las obligaciones que la Providencia, el monarca y el pueblo pusieron á su cargo!

Sí, señor, obligaciones, que es el otro punto en que hallábais dificultad: esto decia encarado con Puerro, que ya lle-

vaba un miedo mas que mediano: si supiérais el origen de estas contribuciones, si ascendiérais al principio y fuente de estos privilegios, yo sé que ni asomo hallariais de duda; y pues la distancia de nuestro destino aun lo permite; recopilando cuanto pueda lo que necesitaba largos discursos si hubiera de desmenuzarse, he de explicároslo, tomando el hilo desde el mas remoto tiempo, ya para que otra vez no repliqueis en lo que no teneis bien examinado, ya porque á un forastero tan curioso é instruido como el señor Enrique no puede ser molesto el oir, aunque en resumen y por mayor, la historia de este nuestro continente. Díle gracias con la mayor expresion que pude, y él prosiguió de esta manera.

No es dudable la ley que nos inspiró sabia la naturaleza de nuestra propia conservacion; ley establecida so pena de la destruccion total de nuestro género; de aqui se sigue el derecho de adquirir cada uno aquello que es indispensablemente necesario á su existencia; adquisicion que trae consigo el derecho de retenerlo con exclu-

sion de otro cualquiera , en consecuencia de que teniéndole como derecho natural de su conservacion , le debe haber adquirido de modo que ninguno pueda disputársele. Á proporcion del aumento que iban tomando nuestras familias iba creciendo el consumo , y como la tierra no daba espontáneamente tan copiosos los frutos que quedase absolutamente remediada la general existencia , era necesario labrarla mas cuidadosamente , para que á fuerza de incesantes fatigas facilitase sus inmensos tesoros ; pero como esta industria y trabajos provenian del comun de la nacion , y en ella se encontraban muchos mal morigerados , perezosos , y que fiados en el trabajo de sus semejantes se entregarían á un detestable ocio ; siendo tambien de una eterna altercacion , aun entre los laboriosos , la medida de lo mas ó lo menos con que cada uno contribuia á la masa comun , y lo que de ella sacaba para su mantenimiento , era preciso que cada familia se apropiase cierta porcion de tierra que habia de cultivar para sí sola , y cuya propiedad habia de perte-

necerla peculiarmente en adelante, no (como algunos de nuestros sábios quisieron) porque la ocuparon antes que otro, sino porque al ocuparla hubo un consentimiento de parte del resto de la comunidad, á quien en comun pertenecia, ó bien fuese expreso, exponiendo la convencion verbalmente, ó bien fuese tácito, cuando á vista y paciencia de ella se apropió, labró y usufructuó dicha familia cierto terreno, cuyo comun consentimiento, junto á la prescripcion, la aseguran en su absoluto y pleno derecho, que de otra suerte seria una usurpacion.

Esta division de los bienes de la tierra, como se hizo entre familias de distinto número, y de diversa capacidad y proporciones para la industria y el trabajo, fue forzosamente desigual, y asi unas quedaron mas poderosas que otras, por consiguiente nació de esta desigualdad la dependencia y el mútuo comercio de oficios y beneficios; no solo entre las familias, mas dentro de una misma produjo la diversidad de genios, fuerzas y entendimientos una grande desigualdad, enriqueciéndose

unos mas que otros, y por tanto quedando entre sí subordinados, los unos acudiendo con sus obras y servicios á los otros que descargan en ellos sus cuidados, haciéndose cargo de recompensa de su mantenimiento, y forzosas necesidades de la vida. En tal estado se debe considerar en este nuestro continente á cada padre de familias como un soberano con autoridad y facultades sobre los suyos; pero como estos no conservasen por largo tiempo el candor de vida y rectitud necesaria para semejante gobierno, no cumpliendo con las obligaciones que requería su cargo, y abusando del poder que se les confiaba, ellos mismos conocieron la indispensable necesidad de las sociedades civiles que inmediatamente formaron, elevando sobre sus cabezas á uno de aquellos, cuyas facultades, riquezas y poder le hacían descollar entre todos, como destinado por la Providencia para ser el soberano universal de dicha sociedad civil; en este solo se reunieron la autoridad y poder físico que cada cabeza de familia tenía, quedando todas entre sí iguales y su-

bordinadas á este único ^{único} poderío moral, para cuya conservacion, lustre y seguridad todos se obligaron á contribuir con sus haciendas, industria y personas en caso de necesidad; siendo la obligacion por su parte cuidar de la felicidad de aquellos pueblos que se ponian bajo su proteccion, haciendo que entre ellos reinase la abundancia y la tranquilidad á cuyo efecto siendo imposible que en lo vasto de su dominacion por sí solo manejase cuanto se requeria á este fin, creó magistrados y jueces de diversas gerarquías por cuyo medio se cultivase la paz interior de su reino, terminando las diferencias que entre los súbditos ocurriesen, dando á cada uno lo que fuese suyo, y siendo los cauces por donde dirigiese sus premios á los dignos, y el castigo á los malhechores: levantó asimismo tropas armadas que protegiesen á sus pueblos de la violencia de los enemigos exteriores que intentasen molestarlos: y finalmente, instituyó cuantos oficios y empleos eran conducentes á la soberanía de su persona, como objeto del amor y respeto de sus vasa-

llos , y del terror de los enemigos del estado.

Asi se estableció nuestro gobierno, y asi floreció la felicidad y la abundancia en nuestros paises , en tanto grado que llegaron á ser apetecidos de la ambicion de cuantos conquistadores poderosos tuvieron conocimiento de ellos. Varias fortunas experimentó este imperio, cuya exacta relacion no cabe en la brevedad con que voy corriendo nuestros principios, ni el tiempo por ahora la permite; pero nuestra heroica nacion, que (como dijo un sabio escritor natural de aquellos paises, en donde generalmente cuando hablan de nosotros ó por ignorancia ó por envidia, ó lo mas cierto por natural habladuría , procuran oscurecer nuestra fama desacreditando nuestras acciones) nuestra heroica nacion , repito, que dentro de sí misma conserva cierto principio de grandeza que ninguna sinuestra suerte ha sido capaz de aniquilar, con la paciencia, el tiempo y el valor llegó á formarse y admitir por sus soberanos á unos generosos caudillos , bajo cuya dominacion vivió por

muchos siglos dichosa: pero la fortuna que en ningun objeto emplea mas fácilmente los tiros de su volubilidad que en los grandes establecimientos, en breves dias procuró arruinar la obra de tantos años. De la abundancia pasó la nacion al tedio del trabajo, del tedio al ocio, del ocio al vicio; patrocinó á este el gefe principal y quedó el pais aletargado; era consiguiente haberse embotado el filo de las armas, haberse desguarnecido las plazas, y haber abierto los puertos, paso franco á los insultos de los enemigos.

En esta infeliz situacion estaban estos dominios cuando abortó el mar en nuestras playas una confusa multitud de monstruos marinos, que no hallando resistencia en ellas en pocos tiempos llevaron el terror, la crueldad y sus conquistas hasta lo mas remoto del reino: por pronto que quisieron sacudir el sueño sus habitantes, la ferocidad y fortuna de los conquistadores habian hecho tan rápidos progresos, que no quedó mas arbitrio á los miserables que rendirse á merced del vencedor, viéndose precisados por conservar sus

vidas á gemir bajo de un tirano yugo: á este tiempo un puñado de valerosos guerreros que por no consentir infames pactos, abandonando sus riquezas habian vuelto las espaldas al riesgo, fortificándose en lo mas escabroso de unas escarpadas sierras, adonde no habia podido penetrar el furor de los enemigos, salió conducido de un generoso caudillo lleno de esfuerzo á hacer frente á la multitud, no pudiendo contener su espíritu en el corto recinto de los montes. Desde aquel dichosísimo instante comenzó á respirar nuestra oprimida pátria, recuperando nuestros soberanos á punta de lanza con indecibles trabajos cuanto á sus vasallos habia robado el furor de la guerra; pero como un gefe no era suficiente por sí solo para llenar las vastas ideas que formaba sobre las conquistas que ofrecia un país tan dilatado, y se esperaban del indecible valor de sus naturales, á proporcion de las ocasiones que se presentaban en los varios accidentes de esta célebre restauracion, se valia ya de uno ya de otro de aquellos mas valerosos capitanes que llevaba el ejérci-

to, á quienes su espíritu belicoso, su pericia militar y su riqueza adquirida por la industria y mérito, ya propio, ya de sus ascendientes, habian hecho sobresalir entre sus compatriotas, y habian ido poco á poco proporcionando á que fuesen respetados por príncipes de la nacion; á el cuidado de estos fiaba varias expediciones, la toma de diversos pueblos y la conquista de muchas plazas; el efecto correspondia á las esperanzas que de sus bríos y espíritu se formaba; y aquellos vasallos recuperada su perdida libertad, volvian á reconocer á su antiguo soberano poniendo á sus pies los socorros necesarios, para que les conservase la justicia y sirviese de defensa contra sus enemigos.

Muchas de estas nuevas conquistas (aquí os pido la mayor atencion) ó quedaban gobernándose por la direccion de estos famosos caudillos, ó bien se daban en dote á algunas princesas, para premiar con su mano los servicios de tan grandes capitanes; de aquí es que el gefe de la nacion, fundando sus esperanzas en la gran cuenta que

tenia á estos el conservarlas y fomentarles, les confiaba su gobierno y su defensa, permitiéndoles ya poner unos tenientes que en su ausencia velasen en la administracion de justicia entre los vecinos, ya armarlos contra las invasiones de sus contrarios saliendo á capitanearlos en persona á la campaña; y como estos particulares gefes de los pueblos llenaban de este modo las obligaciones que tenia sobre sí la cabeza principal de toda la nacion de conservarlos en justicia, fomentarlos y defenderlos, nada podia ser mas conforme á razon, como el que tuviesen el privilegio de percibir en parte aquellas contribuciones con que los vecinos concurrían para los dichos fines: no fue ni pudo ser el ánimo del soberano concederles poder alguno que no fuese dimanado de su real autoridad, y siempre á ella subordinado. Es cosa quimérica pensar que haya un vasallage en los súbditos de un mismo reino, diferente del que se debe al príncipe, porque en la naturaleza no hay mas que un poderío físico, fundamento y raiz del poderío moral: aquel (como he di-

cho poco há) residia en los padres de familia, los que unánimemente en la formacion de la sociedad civil le renunciaron en el gefe general que substituyeron, en el cual reside el poderío moral único y universal sobre los súbditos, sostenido por el poderío físico de toda la nacion, del que sus individuos se despojaron moralmente en favor de la soberanía, quedando todos sin distincion subordinados al principal, é iguales entre sí en razon de súbditos, distinguiéndose despues las varias gerarquías del reino, segun las diversas elevaciones que reciben del soberano en recompensa de los méritos y servicios de las familias.

Concláyese pues de todo lo dicho, que ninguno hay exceptuado desde la formacion de las sociedades civiles de contribuir con parte de aquella substancia, que en la division general con la mútua convencion se habia apropiado á la subsistencia y lustre de aquel, en cuya mano ponen confiados los súbditos su sosiego, su defensa, su aumento, su conservacion y todo su bien, proporcionándole con sus personas y

haciendas los medios conducentes para ello, obligándose él por su parte á mantenerles la justicia, abundancia y defensa de sus enemigos: que en la restauracion de estas provincias no podia por sí solo acudir un gefe á todas las necesidades que ocurrian, y que por tanto destinó á aquellos mas valerosos capitanes que experimentaba al lado de su persona, para que le ayudasen al complemento de sus hazañas: que en pago de las que ejecutaban los premiaba con el señorío de varios pueblos y plazas: que este señorío no se puede entender mas que en nombre de su soberanía, pero no con un poderío propio, el cual solo corresponde al príncipe: que aunque es indubitable que no conviene á los reyes usar de tanta liberalidad, que se convierta en vicio de destruccion, agraviando á los sucesores en el reino con la desmembracion considerable de sus estados; tambien es certísimo que les pertenece conceder gracias, y hacer mercedes á sus naturales y vasallos, para que se honren y sean ricos, acrecentándose igualmente su dominacion por este me-

dio, y mucho mas á aquellos que á costa de su sangre les aseguraron la corona, ayudando á la recuperacion de sus dominios: que como ellos gobernando aquellas poblaciones recien conquistadas, ó por sí ó por sus tenientes, las mantenian en justicia; á costa de sus desvelos las procuraban la abundancia, y á riesgo de sus personas y bienes las defendian de sus enemigos; nada era mas natural que el que tuvieran el privilegio de cobrar por su mano aquellas contribuciones destinadas á estos fines: y finalmente, que si son tales y tan grandes las obligaciones de los que tienen estos privilegios merecidos por su valor, y adquiridos á punta de lanza, cómo podrán lícitamente desentenderse de ellas aquellos que los obtienen con títulos menos airosos por mas distinguidos que sean? Ahora bien, concluyó el señor Moral, aquel señor que en lugar de juez pone en su pueblo un tirano, que no ayuda á los necesitados, que no piensa sino como ha de exigir tributos, no pocas veces imaginarios; que con sus gruesas rentas en cuasi nada ayuda á su sobe-

rano contra los enemigos que insultan el estado; que no emplea su persona en servicio del príncipe y del reino, y que es un vicioso disipador de aquellas contribuciones, que para tan diversos fines le concedió el gefe general, y ponen en su mano los necesitados, ¿os parece que no puede ser reputado poco menos que como un traidor contra la patria, pues por su parte se esfuerza á arruinarla? Y aquellos caudales que entran en poder de tal monstruo ¿os parece que llevan el destino para que se desposen de ellos sus dueños? Inferid de aqui, señor Puerro, si tienen obligacion de invertirlos en la felicidad de sus pueblos, é inferid todos, señores, el destino de mi diputacion al sitio.

Todas estas razones y mas las que conducian, aplicadas en particular, exponia yo á mis convecinos. ¿Podrémos mirar, añadia, con indiferencia las injusticias de nuestros pobres paisanos, los agravios propios y la opresion de la patria? Tened entendido que por ésta son nuestros votos: el amor á ella me obliga á excitar en vosotros los senti-

mientos dignos de quienes son y deben ser su apoyo : no es mi bien particular el que procuro : ya el curso de mi vida está en el último término ; pero en los pocos instantes que me restan de aliento quisiera lograr la dicha de verla remediada : bien considero que si va aumentándose el daño llegará á desplomarse agoviada con su propio peso, y tal vez confundirá entre sus ruinas á quien las causa ; pero ¿qué alivio será para nosotros tan lastimosa catástrofe ? ¿de que nos aprovechará entre los horrores del sepulcro tan desventurada venganza ? Hechos cargo aquellos mas granaditos de mi pueblo, cada cual á medida de sus alcances, de la fuerza de mi propuesta, y recordando varias injusticias de que particularmente estaban resentidos, y que no son del caso por ahora para mi relacion, determinaron con unánime consentimiento que yo pasase con sus poderes representando el general clamor á los pies de nuestro soberano : no dudan un felicísimo éxito de su justificada pretension : saben muy bien la integridad de los ministros que rodean al trono : no ignoran que estos

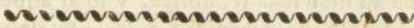
son de la clase de aquellos que revestidos del poder que se les ha confiado, reciben afablemente los memoriales de los menesterosos, oyen el clamor de los agraviados, examinan por sí mismos los abusos que insensiblemente van tomando cuerpo en el reino, no se asustan de soberbios fantasmones, son exactos observadores de la ley y la justicia, y en una palabra, lejos de un miedo servil hablan la verdad al príncipe, á un príncipe que sabe en alto grado el difícil arte de reinar y las obligaciones que le cercan: considerad de estos antecedentes si es bien fundada la esperanza de unos consiguientes dichosos. No se me oculta que emprendo mis acciones contra uno de estos llamados poderosos, de estos tenidos por felices en la tierra; pero como yo no miro estas cosas por la exterioridad y trasciendo á la realidad de ellas, he hallado risible su poder, y su felicidad transitoria y ridícula.

Aquí si que el señor Puerro dió una gran carcajada, y le interrumpió diciendo: ¿con qué no es poderoso y feliz un mono rodeado de una multitud


que solo espera saber su voluntad para ponerla por obra? ¿un mono que se rie de vuestras amenazas, considerando insuficientes vuestras fuerzas para llegarle al pelo de la ropa? ¿un mono que os desprecia seguro de vuestras armas? ¿un mono finalmente, á favor del cual se ha empeñado la naturaleza para contribuir á sus comodidades y adular su gusto? Ese mono, dijo el señor Moral, que pintais con todos esos coloridos, aun dado y no concedido que logre todas las cualidades de que le dibujais revestido, si le falta el interior testimonio del bien obrar, es un cobarde y desdichado; os engañais si le creeis esforzado y poderoso; no basta solo para serlo no temer la espada de los demas monos, debe no temer á sus lenguas y á sus plumas: os miente si os dice que está anegado en placeres de la vida, no le creais por mas que se le contemple con todos los que proporciona el arte para halago de los sentidos, estos no pasan de la materialidad del cuerpo; pero en medio de ellos está su espíritu lleno de remordimientos que le acibaran sus mas apetecidas diver-

siones; siempre temeroso, siempre sobresaltado, hasta de su sombra se asusta: y sino ponedle en contraposición del que no obstante que viva en corta fortuna, no apartó de su corazón por motivo alguno los propósitos que formó desde luego de conservarle incorrupto é inseparable de la justicia y equidad, y hallareis á éste inmutable y sin decaimiento de ánimo aunque advierta trastornarse todo el mundo, al paso que á ese ídolo de la fortuna asusta el menor amago de contratiempo: decidle que os responda con sinceridad si en su interior no juzga que los mas de sus pasatiempos son pueriles y sin sustancia; la brillantez de sus adornos y palacios, como el oropel de los teatros, papel y perspectiva; su representación y ventajosa pompa apoyadas en un orgullo y refinada política para alucinar insensatos, é inspirar un servil miedo; y por último imposibilitado por su mal obrar de gozar el mayor y mas puro de los placeres, que es el de ser amado de sus semejantes, habiéndose hecho indigno de ello por sus obras: á la verdad que no se podrá

lisongear, como cierto pequeño potentado de estas provincias, que concurriendo en un convite con otros de mas considerables estados, vanagloriándose estos de sobremesa de la extension y número de sus vasallos, despues que se hincharon á su satisfaccion, él les dijo enfáticamente: no os envidio el poderío y fuerzas de que haceis alarde; tampoco os puedo competir en ellas, y solo tengo que decir acerca de mis pueblos, que en cualquier dia puedo pasearme solo y seguro por ellos, sin recelo de sus aceros, sus lenguas y sus plumas. ¡Oh cuan pocos pueden lisongearse de semejante felicidad! ¡Oh que contados los que dirigen sus operaciones al fin de conseguirla!



CAPÍTULO IX.



De la escuela pública que tenia en el real sitio el doctor Tamarisco.

Cuando mas enfervorizado iba el señor Moral en sus reflexiones, y nosotros mas

silenciosos oyéndole, nos hallamos en medio de una frondosa y dilatadísima arboleda que se extendia por la mas agradable llanura, cubierta á uno y otro lado de yerbas olorosas, entretegidas con la variedad de colores de cuantas flores produce la fertilidad de la primavera; regábanla unos cristalinos arroyuelos, que corriendo mansamente sobre sus rizadas arenas, y por entre unos pequeños guijarros, formaban el susurro mas sonoro: el armonioso canto de las aves que á vandadas cruzaban sobre las copas de los altos álamos, y el sosiego con que á manadas pacian la húmeda yerba sin que los sobresaltasen los caminantes, los brutos de los vecinos bosques demostraban la libertad que gozaban en aquella su deliciosa república, y todo aquel conjunto de amenidad y deleite daba unas no equívocas señas de la inmediatecion del real sitio; nos confirmamos mas en nuestro parecer, cuando á poco rato nos hallamos rodeados de vistosísimos jardines, en donde el juego de las aguas, el murmullo de las fuentes, la armonía de las cascadas, la magnificencia de su estructura, la aromática suavidad del

aire y simétrica colocacion de plantas y flores conducian á todos los sentidos á una dulce inexplicable delicia, en la que quedamos absortos, sin volver del todo en nuestro acuerdo hasta que impensadamente nos hallamos á la puerta de nuestra posada.

Era esta una de las muchas casas que hay en aquel sitio con apariencias de comodidad y amagos de decencia, en donde pagándose á peso de oro el hospedage, se tiene que sufrir bajo de un mismo techo la compañía de toda clase de personas: salíonos á recibir un obeso cefo, que despues de largos años que habitaba en Simiópolis, habia olvidado su idioma, y no habia aprendido el del pais; haciendo con el gorro una corte-sía á la granadera, nos cumplimentó con la elegancia que prometia su tosca y desaliñada figura: fuese porque conoció á Tulipan, fuese porque nuestro pelage le pareció de mas consecuencia, nos dispuso el mejor alojamiento de los que habia en la casa: éste, no obstante la absoluta independencia de los demas, estaba en parage que era universal registro de ellos. Apenas se sacudió

Tulipan el polvo del camino , cuando llamado de su cuidado salió solo , porque yo determiné descansar , y no otra cosa. Desde mi cuarto registraba la diversidad de figuras que entraban y salían en los otros , particularmente en uno que se descubria frente del mio. Despues de algun tiempo , cuando ya estaba mas sosegado aquel continuo flujo y reflujo de visiones , salí á dar un paseo por los corredores , y á breve rato se puso en ellos con la misma determinacion , ya desembarazado de visitas en bata y chinelas el mono que llevo dicho me habia tocado de vecindad : yo estaba desocupado , y para disipar algunos fastidiosos pensamientos , hijos de la soledad , me agregué al referido saludándole ; correspondióme atento , y trabamos conversacion : sin duda , señor le dije , es de notable trabajo el empleo que os ocupa , si advierto el numeroso concurso de sugetos que desde el corto tiempo que ha que he llegado he visto entrar y salir en vuestro alojamiento.

¡ Ah , señor ! exclamó él , esos son mis deseos , tener empleo que me ocu-

pe y dé de comer, en esta solicitud he venido siguiendo la corte en cualidad de pretendiente; harto os he dicho, tenedme lástima: el despacho se me prolongaba, se me acababa el dinero, y el comer no daba espera; pero el vientre, que (segun dicen escribió cierto antiguo) es el mejor maestro del arte de la industria y fomento de la ingeniatura, me dictó una que creí me valiese para un entre tanto; y me ha salido en el efecto una abundantísima mina que provee á mi subsistencia: esta es una ocupacion, empleo ó ministerio jamas visto ni inventado en estos paises: hay en ellos una increíble aficion á los teatros como habreis experimentado en el tiempo que ha que estais entre nosotros; los afectos á las diversas compañías de la capital estan divididos en varios bandos; la emulacion es excesiva, la proteccion se hace tema, y se incluyen en ella aun los personajes mas entonados; de aqui es, que sean gracias en unos actores las mismas expresiones que en otros frialdades, en aquellos primores lo que en estos defectos, y lo mas chistoso del cuento, que un mismo suge-

to pierda el mérito de su habilidad para los que le alaban por solo el hecho de pasar al teatro del otro partido : en esta inteligencia yo determiné sacar mi provecho y divertirme á costa de tanto mentecato ; y aunque me temí que por no estar en Simiópolis, que es en donde reinan estos partidos, no podrian sacar tantas ventajas de mi invento, fue vano mi temor, porque como es grande el comercio que hay entre este sitio y la capital, no he tenido que echar menos la estada en ella, pues aqui me vienen á consultar con tanta frecuencia como si allá estuviese.

Ya tendreis deseo, añadió, de saber que invento es el de que os hablo, pues sabreis que en inteligencia de las pasiones que iba diciendo reinan en este pais, fijé unos carteles, que poco mas ó menos decian asi : *escuela general del teatro ; preceptos breves, fáciles y claros para todo género de personas que de cualquier modo tengan dependencia ó connotacion con él para el perfecto cumplimiento de sus obligaciones á la moderna ; observados, recopilados y ofrecidos al público por el doctor Ta-*

marisco (un servidor vuestro). *Se suministrarán á cada uno segun su existencia y ministerio. El precio se deja al arbitrio de los sugetos que soliciten su instruccion.* Mas que el pensamiento me admira, le repliqué, que cuando el invento es para utilizaros con lo que de de sí, dejéis la paga al arbitrio de los educandos. ¡Oh como no conoceis bien, respondió, el genio, emulacion y vanidad de mi pais! Aquella clausulita (esto sea dicho para entre nosotros solamente) es el mayor manantial de la tal estafa; no es original el pensamiento, que le he visto diversas veces para otros asuntos puesto en práctica en Simiópolis; pero le he querido seguir por refinado, y me ha surtido el mas bello efecto; es verdad que muchos de los que llegan son unos infelices, que ni por sí tienen ni hallan protector que les suministre para que triunfen y gasten á medida de sus deseos; pero tambien es cierto que para uno que venga de esta clase, van cayendo innumerables monos de las otras, que dejados llevar de su risible ventolera á costa de cuatro cortesías y vanos títulos que prodigali-

zo con ellos, y ponderándoles la liberalidad del marqués fulano, ó de la señora zutana (cabeza del contrario partido), sueltan la plata sin medida; y para que lo experimenteis á la primera ocasion que se ofrezca lo habeis de ver, pues yo desde luego, aunque nunca os traté, por las muchas noticias que de vuestras circunstancias tengo, os he de hacer partícipe del modo de portarme en este asunto; y así presenciareis las lecciones que gustareis, que no tardará mucho en venir alguno, pues ya anochece, y es el tiempo en que van acudiendo muchos de *incógnito*.

Hablando estábamos estas palabras, cuando vimos írsenos acercando dos monos que venian convoyando á una mona; y adelantándose uno de ellos, llamó aparte al amigo Tamarisco, el que á brevísimo rato volvió á mí y me dió las señas competentes para que por una segunda puerta entrase en su alojamiento, y pudiese atender sin ser visto la sesion que habia de tener con estos personajes: yo estaba con humor de divertirme, y así ejecuté lo que me dijo; depositéme en su alcoba que estaba

inmediata á una salita, en donde ya tenian su conferencia entablada. Nosotros, le decia el mayor de edad, componemos una pobre familia para cuyo sustento es necesario solicitar algun medio; este ya porque la edad no es proporcionada para ello, ya porque lo resiste nuestra natural pereza, no puede ser el aprender algun nuevo oficio cuyos rudimentos nos cuesten una grande dificultad, y que acaso no nos surta el efecto que deseamos; en tales dudas fluctuábamos mi nuera, mi hijo y yo, cuando se nos previno la bella idea para ellos de tomar partido en una compañía de cómicos que pasa á cierta capital, y para mí de meterme á poeta entremesero, teniendo para esto lo mas adelantado, pues ya llevo compuestas diversas obras de relaciones, curiosos romances, villancicos y motes de fin de año, en las que he echado de ver que no me es ingrata esta ocupacion; hemos puesto en planta el pensamiento como adecuado á nuestras proporciones y deseos, pues con un trabajo divertido y no grande, vemos (por experiencia en cabeza agena) que se triunfa, se vive

alegremente, se viste seda, se come con abundancia y se adquieren protectores para casos de necesidad en algunos de los deslicillos en que suele tropezar nuestra miseria: sí, señor, añadía con zalamería la mona, es mucha nuestra fragilidad, y sino tiene una persona quien la guarde las espaldas y dé la mano en cayendo, está expuesta á innumerables pesadumbres, y mas en el ejercicio: calla niña, dijo interrumpiéndola el buen suegro, ahí es lerdo el señor para que no lo conozca todo, sepa lo que pasa, y penetre nuestra loable intencion, no le molestemos con lo que no es del caso; á lo que venimos es á tomar lecciones (segun ofreceis) que nos perfeccionen y enseñen los tesoros escondidos del teatro; á los muchachos por la parte representable, y á mí por la poética al gusto mas delicado moderno; en cuya recompensa podeis esperar un no pequeño premio, pues aunque como hemos dicho, somos pobres, no nos falta ya un caritativo poderoso mono, que previendo lo útiles que por estos ramos podemos ser á la república, nos franquea á manos abiertas

su dinero á efecto de nuestra enseñanza.

Bien astuto anduvo este mono en dar tan esencial advertencia al señor Tamarisco, porque ya desde el principio de la conversacion, habiendo oido que eran pobres habia torcido el gesto y no cesaba de dar vuelcos en su silla en guisa de quien está incómodamente sentado; pero luego que escuchó las últimas palabras del razonamiento, dió paz á sus huesos, asomó á sus lábios la risa y con semblante placentero, despues de una corta arenga y alabanza de su determinacion, mayormente con los deseos de perfeccionarse en el arte respectivo, segun la rigurosa moda, empezó su enseñanza por medio de unos preceptos que les hacia repetir ó ejecutar segun requeria el paso: mucho me alegrara de que se me hubieran quedado todos en la memoria, y mucho mas la parola con que los iba exponiendo; pero para que mis lectores formen idea, expondré por mayor aquellos que me vaya acordando.

Empezó por el suegro, y le decia; no os tiene; señor mio, que acobar-

dar para conseguir la laureola de un perfecto poeta dramático de moda, el no haber leído ni aun tener noticia de los mejores poetas antiguos, así propios como extranjeros, porque habeis de estar cierto en que tampoco ellos leyeron ni tuvieron noticia de vos ni de vuestras obras, con que así váyase lo uno por lo otro; además que esto fuera bueno para imitarlos y vos habeis de procurar ser original, y á los que así no lo hagan, llamareis plagiarios (en otra ocasion os explicaré el términillo) que no por esto infernareis vuestra conciencia poética; procurad siempre elevaros tanto que llegueis si pudiéseis, hasta los espacios imaginarios, y á fuerza de figurar las cláusulas las habeis de desfigurar de modo que no las conozca ni el poeta que las parió, que sereis vos mismo: qué eso del camino carretero es cosa de poetillas de tres al cuarto. Las antítesis (este se explicará cuando el otro) han de ser vuestras figuras de mayor estimacion, porque dan mucho realce á los clausulones altisonantes: podeis decir sin escrúpulo poetico á una mona sobre el teatro, que

está hermosamente fea, á un rey, que es liberalmente avaro; á una cabaña que está humildemente soberbia, y así en otras cosas, porque estas son expresiones de grande consideracion; por ningun caso significareis las cosas con sus inteligibles y naturales nombres; sino con alguna delicada oscura frase ó figura, como por ejemplo, al mar llamareis el salado monstruo, y mas que haya quien entienda que hablais de algun canal de tocino; el perrillo de faldas, soy de parecer se explique bajo los términos del animal mansueto, y crea enhorabuena cualquiera de los que escuchan, que hablais del borrico; pues nada de esto pende de vuestra siniestra explicacion, sino de su mala inteligencia: la influencia hareis consistir en amontonar epítetos que llenen los versos aunque no amplien la significacion, como si hablando de la luna dijéreis que es la radiante, luminosa, clara antorcha de la noche, procurareis en vuestros entremeses y sainetes, que generalmente haya algun majo ó maja, en cuya boba teneis licencia de poner cuantos despropósitos vengan á la

pluma; siempre hablarán con desgarro insultarán á las personas de buena crianza, y escandalizarán representados como al vivo: en sabiendo distribuir los papeles de estos á medida de vuestra fantasia, añadiéndoles al canto un matrimonio infiel, un cortejante; un rufian, una vieja y dos payos, teneis una considerable porcion de sainetes; mudándolos de lugar y locuciones, aunque estas substancialmente deberán ser las mismas: el majo guapo; el cortejante cobarde; el marido paciente; su consorte loca; la vieja astuta; los payos tontos maliciosos; y al rufian pondreis las *puntas* (término facultativo que significa los chistes escandalosos y equívocos, mal sonantes y triquitraques): estas no escribireis muy al descubierto de modo que conocidas por los censores no os las dejen pasar, sino debajo de cierto artificioso velo, que con poco estudio pueda correr el actor al decir ó accionar los versos, bien sea por vuestro aviso, bien por su pericia en el arte, y advertid que esta es una de las partes que á pesar de los oídos limpios harán mas famosa vuestra obra:

os amonesto, y aun en cuanto maestro os mando no os contenteis con estos géneros de poesía; haced que salgan como escapadas (ó bien sea á medio galope) de vuestro ingenio otras muchas obras teatrales, porque mediante mis preceptos podeis atreveros á componer pastorelas, zarzuelas, autos, follas, comedias, y cuanto quisiéreis, aunque sea de invencion propia. No os asuste aquella quisicosa que habeis oido de las tres unidades, porque el buen poeta moderno (creedlo bajo de mi palabra) puede creer licenciosamente sin detenerse en las unidades por las decenas centenas, millares &c. Ademas que todas vuestras obras en cierto modo las tendrán; la de lugar en el teatro N., la de tiempo á las tantas de la tarde; la de accion tocar al arma contra el bolsillo mas renitente. No obstante, si sois tan nimio que no quereis contravenir á la órden que dejáron por escrito los mal humorados antiguos á sus sucesores, lo hareis fácilmente con estas observaciones: en cuanto á la unidad de tiempo direis que está observada en vuestra obra, poniendo en boca

de uno de los actores una dosis de aurora bien á las claras al principio, á la mediacion un chicharrero del mediodia y finalizando la cosa entre dos luces, sin que esto impida que las acciones intermedias ni pudiesen acontecer ni efectivamente aconteciesen en muchos años, porque ¿quién ha de ir á medir tan escrupulosamente el tiempo? En cuanto á la unidad de lugar habeis cumplido no poniendo acotaciones de mutacion de teatro, sino que toda la accion se ejecute, por ejemplo en una sala, en ella podeis recibir embajadores tramar conjuraciones, despachar negocios del gabinete, dar batallas, conducir reos al suplicio, y todo lo que convenga á vuestra obra sin salir de ella; esto tendrá tanto mas de admirable cuanto mas de irregular; la unidad de accion aun es mas fácil; adornad vuestra comedia con todos los sucesos conexos ó inconexos que os vengan á la imaginacion; decid que estos se llaman episodios, y para que todos parezca que tienen union entre sí, haced que los sugetos repitan, para que se juzgue miran á un mismo objeto, el

título que habeis dado al drama, en el cual habeis de poner grandísimo cuidado, porque es la convocatoria de los desprevénidos; además de tener el fin que llevo dicho, será muy oportuno que sea en verso, también que ocupe diversos renglones; pero mucho más célebre será si incluye alguna cosa admirable nunca oída, ó algún refrán como por ejemplo: el duelo entre dos difuntos, y al fin se canta la gloria: apearse por las orejas &c. &c. En el pasage historial y sus adiciones no tenéis que pararos; tomaos una amplia libertad de inventar nombres, ó poner á los interlocutores los primeros que se os vengan á la memoria; antepondreis ó pospondreis los sucesos como más os haga al caso, que entre los circunstantes no habrá muchos que aun por oídas conozcan los anacronismos: á los reyes y héroes de la farsa dareis una buena porción de láudano para que todos sean dormilones, y con facilidad podais introducir el paso nunca visto de que se les venga el sueño, salga un traidor á matarlos, y á defenderlos el galán, cuyas acciones

deberá equivocarse siempre el que despierta; los monos de acompañamiento han de ser perpetuamente sordos, porque delante de ellos se han de tratar los asuntos mas sigilosos, y es menester que á nadie lo digan: los graciosos que han de ejecutar sin falta uno de los papeles principales no han de hablar sino inoportunísimamente, como es, mientras se da una batalla, cuando una dama á la vista de su amante estando inocente se halla culpada en la apariencia, cuando un tirano en fuerza de su poder separa á dos consortes ó al padre de su hijo para acabar con ellos, al tiempo que un soberano descubre la conjuracion que amenazaba al reino y á su vida, ó en otros lances semejantes, para que con un par de bufonadas pueda templarse lo lastimoso que incluye la materia, dando un festivo desahogo á los oyentes desatareis el enlace ó la dificultad con alguna cosa estrepitosa, extraordinaria ó extravagante, para lo cual tendreis siempre á mano escondites para los interesados, fantasmas, duendes habladores, deidades bachilleras, y diablos

que vayan ó vengán echando chispas: si hubiese alguna célebre cantarina, y quisieréis introducirla en vuestra comedia, la pondreis un papel acomodado á sus fuerzas, mezclando algunas arias en los pasages mas del caso, como es quando van á sacrificar á su esposo, ó quando la estan obligando á que tome un veneno al tiempo que tiene la taza (ó sea jícara) en la mano. Tendreis asalariados (que esto se consigue con poquísimos cuartos) diez ó doce tunos que esparzan la voz de que habeis compuesto el drama en poco mas de dos dias, que es vuestro ingenio monstruoso, y por último estos mismos la tarde primera de la funcion se pondrán en diversos puestos del coliseo, con el destino de dar palmadas que por todas partes resuenen por cualquier friolera, aunque no vengán al caso, pues este es el mas seguro modo de que quede sentado vuestro crédito poético; pero si (lo que no quiera la suerte) apesta la funcion y os la silban, os queda el recurso de publicar por medio de vuestros amigos y por vos mismo, que no ha parecido bien la obra, porque no

han sabido dar á los versos el alma y sentido con que estan escritos; que los cómicos son unos haraganes, que no hay forma de hacerlos estudiar; que el autor de ellos es delicadísimo y que no lo entiende, y para darle gusto fue menester quitar las mejores escenas; que las demas iban sin corregir por la precipitacion con que las pidieron; que os visteis en la precision de dar un papel principal á la señora N. no obstante que es absolutamente inútil, porque se empeñó en ello cierto sugeto, su protector, á quien no podiais negaros; por último podeis inventar otras mil disculpas por este corte con que sostendreis vuestra fama, y caiga el que cayere, que primero es vuestra persona; finalmente vuestros escritos no reconozcan á ese estorbo de los espíritus encojidos, esto es, á la moderacion; llamareis ánimo y despejo á la mordacidad; abundad en ella y con diente canino (esto es de perro) despedazad el crédito de quien os ofenda, sacadle ridiculizado al teatro, que esto no tiene mas peligro que el de que él sea tan desembarazado de manos, como vos de

poesía, y os rompa el molde de adonde la sacasteis; bien que si tal os sucede os podeis consolar con los ejemplos de otros grandes autores que han tenido que sufrir semejante infortunio, los que para tales lances debereis tener en la uña.

Aunque os parezca que he estado difuso no es esto mas que empezar, siendo lo dicho solo preliminar á los inagotables preceptos que tengo que daros en los innumerables ramos que abraza el arte que vais á ejercer; pero por esta noche baste lo dicho, que no es razon que vuestros hijos, que han estado escuchando tanto de lo que no entienden (ni deben entender para ser perfectos en su arte) se vayan con las orejas vacías sin haber oido algo de lo perteneciente á su instituto.

Debeis pues, señores míos, en primer lugar aprender á andar; no os admireis, que no es lo mismo hollar la tierra que pisar las tablas; aquello se hace naturalmente y esto debe ser, como todo lo que allí se ejecuta, con grandísima afectacion; y asi todo soliloquio ha de ser con contratiempos, to-

do diálogo con sostenidos y con piruetas toda vuelta; no por eso quiero decir que aprendais á bailar, porque aunque es verdad que se os ofrecerá repetidas veces con hacer gala de la ignorancia, diciendo que no es de vuestra profesion, podeis quedar muy satisfechos: encargoos mucho la cadencia al decir los versos, de modo que se conozca que lo son, lo cual se consigue diciendo cada renglon separado, y el sentido que le vayan á buscar los oyentes que no ha de estar todo á vuestro cargo; no solo debeis separar un verso de otro, sino tambien los verbos de los nombres, los adjetivos de sus sustantivos, y los oblicuos de sus rectos; mas claro con ejemplos porque esto es demasiada gramática, direis: *la razon no quiere....* y dentro de dos minutos *fuerza*: ó asi, *os debo dulces*, y luego *cariños*; ó de otro modo, *cuanto ejercitan á un pobre las materias....* y despues *del honor*; la accion ha de ser medida; no quiero deciros con esto que se ha de contener en ciertos estrechos límites, sino que ha de ser medida á lo que se dice, especialmente

hablo con vos (se encaró con el mono jóven), que segun vuestra gallarda presencia, no obstante que la habilidad sea corta, siempre habeis de pretender partido de primero, aunque os quedeis mucho mas abajo; pero en todo caso quando se os ofrezca relacionar algun suceso, en cuya conversacion se incluyen pinturas de serpientes, caballos, naufragios y otras mil impertinencias, tendreis gran cuidado de separaros un gran trecho de la persona con quien hablais, ocupando la extremidad del lado derecho del teatro; gastareis el tiempo de los cuatro ó seis primeros versos en calzaros los guantes, aunque esteis hablando con un rey ú otro personage de respeto, que ellos os perdonarán la descortesía por el justísimo motivo de ir á echar una relacion; en ella se necesita mas particular cuidado que en lo restante de los diálogos, en el manejo ó manoteo; de forma que en la pintura, por ejemplo, de un caballo, al decir el anca señalareis las vuestras; al nombrar la cola demostrareis el puesto donde debiais tenerla, ya que no os la concedió la naturaleza;

en fin todo se ha de ejecutar tan al natural, que pintando á un ahorcado, os debierais ahorcar (y aquí sí que fuera el aplauso); pero ya que no pueda ser esto porque la vida es amable, á lo menos imitareis toda la accion, caidos los brazos, torcido el pescuezo, la lengua de fuera &c. Ahora esta naturalidad no ha de ser en tales términos que en todo y por todo la hayais de observar; y así no obstante que sobre las tablas debeis hablar como si únicamente os escuchara el que allí está con vos, le volvereis cuando os parezca (y sea á menudo) la espalda, ó á lo menos la cabeza, y dirigireis la plática á los mosqueteros, que no es razon esten aquellos señores presentes toda la tarde sin que haya quien les diga una palabra (este precepto habla tambien con las damas). Si estuviereis bien con el gracioso (aunque sea en ocasion de estarle reprendiendo) por cualquiera frialdad que diga, fingireis ser asaltado de la risa hasta el término de no poder proseguir representando; pero si estais de mal humor con él, le sentareis la mano pesadamente cuando lo requiera

el paso: cuando se os encargue papel de preso, habeis de vestiros de luto, que aunque nadie se os haya muerto debeis estar de tristeza; tambien os proveereis de una larga y ruidosa cadena, que sacareis recogida por un cabo en la mano, dejándola caer de golpe al empezar á hablar; pero por si acaso habeis excitado demasiado la compasion del pueblo, conozca éste en la ligereza con que os retirais que pesa muy poco y no os mortifica. Si representais parte jocosa no os atendreis rigurosamente al papel; podeis añadir, quitar y citar las particularidades y sucesos que se os prevengan, aunque sean de los acaecidos única y precisamente entre vuestros compañeros, que aunque el público no lo entienda, nada importa como vosotros os divirtais: con los amigos que estan inmediatos al teatro y con los músicos de la orquesta tendreis vuestras chanzas á media voz para que os sirva de desahogo del principal trabajo y cumplimiento de vuestra obligacion: si con la accion ó modo de decir viciais los versos que admiten algun equívoco, aunque sea chocar-

rero, mal sonante ó sucio, llegareis á tocar lo más refinado y sublime del arte moderno: por último si habeis de cantar (en lo que no os detendreis, aplicando aquí la doctrina que dejó sentada acerca del baile) como quiera que no es de vuestra inspeccion impertinenciareis bonitamente al autor y á cuantos lo desean, bien sean vuestras compañeras, bien sus protectores, sacando todo el mayor partido que podais, y quejándoos siempre de lo mal premiada que está vuestra habilidad; acostumbraos á conservar cierto aire de superioridad con los llamados metemuertos, mozos del teatro, del acompañamiento &c., y aun entre las personas de graduacion pretendereis hacer una respetable figura, tomándoos el mejor lugar y hablando á todos con el sombrero puesto, porque al fin habeis sido repetidas veces general de victoriosos ejércitos, valido de grandes monarcas, y ni aun el cetro se ha desdenado de ocupar vuestra mano.

Con vos, señora (miró á la monuela que ya esperaba remilgada su leccion), tambien habla lo dicho, y mu-

cho mas quando á las referidas circunstancias se añade la principalísima y nunca bien ponderada de dama y dama de gran mérito por vuestra cara, prenda del mayor valor para la carrera que emprendéis, y con la que se os suplirán las faltas de habilidad, y mas fácilmente podreis hallar quien os patrocine y ayude á sostener los grandes gastos del teatro, mayormente habiendo de comparecer con atavíos sobresalientes y ventajosos á los de las demas; lo que habeis de observar tan sin respetos al carácter que representais, que aunque vuestro papel sea de villana, pastora ó criada de las mas inferiores, vuestro peinado, aderezo, vestido y otros adornos no han de ceder, antes sí sobrepujar, si os alcanzan las fuerzas, á los de las que representan princesas ó reinas; pero si es tal vuestra desgracia ó poca maña, que no ha sabido proporcionarse con un poderoso, y carece de alhajas con que presentarse brillante, no os falte á lo menos una buena porcion de flores de papel, talco, oropel, lantejuela, galones falsos, sortijas, aderezos y joyas de asientos de vasos de cristal, con

otras zarandajas semejantes, y por mi cuenta sino luciereis tanto como la mas estirada y bien prendida, que por algo se dijo, mas vale maña que fuerza. Aunque tengais intencion y aun precision en cierto modo de quedaros para el año siguiente, haciendo igual ó menor parte de la que teneis en la compañía, poned gran cuidado en aparentar todo lo contrario cuando esteis para cumplir, echando la voz bien de que no quereis seguir representando, bien de que en tal ó tal ciudad os ofrecen un ventajosísimo partido, pues con esto se aumenta vuestro crédito, y tal vez lograreis que os rueguen, con lo que sacareis algunas ventajas. Procurareis que se os aficione alguna mona de carácter, que sufrague los muchos gastos que teneis que sufrir, y tocareis en lo mas fino y delicado de vuestra profesion, cuando podais demostrar al público la confianza con que la tratais, presentándoos en su aposento cargada de cintajos y relumbrones, y no dejará igualmente de ser muy del caso, que en el lance mas sério de la funcion, haciendo con el abanico sombra para

que no os dé la luz de las lamparillas en el rostro, la hagais un par de besamanos como á hurtadillas con gana de que lo vean todas las gentes, para que conozcan que aquella no es en realidad la reina N., sino la señora N. protegida, amiga y confidente de la marquesa de N. ¡Oh cómo captareis todo el aplauso á la moda! Si cantais algun aria que por largos tiempos os habrá estado enseñando al clave un músico vuestro cortejante en segundo grado, haced que os ponga varios trinados, cuyos gorgoritos hareis siempre en una misma postura, esto es, no mirando á la persona con quien hablais, sino al auditorio, que es primero, inclinando el cuerpo hácia adelante en accion reverente, y puesta la mano bien extendida en el pecho como quien le sujeta para que no reviente con la supresion violenta de la respiracion: si el poeta ha tenido la impertinencia de que al fin de la comedia os pongais de luto, estando al principio de gala, no por eso os habeis de incomodar mudándoos cuando conviene, bastará que de medio cuerpo abajo

esteis de color, y de medio arriba podéis desde luego salir de negro, pronosticando la desgracia que tiene que aconteceros: del mismo modo, si haciendo papel sério os acoplan alguno en los entremeses y sainetes, saldreis á ejecutarle (por mas ridículo que sea) con los atavíos brillantes de la comedia, extendiéndooos lo mas á poner os un capotillo, que no es razon os acometa un resfriado con la continua mudanza de vestidos; ademas de no ser muy repugnante oir y ver á una maja ó aldeana llena de plumas y de joyas con tontillo, bata &c., haciendo los ademanes y gesticulaciones correspondientes á su desgarrado ó sencillo carácter: si movido únicamente de caridad, lograseis un rico protector... Ese soy yo, dijo, entrando muy embozado en un capote de grana bordado de oro un bulto de no grande corpulencia; ese soy yo, señor Tamarisco, que sabiendo lo que aquí se trata, me he tomado la licencia de entrarme sin llamar, viniendo de oculto á hallarme en la sesion, y á participar de vuestra doctrina; diciendo estas palabras se

desembozó, é inmediatamente se levantó la asamblea para cumplimentarle; el charlatan Tamarisco con mil ademanes y sumisiones empezó á significar la inaudita fortuna que se le habia entrado por sus puertas; apenas con el gozo hallaba silla que arrimar para que se sentase, ni palabras que expresasen su dicha; llenóle de dictados, y colmóle de alabanzas, ya fuese por el recato con que estaba y hablaba, ya porque tenia la espalda hácia el lugar de mi escondite, no pude conocerle; pero las demostraciones de los circunstantes me hicieron conceptuar que era un gran personaje.

Sentóse el señorón, colocóse á su lado la monilla, y por señas hizo que los demas tomasen asiento: todos callaban, y él empezó á hablar de esta manera á Tamarisco: no le admire, buen mono, que yo haya tomado á mi cargo la proteccion de esta niña, aunque las arrugas de mi rostro, la calva que encubre mi peluca, lo trémulo de las piernas, lo agoviado de la persona sean irrefragables testigos de mis años, que demuestran que por ellos

podiera ser sobradamente su abuelo: porque como no es esta una pasión indecente y culpable, no son impedimento de ella estas faltas; además que aunque ella fuera, como suelen pensar los que ven las exterioridades, soy mono rico, y esto baste; pero mi protección solo estriba en un cierto afecto y afición á sus gracias, que se insinúa dulce y agradablemente sin pasar de estos límites, está lejos de injustos deseos, y de otro fin que el de que de ningún otro mono necesite; y no obstante lo ajustado y recto de mis pensamientos, procuro recatarme cuanto me es posible, para que nadie sepa que yo la protejo, pues siendo mi objeto únicamente el caritativo de hacerla bien, para nada he creído necesaria la publicidad: y pues la casualidad me ofrece la ocasión de instruirme en algunas finuras pertenecientes á mi destino, en que yo no estaré diestro, pido al buen Tamarisco me advierta por mayor lo que tenga por conveniente. Levantóse éste, hizo una profunda, seria y misteriosa cortesía, y volviéndose á sentar, dijo: permítame

vuestra grandeza que admire su singular benignidad, pues tiene á bien tomar instrucciones de aquel á quien podia enseñar en la materia: bien me acuerdo (no ha muchos años) de cuando vuestra grandeza ejercia el cargo con cuanto primor en él cabe, sin que se me haya olvidado el honroso disimulado destierro que tuvo que padecer, porque dieron en decir las malas lenguas, que vuestra grandeza era un escandaloso, siendo solo su oficio socorrer á una pobrecita huérfana; pero ya que quiere que diga algo de lo que ocurre en el empeño en que nuevamente se mete, patrocinando á esta señorita (que muy bien lo merece) protestando la fuerza, la obediencia y cuanto de derecho sea necesario, digo que en primer lugar debe vuestra grandeza reformar ese sigilo que observa, porque es á mi parecer incompatible con una verdadera y perfecta proteccion, ademas de que se priva de la nunca bien ponderada vanidad, de que todo el mundo sepa su generosidad y buen gusto, siendo por él envidiado de los mas resoplados pisaverdes: de-

cia que era tambien incompatible, porque es de obligacion de un fino protector tener diario asiento en la luneta, desde el cual siempre que la protegida se halle en el teatro, deberá estar observándola con un anteojo sin mirar á otro objeto: sus palmadas serán las primeras que resuenen para animar las de los incautos y desprevenidos (que hay muchos que victorean solo porque lo hacen otros); su cabeza estará como sobre un muelle para ejercitarla igualmente en aplauso de la señora; su sonrisa demostrará la satisfaccion con que se halla; y por último, siempre que ella finalice cualquier paso (hay quien afirme se puede tambien ejecutar en la meditacion), dirá á los monos inmediatos con voz sonora é inteligible, aun á los que esten bien desviados: esto es lo que hasta ahora no hemos oido en tablas, esto sí que es inimitable; que viva, que viva &c. Si tuviese ella que cantar alguna tonadilla, debe él saberla de memoria, y estar al mismo tiempo que ella recitándola entre dientes; á lo menos lleve el compás con el pié y la cabeza

cuanto incomode á los que se hallen junto á él: visítela diariamente, y componga á fuerza de dinero las peloterías que todos los días debe hallar armadas contra el sastre, el peluquero, la criada y cuantos tengan con ella dependencia: en cuanto al regalarla, no se puede dar regla fija; y para no cansarnos, en una palabra, todas las conversaciones de dentro y fuera de su casa han de girar sobre este importantísimo objeto; dirá que es una muchacha de un nacimiento muy alto, pero que cierta desgracia de su casa la condujo á abrazar este partido; que sus costumbres son inocentísimas, y que es un cargo de conciencia que esté en tal ejercicio; pero que ya está pensando en ponerla un suficiente situado para que salga de él, y se libre de los peligros que la cercan; no obstante que teme que no lo admita, por el desinterés singular con que se maneja.

En la explicacion de tan importantes puntos se hallaba el dicho martagon, cuando llegaron á mi oído unas voces que proferian mi nombre, con cuya ocasion, por donde habia entra-

do ocultamente, salí á buscar á quien las daba; era este mi amigo Tulipan que estaba ya de vuelta de su expedicion, y andaba buscándome; metímonos en nuestro cuarto, en donde le conté mi aventura; celebróla mucho, y dejó para el dia siguiente el participar de ella porque ya era tarde; pero fue nuestra mala suerte la que experimentó el charlatan, porque celosa la justicia le intimó aquella misma noche, para impedir tan conocida estafa, que en término de seis horas saliese de la corte y sitios reales, con lo cual se nos frustró la esperanza que habiamos concebido de divertirnos á su costa.



CAPÍTULO X.



*Convite que tuvo Enrique para comer
en casa de la marquesa de la
Castaña.*

No esperaba yo tan pronto la venida de Tulipan; pero fue el motivo, segun

me dijo , que habia visto llegar de vuelta del paseo á la marquesita de la Mielga (objeto de sus desasosiegos) con su marido , y que habiendo mandado encerrar el coche , era clara señal de que no salian de casa en aquella noche ; añadió , que habia dado repetidos giros por delante de los balcones de su casa , sin que pudiese conseguir ver aun á aquellas criadas sus confidentes , estando todas las ventanas tan cerradas como las de la mayor clausura : acabóse de verificar su recelo de la fingida enfermedad del marqués , y se avivaron sus deseos de ver á la marquesa , cuya expedicion dejó para otro dia. ¡Qué perezosa viene la aurora , para quien espera desvelado la luz de la mañana ! Cuán larga pareceria la noche á mi amigo , dejó á la consideracion de los que han experimentado semejantes inquietudes. Llegó por fin el suspirado dia , y no bien nos habiamos levantado de la cama , cuando tuvimos un recado de la marquesa de la Castaña , que por cartas de Simiópolis habia recibido la noticia de nuestro arribo , dándonos la bienvenida y convi-

dándonos á comer; esto era prevenirnos para que no admitiésemos en otra parte, porque como en aquel sitio es tan excesivo el número de mesas ostentosas con que lucen los individuos de la corte, unos de oficio y obligacion, y otros (como la de nuestro convite) de vanidad y buen deseo de gastar lo que tienen, y muchas veces lo que no tienen, se ven en precision de andar á caza de gente que las honre: admitimos con agradecimiento las expresiones de la dicha señora, y despues que nos peinamos y vestimos, citándonos para su casa á la hora acostumbrada, salimos con diversos fines; Tulipan de sus aventuras mutuo-obsequiosas, y yo de divertirme con lo que diese de sí el acaso en la calle. No encontré en ella cosa que ocupase mi atencion, y asi me encaminé á los jardines, cuya frondosidad y juego de aguas eran suficiente diversion para llenar el rato ocioso.

Paseábame admirando su magnificencia, cuando por una de sus calles ví venir al señor Moral; el fondo de

buen discernimiento é instruccion que habia experimentado en él y lo desocupado que me hallaba, me determinaron á admitir su compañía que desde luego me ofreció cortesano. Trabamos conversacion de varias materias de poco momento, y de unas en otras vinimos á parar en la de la dicha marquesa de la Castaña: esta señora, me decia, está casada con un buen mono, paisano mio; es rico, pero presto no lo será, como no enviude, porque ella se da muy buena maña á triunfar y malgastar segun corren por el lugar las noticias, que no lo sé por otro motivo; y si os he de decir la verdad, me alegro infinito que él esté de servidumbre en esta jornada, porque de esta manera tengo lugar de examinar á fondo en los dias que aqui me halle, muchas cosas de las que por allá se murmuran, y asi podré despues hablar con conocimiento de causa: ya estuvé á visitarla esta mañana, y no pudo recibirme, porque aun no se habia levantado; por cierto que me pareció muy bien, y hallé falsa una de las cosas que nos hacian mas ruido, pues nos contaban

que tenia la franqueza de recibir muchas veces á sus visitas estando en la cama, no por enferma, sino por regalona y perezosa, cuya indecencia siempre nos pareció ponderacion y cuento, y ahora lo he experimentado; mas no obstante que no la dude ver, me convidó á comer por medio de un recado que me dió el page de parte de su ama: yo acepté agradecido á su favor, y aun encargué á aquel criado dijese á su señora que ya sabia que yo no era de cumplimiento, y asi que no dispusiese cosa alguna, pues para mí bastaba con lo que se prevenia para su diario; sonrióse el page y me dijo; señor, en esta casa no hay para que hacer esas prevenciones, porque mis amos dan todos los dias mesa sin limitacion de convidados; admiré una liberalidad tan magnífica, y que segun mis cuentas no podian sostener sino que hubiesen heredado, ó empeñádose mucho; pero al mismo tiempo suspendí mi juicio, porque si tienen para ello y significa esta mesa abierta lo que puede ser y yo me persuado no se hallará en el mundo mejor uso de la riqueza, no

habrá un ejemplar mas digno de imitacion, y su corazon podrá ser modelo del de todos los poderosos de la tierra.

Yo, que (como llevo dicho) conocia ya el carácter del señor Moral, no quise quedarme con la curiosidad de saber su modo de pensar en este punto, mayormente con lo que habia apuntado, instele para que aclarase sus proposiciones, y prontamente siguió diciendo: os diré con lisura lo que me persuado pueda ser; estos señores no estan obligados por su destino á dar esas mesas francas y opulentas, en que lucen los empleos y brilla el esplendor de la corte; estas son obligatorias en cierto modo y que deben sostenerse por determinado número de sugetos aunque sean de un espíritu el mas moderado; de éstas no hablo en manera alguna: en cuya inteligencia no será extraño que la de nuestro asunto sea una mesa puesta para los necesitados; una mesa para saciar á los verdaderamente hambrientos: el sitio en que estamos es una verdadera pátria comun: aquí vienen en solicitud de sus negocios mu-

chos monos tan honrados como pobres. ¡Cuantos de ellos, tal vez, pasarán el día con el mantenimiento que escasísimamente podrá considerarse lo preciso para sustentar la vida, mientras la gula de otros (acaso de no tan buena condicion) está previniéndoles la destruccion de su salud en la hartura! Pues ¿qué mas apreciable destino pueden dar á sus haberes el marqués y su esposa, que el del socorro de estos desvalidos? ¿qué testimonio mas irrefragable del amor á sus semejantes, basa fundamental de toda sociedad? Mucho mas admirable será esta mesa, porque siendo para un convite, no de profusion, sino de piedad, reinará en ella la frugalidad y parsimonia; considerarán el dueño y los convidados que cada uno tiene un estómago, y este de tan corta cabida y fuerzas que con poco está satisfecho; no se andarán chamuscando diez ó doce monos con antelacion de dias, para satisfacer los ojos y la gula de otros con el condimento de unos simples mucho mas proficuos, mientras menos alterados: allí el padre de familias bendecirá la mesa, y al fin dará gracias á la

Providencia (aunque no sea moda) en reconocimiento de cuanto se debe á su benéfica mano, que tan sensiblemente cuida de nuestra subsistencia: en ella girará la conversacion sobre objetos honestos y deleitables, no mordiendo en el crédito de los ausentes, ni desazonando á los presentes con chanzas soeces ó sales picantes: los sirvientes, llenos del buen ejemplo que en obras y palabras recibirán de sus dueños, no compondrán una infame turba de insolentes bribones, sino una noble porcion de pobres honrados á quienes no ha envilecido el destino que les proporcionó su suerte; no serán los convidados una detestable junta de fieras devoradoras y carniceras, sino una ejemplar compañía de comedidos racionales; se contentarán con las viandas que hallen á sus inmediaciones sin incomodar descortesmente á los demas, para que satisfagan su golosina y glotonería con las mas retiradas: ¡oh! (si ello es cual yo conceptuo) ¡cómo habrán hallado el admirable secreto de conservar en perfecto equilibrio aquella mezcla de humores que constituyen una salud

completa; esto es, la moderacion y eleccion en las comidas y bebidas! ; cómo gozarán de aquel indecible deleite que es no estar enfermo! deleite lícito, y uno de los mayores que dicta la racionalidad, y que excede á cuantos halagan á los sentidos; objeto digno de un verdadero filósofo que conoce las ventajas de la templanza y el peligro del exceso; que no se sienta á comer llenándose brutalmente mas por hábito que por apetito; no creais que es exageracion; si repaso en mi memoria algunos principios de filosofía á que tuve inclinacion cuando muchacho, hallo que estos viciosos tragones aunque sean jóvenes, no pueden menos de tener estragado el apetito hasta el punto de haberle cuasi perdido: oid la prueba. Es cosa sentada que los órganos de nuestra sensacion están cubiertos de ciertas sutilísimas partículas sobresalientes piramidales: que mientras se conservan menos agitadas están mas sensibles y elásticas; pero el uso inmoderado que hacen de ellas aquellos que viviendo como bestias no saben el preciosísimo tesoro que ha depositado en ellos la na-

turalaleza, con la continua mutacion de manjares, con la demasiada alteracion de los simples, y con la violencia de la hartura las desnaturalizan, y de un tacto fino y delicioso, las convierten en una sensacion dura y desabrida. Por tanto, y siendo este convite que me imagino precisamente preparado por el juicio y la virtud, no por una ostentacion, ó forzosa por la razon de estado, ó viciosa por la superfluidad, desde luego creo que no será su mesa una mutacion de teatro, donde hay galerías, jardines, fortificaciones, bailes y semejantes despropósitos; no disimularán los manjares con coloridos y nombres de capricho, para cuya inteligencia es menester estudiar un diccionario de á fólio; y á la verdad, amigo mio, que si yo supiera que no era así, me veria muy perplejo acerca de admitir el convite, porque aunque me crié en la corte, han pasado muchos años, y las mutaciones en todo son continuas: ¿qué será en un punto como este? Además que el no uso es bastante para haberme entorpecido el manejo y borrado las especies, de modo que cometiera allí al-

guna accion que diese que reir á los circunstantes.

Pues si os he de hablar, le repliqué, segun lo que concibo, y aqui que nadie nos oye, por las noticias que tengo de dicha marquesa, sé que es la criatura mas vana que puede imaginarse; y asi es, que solo por dar ese golpe de grandeza mantiene la mesa abierta que sabeis; en esta inteligencia no tengo la menor duda que no habrá primor, delicadeza y superfluidad de cuantas introduce la moda y el lujo que no se halle en ella; pero no contemplo que esto pueda exponeros á no demostrar la crianza del mas infame mono de cuantos allí hubiese, no obstante los motivos que me habeis dicho; es fácil, si cuando en cualquiera accion se os ofreciere alguna duda, no pasareis á ejecutarla y decidirla por vuestro dictámen, porque aunque sea el mas racional, tal vez no será el mas de moda, y observareis lo que hacen los mas ilustrados en la corriente práctica; si cuando no conociéreis alguna de las viandas, que será con frecuencia, segun los excitadores ó (mejor los

estragadores del apetito las desnaturalizan, no la probareis, porque tal vez su sabor pésimo al paladar no hecho á ello, no os obligue á torcer el gesto con complacencia de los que os observan; sino os metiéreis en el laberinto del trincar (objeto de la mayor vanidad en la educacion mona), mayormente si teneis la desgracia de no haber hecho estudio en algun tratadito acerca del manejo de los instrumentos cortantes; sino os admirareis de cosa alguna que veais ú oigais, por mas extravagante ó grosera que os parezca, inteligenciado de que esto proviene de que no lo entendeis; pero ello sin duda es bueno porque es estilo del dia; y por último, si en el modo de mandar á los criados cuando algo se os ofrezca; si en la conversacion, y si en las ceremonias y urbanidades remediareis puntualmente las gesticulaciones, la futilidad y la afectacion de los muchos monos que allí ocurrirán sin duda, dignos modelos de tales estudiosas exterioridades, péritos facultativos adiestrados en tantas cátedras cuantas son las mesas opulentas en que de gorra y

pegote rellenan la concavidad de su insaciable vientre.

¿Cómo es eso, replicó al punto Moral, de gorra y pegote? pues que ¿en los palacios de los poderosos tienen entrada esos zánganos de la república? ¿Está patente la puerta para semejantes moscones que son la hez del pueblo? Ahora me afirmo mas en que todo va perdido. ¡Ah! En mis tiempos ¡qué tiempos aquellos! pero hoy día... Se conoce, le respondí, que sois viejo, y que todo vuestro despejado entendimiento no es suficiente para sofocar los vicios de la edad; ello es que todos habeis de ser ensalzadores del tiempo pasado, y murmuradores del presente; dificultosamente se hallará anciano que no sea un impertinente hojidiarista, por mas que la razon pelee contra su mal contentadizo é hipocondriaco temperamento. La experiencia dicta que los vicios y defectos siempre son unos mismos; ya reinan unos, ya otros, caminando todos con una rotacion perpetua á proporcion de las diversas combinaciones extrínsecas que los propagan ú oprimen.

En dos cosas habeis tropezado con mi proposicion, que si volveis los ojos á lo que en vuestra mocedad visteis ú oisteis en la corte, con poca alteracion encontrareis haber sucedido en otros tiempos: extrañais que entre la opulencia de esos banquetes haya gorriones, y creéis que los gorriones son de la clase ínfima de la república; pues ni habeis de admiraros de lo primero, ni habeis de estar inteligenciado en lo segundo: en este ejercicio se hallan individuos de todos los estados y gerarquías; los hay de la mas elevada; si estuviéramos mucho tiempo juntos os pudiera demostrar algunos que conozco: pero aun ahora puedo saciar vuestra curiosidad, dándoos la muestra del paño; ¿veis á aquel mono tan cuadrado que cruza por detras de aquella fuente? advertid qué papada tan abultada, qué carrillos tan rellenos y qué vientre tan recalcado; pues todo eso es pringue de cocinas ajenas; todo lo ha adquirido cebándose de mesa en mesa, á esfuerzos de cuatro adulaciones á sus dueños; que sabe tal vez con mucha gracia (como yo he dicho) convertir en otras tantas

sátiras contra los mismos, si se hallan ausentes, cuando todavia está él regolandose de repleto á costa agena: ¡pues el que va con él! Ese no está tan obeso, no por falta de estar bien cebado, sino porque los años, que ya son mas de los que parecen, le van desecando y acecinando; es menos perjudicial que su compañero porque es mas tonto; pero tiene á lo bobo una tijera muy decente, y es perrito de todas bodas: en alcance de los dos viene aquel que apresurado se divisa: no os dé cuidado tenerle siempre lejos, puez es un bufon con capa de seriedad; mirad que erguido y pagado de su trabajo se les acerca; aquellas amistosas demostraciones y falsa risa nacen de que ellos para nada le necesitan, y son sugetos de quienes los validos y poderosos hacen aprecio; pero si vos engañado creyendo que puede algo, os valeis de su patrocinio, os le prometeria con un aire de superioridad y fantasmada, que á no daros yo este aviso de antemano, ya os prometeriais el mas feliz desempeño en vuestras pretensiones; pero el éxito os demostraria que lo poco que puede para

sí lo necesita, y que no todos los que tratan á los poderosos son sugetos de quienes ellos forman concepto para cosas graves; tienen estos que aguantar á muchos mentecatos (como ese) porque hacen bulto, acompañan y los divierten, ó con sus necesidades ó con sus truhanerías; pero en llegando á puntos que necesitan otros fondos, representan los tales un papel muy ridículo y despreciable: conocen aquellos que sus cortesías y sumisiones son á sus empleos, y que acabados estos los obsequiarían tanto como lo hacían antes de obtenerlos, que jamás los visitaron: en fin, él es uno de los que vamos hablando, honrador de todas las mesas francas y abundantes; y los tres sugetos, aunque no iguales, suficientemente caracterizados, y de nacimiento respetable; como ellos hay una numerosa turba que tal vez iremos encontrando; y no faltará en casa de la marquesa alguno, pues aunque ella es una mona inútil, suele tener por probar de la obra de su cocinero uno ú otro concurrente de esta clase; os le demostraré si os sentais junto á mí (pues yo también estoy como

vos convidado). Alegróse mucho de la noticia, y determinamos ir juntos á la casa consabida.

Ya era una hora mas del mediodia quando nos pareció ser conveniente irnos acercando á nuestro destino: entramos en casa de la marquesa y hallamos que estaba aun en el tocador. Recibionos placentera y en un tono zumbon nos dió á entender con indirectas bien claras, que éramos muy llegados á las horas del comer, y que por eso seria el tomarlo con tiempo para no incomodarla haciéndola esperar: abochornéme un poco con su indiscreta jocosidad: pero el señor Moral que no gastaba chanzas, la dijo: yo, señora, por medio de vuestro criado he sido convidado á comer, no á merendar; en verdad que vuestro esposo, quando aun no habia mudado la decente casa que tenia en el lugar para aniquilarla en la corte (bien que entonces no habia logrado la dicha de vuestra mano), á estas horas ya estaba pensando en levantarse de dormir la siesta; y como por acá no tiene negocios graves que le ocupen la mañana, no podia yo imaginar que so-

lo por moda trastornase en tanto extremo el orden que habia llevado toda su vida; he errado, lo confieso; y para en adelante sabré que no hay primor, por mas extravagante que parezca, que no acompañe á un mono gurrumino, cuyas acciones se dirigen por la concertada cabeza de una mona del gran mundo. Muy mortificada quedó la señora con las palabras del amigo; era esta una de las muchas que alli pasan por vivas y de espíritu desembarazado; de aquellas de quienes los incautos contemplativos dicen con grande énfasis: ¡Oh! fulanita es mucha alhaja: ¡qué talentos aquellos! ¡qué salada! Y todo su chiste y gracejo suele consistir en una solemne desvergüenza ó descaro que tolera un infeliz por no pasar plaza de mal criado, y celebra una muchedumbre de mentecatos que la adulan por sus fines particulares. Por esta vez no surtieron tan buen efecto sus vivezas á la marquesa, porque dió en quien tenía mas de ingenuo que de artificioso cortesano: no halló pues otra venganza que la comun en ellas para tales casos, de tratarle de grosero y atrevido;

tampoco se hubiera quedado este favor sin recompensa, para la que ya se prevenia el señor Moral, sino lo hubiera impedido la entrada de algunos de los convidados que ya iban poco á poco acercándose, los que con su conversacion tan insustancial como alborotada, disiparon el mal humor de madama, recayendo la lluvia de indirectas, secreticos y risas falsas sobre mi tosco compañero, mientras acabó de colocar un sinnúmero de grupos de pelo postizo en la alta torre de su cabeza.

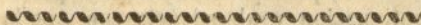
Ya habia llegado despues de largo rato el amo de casa, y Tulipan no parecia; empezó á darme cuidado su detencion, y cuando estaba haciendo cálculos sobre su paradero, he aqui que le ví entrar por la sala; pero ¡qué demudado! pálido el semblante y azoradas las acciones daban á entender habia sido acometido de algun accidente ó lance desazonado: preguntáronle si tenia alguna novedad ó queria algo; á que respondió, que solo habia sentido un ligero vapor, que no era cosa de cuidado; y que por él no se detuviese la comida: así se ejecutó, re-

cochado el por un corto rato, y cuando iba á tomar cada uno su respectivo asiento, llegándose á mí me dijo aparte: despues hablaremos, que hay mucho que comunicar: no dejó esto de sobresaltarme sabiendo los peligrosos pasos en que andaba; pero disimulé cuanto pude.

Procuró el señor Moral no desasirse de mi lado, y asi se colocó á mi izquierda, desde donde me disparó tal earga cerrada de preguntas, cual era correspondiente á un mono curioso por naturaleza, é ignorante por accidente de todo lo que se le presentaba; hizo mil despropósitos durante la comida en todo lo que no tomaba consejo, que no siempre podia, y dió que reir con disimulo (que de otra suerte no lo hubiera sufrido) á los circunstantes: uno de los principios de buena crianza, que se impuso desde luego, fue no comer cosa alguna con las manos, hasta tal término que habiéndole echado unas aceitunas de las enteras, determinó comerlas tambien con el tenedor; resistieronse por su dureza al primero y segundo impulso;

duplicándole en el tercero, lo hizo con tanta violencia, que saltando ella del plato, regaló al inmediato compañero de su izquierda un solemne aceitunazo en un ojo; entonces fue la comedia completa, y él no dejó de ponerse un poco colorado para pedir perdon al paciente; finalizóse la comida, y pusieron delante de cada uno las enjuaderas: nuevo y nunca visto mueble para mi amigo Moral; sin duda los demas se hicieron del ojo para aguardar á ver que ejecutaba éste; yo no pude avisarle aparte, y él no dificultando sobre el uso que debia hacer de aquella agua tibia, creyendo firmemente (segun despues me dijo) que era moda beberla, despues de haber comido algo mas de lo regular, como él lo habia hecho bien á satisfaccion se echó el vaso á pechos, y le vió el suelo; no tardó ésta muchos minutos en hacer su regular operacion, movióle una intolerable náusea, y á no haber tenido la advertencia de ir prontamente á evacuar el vómito por un balcon, á todos nos hubiera removido de asco: los circunstantes llevaron que celebrar por

muchos dias en sus concurrencias ; yo me compadecí de ver un pobre mono de bellísimas luces , escarnecido por falta de práctica de unas cosas bien materiales y de poquísima consideracion ; y él sin despedirse , desahogado ya de su insulto , marchó precipitado detestando aquel y semejantes banquetes.



CAPÍTULO XI.



De las aventuras de Tulipan y sucesos de Ajenjo y sus paisanos.

Finalizados los enjuagues y lavatorios , demasiado puercos los de algunos no obstante su afectada buena crianza , pasamos á otra pieza en donde nos tenían prevenida aquella agua negra hirviendo (de que hemos hablado) , muy proporcionada para desecar el jugo nervioso , y poner trémulos á los que continuamente la usan , segun leí en diversos escritos de algunos de sus fí-

sicos: tomaron despues de esta bebida otros licores no menos perjudiciales al estómago y contrarios á la accion de la digestion; y por último andaban de mano en mano ciertas cajas llenas de unas yerbas secas y hechas polvo, que metian á toda priesa con el mayor deleite por sus narices: ellos dicen que para llamar la destilacion por aquel conducto; pero yo siempre creí que la continuacion y abundancia con que la usan no puede menos de ir embotando muchos de los órganos de sus operaciones, especialmente los de la memoria; asi es que por allá suele flaquear esta potencia: por último yo me hube de persuadir á que semejantes juntas se reducen á conjurarse contra la vida, mediante todo aquel conjunto de enemigos halagüeños de la salud, y acabé de confirmarlo, cuando en lugar de reposar la comida con aquella dulce quietud que se requiere para este efecto, ví entrar unas mesas de juego en que á porfia se iban colocando, procurando cada uno no hubiese quien le aventajase en conseguir una indigestion: convidóme madama á que concurriese

ó hiciese partido ; pero yo excusándome hube de pasar plaza de incivil, que á tal término habia alli llegado esta passion dominante del juego , que ya era capítulo de su decantada civilizacion y crianza , saber perder el tiempo por largas horas , y tal vez faltar á las precisas obligaciones , por acudir á hacer mérito con una dama ó con un poderoso por medio de esta diversion , sensata solo cuando por breve tiempo se toma como esparcimiento y paréntesis corto de las respectivas ocupaciones.

Dejélos con su tema , y hecha una seña á Tulipan partimos de la sala disimuladamente. No quiso éste que por el camino hasta casa hablásemos de su asunto , porque no hubiese quien oyendo alguna palabra pudiese sacar por la hebra el ovillo , que no hubiera sido muy extraño en un pais donde tienen fruicion de escuchar é introducirse en los asuntos que nada les importan. Llegamos por fin á nuestra posada , en donde libres de todo embarazo prorumpió Tulipan en semejantes palabras : ya , amigo mio , llegó el tiempo de echar el resto de mis aventuras con

la marquesita; anoche os referí mis paseos, anhelos y acechos delante de sus balcones, aunque sin efecto, y esta mañana advertiriais el cuidado con que salí de casa; doy por supuesto que desde luego penetrásteis mi destino; observé atentamente la salida del marqués que partió á palacio al cumplimiento de sus obligaciones, y yo me hallé al punto en la mia de hacer una visita á su esposa; pero como las obras mas que las palabras explican un buen afecto, valiéndome de la confianza con que la trataba, busqué en una tienda que se hallaba inmediata alguna fineza para no presentarme con las manos vacías: lo que hallé mas á mano y de moda fue una espada y un sombrero, cuyos muebles compré porque eran primorosos para hacer mi regalo. Tened, le repliqué al instante: ¿estais por ventura desvariando? ¿espada y sombrero á una dama? pues si ella os ha de recompensar os deberá hacer el regalo de un collar y una rueca: perdonad que os interrumpiese, que no he podido menos al oír tal despropósito. No lo es, me respondió sonriéndose; se conoce que

poca impresion os hacen, y que corto reparo os merecen las monas; tienen estas las modas siempre en perpetuo movimiento, nada las es durable; luego que desde las señoras pasan á lo restante del pueblo, inventan otras que por mas extravagantes que sean se adoptan generalmente; ya ha algunos dias que pudiérais haber advertido esta en Simiópolis, no la extrañaríais ahora. No son de los que hablo unos sombreros del tamaño y materia de los nuestros; son una especie de diademas con un sombrero hácia el rostro ó hácia un lado, adornados con varios colgajos de cintas, borlas y otras mil invenciones que no caben sino en la explicacion de una de las dichas; consultadla y hallareis la mayor erudicion de cualquiera de estos adornos, descifrándoos hasta lo esencialísimo del número de alfileres con que debe prenderse, en que ocasiones ha de llevarse, y tal vez la hora en que el peluquero ha de ir á ponerle. ¡Oh! ¡qué adelantamientos dignos del presente siglo! Por lo que hace á la espada, tampoco es del tamaño de las nuestras, no obs-

tante que ya se han abreviado tanto estas que es poco menos; ésta vá en la cabeza por rascamño, porque como sus copetes han tomado tan excesiva elevacion y ahuecamiento, no basta lo largo de los dedos para que las uñas hagan su oficio cuando las llega á picar la caspa. Acordéme al decirme estas razones Tulipan de que esta moda de las monas ya hace muchos años ocurrió á las mugeres en nuestra Europa (*); pero disimulé como era razon, porque como se mofaria de ellas quien por este motivo asi se burlaba de sus paisanas?

Siguió Tulipan diciendo: satisfecha ya vuestra curiosidad, vuelvo á tomar el hilo de mi narracion: compré pues, haciéndome pagar (segun costumbre) los mercaderes mi antojo á buen precio, una espadilla de oro guarnecida de diamantes, y un sombrerillo de los mas airosos y engalanados que pude

(*) Rascábanse con las uñas
En paz las antiguas damas,
Y hoy con espadillas de oro
Dan en esgrimir la caspa.

hallar : ufano con mis prefeas entré en casa de la marquesa , pero ; qué con-mocion sentiria mi corazon cuando luego que me puse en su presencia , advertí que toda acongojada y llorosa se levantó turbada en ademan de huir de mi vista ! ¿ Qué es esto , señora ? la dije , ¿ asi pagais mis desvelos ? ¿ llegó acaso el infeliz punto de mi vida de ser aborrecible á vuestros ojos ? ¿ la decente veneracion con que os rindo mi obsequiosa voluntad merece un desden tan rigoroso ? Apartaos de mí , añadí , tirándolas sobre una de las sillas del estrado ; apartaos , alhajuelas de poco valor , pero del mayor indicio de una fineza verdadera , quedaos á acusar de ingratitud al corazon mas infiel , á la correspondencia mas traidora y á la mona mas voluble del universo ; quedaos mientras yo esto decia volviéndola la espalda , cuando precipitadamente se vino hácia mí , y deteniendo mi resolucion , me dijo entre afligida y temerosa : ¿ yo ingrata ? ¿ yo voluble ? ¡ Ah ! Tulipan , Tulipan ! Á pesar de mi sobresalto no he de dejaros ir sin satisfaccion , porque ha penetrado

demasiado en mi corazon vuestra que-
ja: sabed que por mas que ayer pre-
tendisteis recataros cuando dejamos el
coche de vuelta del paseo, no pudis-
teis encubriros de mi cariño, ni del re-
celoso cuidado del marqués: en mí no
hubo duda alguna, pero él quedó per-
plejo; disimuló prudente, aunque yo
no dejé de brujulearle alguna inquie-
tud: observéle despues y advertí que
entre abierta una ventana de su cuarto,
por el corto resquicio desde donde po-
dia registrarse la calle, ayudado de la
claridad de la noche y de vuestra poca
precaucion, llegó á verificar sus sos-
pechas conociéndoos cuando sin duda
estábais rondando ó hecho centinela de
mis balcones, entró en mi cuarto de-
mudado, y no obstante su prudencia
leí en el sobrescrito del rostro la inte-
rior desazon que devoraba su sosiego;
ni durante la cena ni en el lecho me
habló una palabra, ni depuso su aira-
do sobrecejo; pasó toda la noche en
incesantes vuelcos y yo en una teme-
rosa vigilia; no se le oian mas que des-
consolados suspiros, y una ú otra pala-
bra, como *remedio*, *escándalos*, *sufri-*

miento, hasta &c. Apenas rayó la aurora dejó la cama; yo fingia dormir, y ví que me daba una mirada entre airada y piadosa; levantó sus manos al cielo, y volviendo á apretarlas apasionadamente delante de su pecho, dió clarísimas señales del dolor que le causaba haber de tomar una ágría resolucion; encerróse en su cuarto, al que por medio de un papel llamó á un sujeto de edad y experiencia amigo suyo, y los dos se han estado en consulta hasta que fue la hora de que marchase á palacio.

Este es el plan de mi miserable constitucion: ved si tengo justísimo motivo de estar sobresaltada: ¿quién sabe la determinacion que tomará un marido contra una esposa en cierto modo culpable? Sí, Tulipan, culpable: no os admire; aunque mi juventud y cortos alcances pudiesen servirme de disculpa, ¿no me estan acusando los avisos y amonestaciones de un consorte tan cariñoso como advertido? es nuestro trato inocente, no hay duda; pero esto solo nosotros lo sabemos: ¿piensa por ventura el malicioso vulgo lo que es ó

lo que puede ser? Y por último, juzgue en hora buena con sana intencion el público; sea nuestro trato el mas recto y adificante del mundo; ¿los recelos de un esposo no son suficiente causa para impedirle? ¿no podrá exigir de mi corazon éste (llamémosle asi) sacrificio, quien anda siempre solícito buscando proporciones de demostrarme lo amoroso y fiel del suyo? Hablemos claro: hasta ahora todas estas reflexiones habian hecho en mí una impresion pasagera, porque la dulzura del genio del marqués, que debiera haber excitado en mí ideas mas ajustadas á sus intenciones, no me sirvió más que para abusar de su tolerancia; pero ahora he visto ya el rostro á la amenaza, ya le he advertido enojado, ya me considero el blanco de sus iras, y lo que en nosotras no puede la suavidad consigue el rigor: la razon siempre ha estado de su parte; pero yo no he llegado á conocerla hasta que me la ha hecho ver el miedo y el sobresalto; en esta inteligencia, hasta aqui pudo llegar, Tulipau mio, nuestra correspondencia; si el único interes que en ella

siempre habeis llevado es estimarme, sin que jamas pasase el amor á atrevimiento, ahora se os presenta la mas oportuna ocasion de darlo á conocer; no querais hacerme infeliz siguiendo porfiado vuestros obsequios; mostrad un corazon varonil, pues yo á pesar del mas vivo sentimiento os enseño el camino; no mas rondar mis balcones, no mas ser mi sombra, no mas papeles, no mas recados, no mas expresiones y finezas, siendo la primera que os deba, que recojais esas vuestras alhajas; quitadlas de mi presencia, que ya las miro con tanto susto que me parecen principio de mi mayor infortunio: me parecen alhajas por las que oigo decir... ¿Qué alhajas son esas (dijo entrando el marqués desprevenidamente) de que hablabas, y que ya estoy viendo? y vos, señor ¿qué buscais favoreciendo mi casa? Muerta se quedó al eco de su voz la marquesa, y yo mas muerto, considerando lo estrecho del lance; pero sacando fuerzas de flaqueza tomé la palabra, y despues de un regular cumplimiento, porque á sugeto enojado buenas razones, dije como aquellas al-

hajuellas eran encargo que me habia hecho en Simiópolis, sabiendo que venia al sitio, una parienta de su esposa (conocida mia, y de quien podiamos fiar contestaria preguntada para sacarnos del lance, que por allá no faltan tambien parientas caritativas) que se las enviaba por ser adorno de moda, y que yo para cumplir exactamente con la comision las habia traído en persona; pero el marqués que conocia bien á la dicha parienta, y que presumió sin duda la disculpa, respondió: yo, caballero, permito á mi esposa sus visitas y amistades; pero nunca he querido que las mida por la razon de parentesco sino por la de juicio; mucho tendrá esa dama que habeis nombrado, pero no se conforma por de contado con el mio; en esta inteligencia es regular tambien no me acomoden sus corresponsales; por tanto podeis volveros con vuestra comision y alhajas, y ved si hay otra cosa en que serviros. La respuesta y su ceño exigian que yo con el mio pidiese alguna satisfaccion, pero mi turbacion y sobrecogimiento no me dieron lugar á mas, que á la

airosa accion de recoger mis muebles, hacerle una profunda cortesía y volver la espalda.

Amigo mio, le respondí, poco teneis que estudiar la resolucion que luego luego debeis tomar: los recelos de ese caballero han llegado ya á su último punto; estan de por medio nada menos que el honor y quietud de una dama noble y afligida; ella os ruega la separacion y el olvido, ¿qué teneis pues que dudar? esta misma noche deberiamos partir; creo muy bien que os costará algun sentimiento; pero no hay remedio ni precaucion mas segura en estos lances que poner tierra en medio. Yo lo haria como lo decís, replicó Tulipan por lo que hace al amor, que no es tanto como mi vanidad; pero esta repara en el que dirán en Simiópolis mis amigos y conocidas cuando sepan que al primer contratiempo vuelvo la cara y no tengo valor para arrostrar á las dificultades; ésto por un lado, y por otro el saber las resultas del lance y si ha tenido que sentir la marquesita, me obligan á suplicaros que nos detengamos por esta noche, y que me

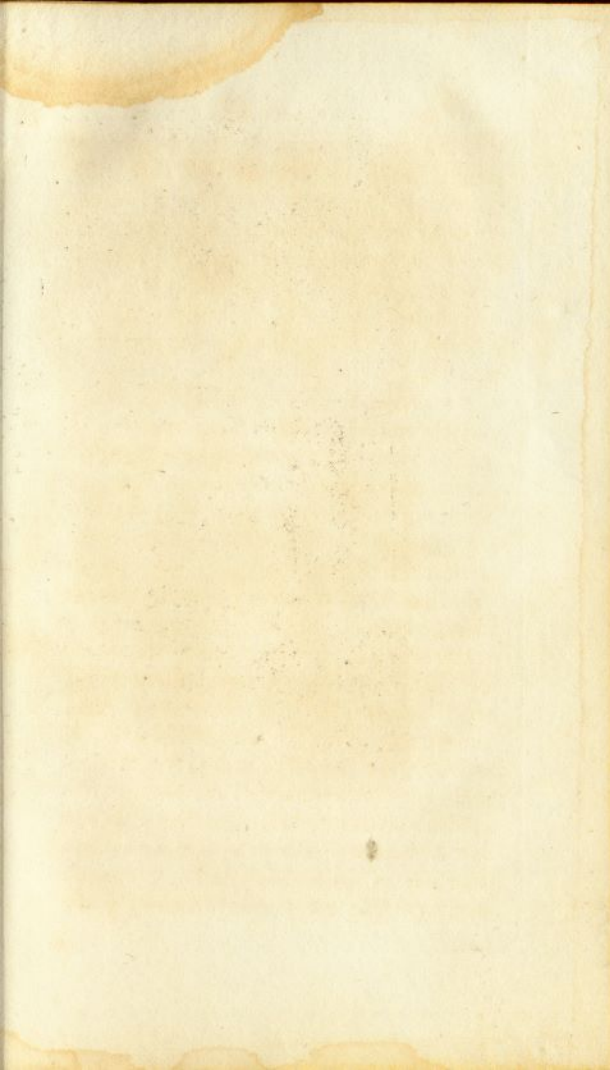
acompañéis en ella , pues pretendo que disimuladamente demos una vuelta por su casa , en donde si ha habido alguna mala resulta , no faltará una piadosa criada (que las tiene muy á propósito para el caso) que me informe del suceso : para evitar que pueda alguien conocernos , aguardaremos á que sea hora de que esté recogido el marqués y tambien su casa ; pero por cuanto siempre es forzoso vivir con precaucion , llevaremos por lo que pueda acontecer á cierto matasiete , bravo de profesion y bribon de oficio que nos guarde las espaldas ; yo le conozco y sé donde vive , aunque anda de escondite por no sé que frioleras ó descuidos que quiere averiguarle la justicia ; despues que anochezca iremos á buscarle , y á fuerza de dinero conseguiremos su auxilio. Las personas de obligaciones y tan elevadas como la vuestra no saben desamparar á sus amigos en los lances mas estrechos , y asi ni aun por imaginacion dudo de vuestra compañía : es cierto que en el asunto principal nada interesais , pero la ley de la amistad os constituye en el mas inexcusable punto de honor,

con el que no cumplis ciertamente si me volveis las espaldas , negándome vuestro patrocinio.

Yo falto aun de muchas experiencias del mundo , no bien hube oido que era punto de honor , cuando me representé vivamente , sin reflexionar las consecuencias , la obligacion de hacer frente á todas las dificultades. No sabia aun que el honor verdaderamente tal no es otra cosa , que cierto glorioso eco que resuena por reflexion en nuestra alma , como efecto de una accion realmente virtuosa hecha á la vista del mundo , que nos dá un irrefragable testimonio de aquello que los demas creen de nosotros , y se nos convierte en indecible consuelo y alegría de espíritu : ignoraba asimismo que por mas perfeccion , valor ó mérito que incluya en sí una accion (como es la de favorecer á un amigo en todo riesgo sin límite en los asuntos) si pierde el norte de la virtud , si no produce un efecto excelente , digno de alabanza , gloria y crédito , es incapaz de dicho verdadero honor. Asi pues dejándome llevar del eco de la voz , persuadido por un jóven vicioso ,

y falto del consejo de un prudente amigo, hube de condescender á la ejecucion de una accion que fue el principio de mis incomodidades, desasosiegos y trabajos: véase á qué precipicios conducé una mala compañía, y qué males produce el alejarse de la comunicacion de los sábios y experimentados.

Acercóse la noche, y llegó el tiempo de conducirnos en busca del jaque que baba de ser nuestro apoyo; aguardamos á que se cubriesen enteramente de tinieblas los horizontes, y al estar á lo último del poblado, llegamos á cierta despreciable casilla que estaba pegada á la falda de una pequeña sierra: luego que tocamos á la puerta salió á recibirnos una arrugadísima y denegrida vieja, encubriendo su esqueleto con el pergamino de una escamada piel; traia en la mano un mocososo candil, á cuya opaca luz levantando trabajosamente los ojos conoció á mi amigo; hizo un tremendo cumplimiento, y nosotros bajando la cabeza pudimos entrar por su magnífica puerta; atrancóla luego que estuvimos dentro, y sin





Tulipan pide favor á Axenjo y
este se le ofrece con toda su
quadrilla.

aguardar á que nos preguntase para no perder tiempo la dijo Tulipan, como nuestro asunto no era otro que hablar á Ajenjo, que no nos le negase, pues la costaba la seguridad, y por último la dió ciertas monedas que la allanaron todas las dificultades; arrastró una arca desconcertada que habia arrimada á la pared; y quitado de en medio el estorbo, se descubrió la oscura boca de una profunda cueva que estaba oculta con aquel artificio; dudoso estuve en entrar por ella ó en quedarme con un vestigio tan horrendo; pero finalmente me determiné á seguir á Tulipan, ya por si necesitaba de mi auxilio; ya porque no atribuyese á cobardía el esperarle de la parte de afuera; quedose la vieja á oscuras para darnos el alivio de la luz; tomó el candil mi compañero, y medio á gatas entramos por aquella garganta del abismo (que ni aun el Cerbero á la puerta la faltaba) y fuimos caminando estrechos y encogidos; fiado yo en que Tulipan estaba diestro en el camino, por no ser la primera vez que habia andado en estas correrías, y asi no le soltaba la ropa como si fue-

ra lazarillo de ciego; presto lo quedamos los dos porque tropezando él en la bella igualdad del pavimento dió con el candil en tierra, y quedamos á buenas noches; no fué uno solo el coscorron que dió mi cabeza hasta llegar á tientas adonde estaba la puerta ó trampa del sepulcro de aquel viviente; pudimos distinguirla por la luz que de entre sus rendijas salia, y al punto que llamamos nos dió de adentro el ¿quien vive? una hueca y fanfarrona voz, á que correspondió mi compañero con la suya mas entonada que jamas le habia oido, diciendo: Simiópolis y flor del berro: aunque esto me olia á despropósito, reflexioné que tiene la picaresca á imitacion de la verdadera milicia sus señas y contraseñas; estas lo eran para allí, y tan seguras que no bien acabaron de oirse cuando se nos abrió la puerta, y se hizo patente una concavidad ó cueva natural de aquel cerriillo capaz de contener media docena de personas, que era el número de la respetable asamblea que allí se hallaba, incluyéndose una mona y su chiquillo, en medio se quemaba un puñado de

astillas sobre las que de una cadena pendia un caldero que era toda la batería de su cocina; el humo de estas y el continuo que estaban echando sus bocas , habian formado una colgadura de luto que haciendo juego con las telarañas cubria las paredes y techumbre , y aun les sobró tela bastante para forrar sus manos y caras ; respirábase congojosamente , pues solo constaba el salon de una tronera que finalizaba despues de un largo camino en la hendidura de unos peñascos : era la sillería muy al natural y duradera , pues la componian unos pedazos de troncos de árboles gruesos , y los demas muebles que estaban acinados á un rincon demostraban ser sus miserables ropas y algunas raidas mantas que les servian de cama.

Levantóse la cuadrilla luego que avistó á Tulipan , y llevando la voz un horrendo monazo (era el señor Ajenjo) muy cerrado y negro de barba , rizado y largo de patillas hasta las quijadas , calado de entrecejo , y forrado de una piel cuasi negra , fondo en verde ; tendria sus dos varas y media de alto : el pelo alisado y recogido eu

un gordo moño sobre el cogote, la chupa ó vestido interior de jerga; cogidas las mangas con un sinnúmero de varas de cinta, y sobre él una especie de capote con tontillo (dentro del cual, segun me dijeron, iban todos los trastos de matar) del paño de color de la lana, guarnecido por encima con mil labores hechas de tiras de terciopelo negro y adornado del colgajo de un par de gruesos cordones hechos nudos, con ciertos herretes de plomo cuasi de una cuarta de largo, que finalizaban en unos corazoncitos; el calzon de ante laboreado de seda negra con sus buches y borlones: polaina bordada de colores; y zapatos de becerro: estos eran los arreos de nuestro custodio; y poco mas ó menos los de sus compañeros: no era su trato tan bronco como prometia el conjunto de circunstancias que yo habia advertido; antes bien me pareció muy agradable; dió mil seguridades por aquellos que con él se hallaban, que eran sus amigos, y de su misma profesion: hizo una infinidad de sumisiones á Tulipan, y aunque jamas me habia visto me col-

mó de alabanzas: púsose tambien en pie la mona, que solo porque tenia faldas se podia conocer que era hembra, con tantos andrajos como moños, y tanta mugre como labia, y repitiéndome mil zalamerías, mientras hablaba mi compañero, con Ajénjo, se sentó junto á mí; á la tercera palabra ya me habia pedido dinero, para tres ó cuatro cosas; y queriéndome admirar de la franqueza con que me trataba, me dijo uno de aquellos señores, que esta era costumbre entre ellos; que eran unos pobrecitos; y que no tenian de adonde sacar para comer, sino de lo que les suministraba el garbo de los caballeros que trataban; que ellos con especialidad necesitaban mas usar de estos medios, porque ciertas travesurillas y destrezas los tenian arredrados, sin poder ejercer su comercio en las ferias de su pais (que distaba mas de cincuenta leguas de aquella tierra) huyendo de manos de la justicia, no porque les faltaba allá proteccion de los principales caballeros de los pueblos, sino porque sabian muy bien á costa

de una desagradable experiencia, que mas vale salto de mata que ruego de buenos: de estas conversaciones yo inferia que aquellos eran monos de otra casta que la de los demas, y para informarme mas de raiz, se lo pregunté al amigo Ajenjo, que era sin duda el docto de la cuadrilla, el que sin hacerse de rogar al instante desde su asiento quedando el resto de la compañía callando y oyendo con la boca abierta y los ojos fijos en su rostro me habló de este modo.

Me mandais, señor que renueve el inexplicable dolor de la perdida libertad de nuestra gente, de la disipacion de nuestros bienes, y de nuestra destruida república, quereis que os cuente aquellas miserias que yo mismo experimenté tocándome mucha parte, y por las que al volver á referirse, ni aun nuestros mismos enemigos podrian contener las lágrimas; y aunque la humedad y pesadez de la noche, que ya está algo avanzada, mas convidaban á dormir que andar en historias; por entretener el tiempo, pues en siendo mas tarde (segun me ha dicho mi padrino)

hemos de salir á no sé que lancecillo de honra, ya que teneis ardiente deseo de saber nuestros sucesos y de oir nuestra ruina, aunque al acordarme de ella me horrorizo, he de daros gusto; y asi sin mas preámbulos empiezo: despues que cansada la suerte de sernos propicia derramó por diversas regiones á nuestras familias, pues aunque ya somos todos naturales de este y de los reinos inmediatos, traemos nuestro origen (segun cuentan nuestras abuelas) de un poderosísimo imperio, que estuvo establecido en unas provincias separadísimas de este continente; nuestros primeros progenitores en él, agitados de peregrinas fortunas, viniéron desde tan lejas tierras, y en breve tiempo fecundáron estas con tanto exceso, que pudimos extendernos por todas ellas, formando insensiblemente parte por el descuido de sus naturales, parte por nuestra genial industria, un formidable cuerpo; establecimos nuestro gobierno por una especie de tribus ó centurias, nombrando en cada una un gefe ó compañero principal á cuyas órdenes todos

los demas se sometian ; diferenciábamos nuestras costumbres de las restantes de las provincias ; solicitábamos nuestros adelantamientos por medios muy peligrosos , pero seguros para el caso , si surtian efecto nuestros proyectos ; huimos de tener posesiones , contentándonos con que otros las cuidasen como propias haciendo nuestros por varios medios sus productos ; era don característico nuestro la cortesía y rendimiento con todo el mundo , especialmente en poblado ; nuestras hembras tenian como por oficio el arte de agradar y alabar con exageracion cuantas acciones indiferentes se ejercitaban delante de ellas ; nuestros hijos jamás daban que hacer en los lugares á aquellos maestros que habia para doctrinar públicamente á los hijos de vecino , porque nosotros cuidábamos de su educacion á nuestro modo ; habiamos ideado para nuestro interior manejo cierto language desconocido de todos los demas ; nuestro principal destino fue el de adiestrar y avivar á los brutos mas rudos y locos , vendiéndolos y trocándolos en siendo maestros,

por otros cuasi inservibles, todo en favor de la causa pública, y su efecto en provecho privado nuestro; endurecidos en los trabajos, resistiendo á la inclemencia habitamos los desiertos, no teniendo mas trato ó comunicacion que con los que viajaban por los parages inmediatos á nuestras cuevas; el amor que profesábamos á nuestros prójimos era tan ardiente, que solo porque nos traia á la memoria su muerte, huíamos como de nuestro mayor enemigo, del que tenia el oficio de darles sepultura; por último, tanta aversion tuvimos á ser gravosos al resto de los monos, que ni aun despues de morirnos les fuimos perjudiciales, pues nosotros teníamos gran cuidado de dar destino á nuestros difuntos, sin participar al público su fallecimiento: gastábamos la vida alegremente festejando con nuestras músicas y bailes á diversos que se declararon nuestros devotos, y que en cuanto les era posible copiaban nuestras costumbres, trato y adornos, no siendo los últimos algunos jóvenes nobles á quienes agradaba mas nuestra libertad,

que el encogimiento de la crianza que les daban en sus casas ; amantes de la sociedad, y unidos todos en nuestras respectivas familias, no admitiamos separacion aun material, muchas tenian pequeña casa en las entrañas de una gruta nada reparada, cubriendo una misma sombra al comun hogar, sus dueños, bienes y ganados.

Este era nuestro establecimiento, esta la profunda paz que por dilatados años estuvimos gozando, y esta la gente contra quien se levantaron el mas fiero nublado, la borrasca mas desecha, y la persecucion de mayor horror que podiamos experimentar; pues aunque otras diversas veces se nos habia intentado perseguir, facilmente eludiamos la vigilancia de los superiores obedeciendo al pronto sus decretos, sometiéndonos sin resistencia al principio, para ir despues insensiblemente volviendo á nuestro antiguo método de vida, como efectivamente acaecia; pero la ilustracion que dicen reina al presente, y que habia empezado á rayar tiempo hace, luego que estas provincias lograron la dicha de ir poniéndose en

bonanza, sosegadas felizmente las alteraciones que las habian perturbado por largos años, tomó en breve el aumento suficiente para empezar á especular nuestras acciones, nuestra vida y nuestra utilidad ó inutilidad en la república: al advertirnos sin domicilio fijo, se nos declaró por vagos: considerándonos habitantes de los mas enmarañados y escabrosos montes, se nos tuvo por foragidos; nuestro chiste y desenfado se definió por desenvoltura; nuestro tráfico y comercio por latrocinio; nuestras sumisiones y zalamerías por estafa; y lo que es mas digno de compasion, se nos creyó irreligiosos é impíos de cuatro costados, ya por ciertas observaciones que hicieron acerca de nuestra conducta, ya porque no faltó quien acusase á nuestras hembras de chiromáticas; os confieso que esto me llegó al corazon, mayormente porque por mucho tiempo estuve sin saber qué casta de pájaro era la tal chiromancia de que oia acusarlas; que como no lo entendia, no podia hacerlas enmendar si acaso era cierto, ó defenderlas si era impostura, hasta que qui-

so la suerte que la casualidad trajese á mis manos á un estudiante, cuya conversacion y viveza me dieron á entender su despejado discurso, y valiéndome de la ocasion, le pregunté si entendia acaso qué queria decir chirománzia; á lo que me respondió mortificado: ¡oh, cómo no conoceis al menos con quien estais tratando! ¡Á un estudiante de la era presente, á un cursante que tiene ya mas de tres años de universidad, preguntar dudando si sabe que significa un vocablillo de una lengua antiquísima, sapientísima, necesarísima y adornadísima de otra infinidad de superlativos que no digo, porque no son para vuestra inteligencia! Andad, que os perdono, porque en estas materias sois un pobre hippócomo ignoranton; y para que no esteis mas dudoso, sabed que chirománzia quiere decir: arte de adivinar por las manos y sus rayas, cuyos principios debe la palestra literaria al incomparable..... Basta, basta, le dije entonces atajando el raudal de su pedantesca erudicion, porque ya estoy consolado, considerando que nuestras hembras no tienen ni

ejercen la habilidad de adivinar por las manos, como piensa el rudo vulgo, sino la de agarrar con la mano, como conocen los no preocupados: gracias á la alta comprension que de la tal lengua tenia el dicho tunante, como él me dió á entender, y sin duda debia de ser cierto porque lo que me llamó, que yo no entendí ni me atreví á preguntarle, me olió á ser sacado de la misma, y sin duda allí vendria al caso, pues que él lo dijo.

Vuelvo á tomar el hilo de mi historia, abreviándola lo posible, porque las llagas menos duelen mientras menos se tocan. Toda esta inquisicion que se hizo de nuestra vida y costumbres, y todos los juicios que á vista de ella se formaron, fueron los antecedentes para el inevitable golpe que experimentamos. Era cabo principal de nuestro rancho un venerable anciano tan valeroso como astuto, prudente como el solo, y experimentado como ninguno; éste pues una noche que habia salido á no sé qué diligencias, al tiempo que el primer sueño se habia apoderado de nuestros miembros cansados del trabajo del dia,

llegó despertándome todo azorado, dando unos profundos suspiros, y cubierto de sudor y polvo. ¡ Ah! ¡ qué tal estaba! ¡ qué distinto del mismo, cuando en otras ocasiones solia volver cargado de despojos! Yo, asustado luego que le ví, antes que me hablara, le dije sacando fuerza de flaqueza: ¿ qué es esto, lumbre de mis ojos, segurísima esperanza de nuestra gente? ¿ En donde tanto te has detenido? ¿ De qué parage vienes? ¿ Qué causa tan indigna para un varon tan fuerte, te ha desfigurado y te ha inmutado como advierto? Nada respondió á preguntas tan excusadas, y solo sacando un suspiro desde el mas retirado escondite del pecho, me dijo: huye, huye hijo, no te detengas, escapa, líbrate del peligro: caimos en el lazo: nuestros enemigos han logrado el tiro: á toda prisa van apoderándose á fuego y sangre de las cuevas y habitaciones de nuestros compañeros: cayó toda nuestra nacion de la alta fortuna en que se hallaba; basta ya lo que por ella y los nuestros hemos trabajado; si pudiera defenderse á fuerza de armas, no estuviera ociosa mi espada en la vaina; pero ni ella sir-

ve, ni mi persona ya pesada con los años puede escapar sin que la alcancen: tú eres mozo y ligero; en tí estan todas nuestras confianzas; llévate contigo á estos infelices compañeros en tu suerte; no está lejos el mar; algun barquillo no te faltará que te conduzca á otras playas en donde encuentres mejor fortuna: esto dijo, y sin dejarle ya hablar los sollozos, me entregó con sus propias manos como recomendándomela particularmente á su hija la hermosísima Jeringuilla, que así se llamaba, y era por entonces mi propietaria.

Vuelto en mí como de un sueño, salgo de la cueva, subo sobre un cerri-
llo, póngome á escuchar con toda atencion, y advierto que ya se nos iba aproximando bien claro el ruido de gente armada; conoce el buen viejo la cercanía del peligro, y entonces esforzó con mas ahinco sus ruegos: ea, decia, vosotros, á quienes está hirviendo la sangre y cuyo valor esta en su fuerza, huid, huid, que yo inútil ya por mis años no puedo servirlos mas que de estorbo; dejadme morir, pues se prolongó mi vida hasta el lastimoso fin de

nuestras familias. ¿De qué puedo ya servir en el mundo? La muerte, aquella muerte que para otros sirve de tanto horror, para mí será un consuelo y un descanso: estas y otras cosas decia estando siempre fijo en su parecer. ¿Cómo es posible, le repliqué, que salga de tu boca proposicion semejante? ¿Pudiste creer que yo diese un paso para ponerme en salvo quedando tú en el peligro? Dejémonos, señor, de altercaciones, porque no ha de ser mas de lo que yo diga: mozo y robusto soy, monta sobre mi cogote, como cuando muchacho harias la gigantilla: yo te sabré llevar sobre mis hombros sin que me parezca pesada esta carga, venga lo que viniere, los dos experimentaremos un mismo riesgo; y si llegamos á salvamento, los dos igualmente lograremos un mismo sosiego; venga detras nuestra querida Jeringuilla, y de escolta nos servirán los restantes compañeros, y pues no he de admitir disculpa: manos á lo dispuesto, lie cada cual su mochila, y alto á marchar segun el órden que acabo de proponer. Aprobaron todos la disposicion, y se ejecutó como se dijo.

Mientras estaba haciendo Ajenjo esta pintura con mas extension que la que voy refiriendo, me acordaba que si se puede hacer comparacion de las cosas de poco momento con las grandes y famosas, era este un plan muy parecido á la toma de Troya: y ¿qué extraño que yo lo discurriese así, si en un lance que distaba mucho de las circunstancias del presente, fue un pensamiento que ocurrió á un grande hombre aunque haciendo la misma salva? (*) He querido anotar esto, porque hay murmuradores de tan buen diente que en todo se ceban; por lo mismo tambien advierto que el haberme detenido á referir por extenso la clase y circunstancias de esta casta de monos, de quienes voy hablando, y el suceso por menor; es lo primero para dar á conocer que tambien entre ellos hay heroicidad y patriotismo; lo segundo, porque ha-

(*) Si licet in parvis exemplis grandibus uti,
Hæc facies Trojæ, dum caperetur, erat.

Ovid. Trist. l. I.

Esto es: Si es licito en lo humilde de ejemplos grandes el uso,
Esta figura Troya, siendo tomada, tuvo.

biéndome propuesto la idea de dar á conocer las diversas clases en que se dividen los naturales de aquellos países, no me pareció justo pasar en silencio esta que se diversifica tanto de las de los restantes monos; y lo tercero, que el lector de mis memorias que no quisiere saberlo, con pasarlo en blanco, puede hacer cuenta de que no se escribió, y se libró del tedio que puede causarle; y si nada de esto sirve al roedor de mis escritos, diga lo que quisiere, que no estoy tan despacio que me sobre lugar para dar satisfacciones; y mas cuando Ajenjo me aguarda cargado sobre sus lomos del maduro anciano Anchises de aquella tropa.

O fuese por la carga, prosiguió nuestro mono, ó fuese porque los de atras (segun suele decirse) corren mas, ó (lo que es mas cierto) porque nuestro destino lo quiso así, por mas que procuramos hacer la agachadiza al sentir que se acercaban, dieron con nosotros los ministros de justicia: quede en silencio el mal trato y descortesía de los esbirros, porque no cabe en mi ponderacion, y paso á haceros presente qué

dolor y qué afliccion seria la nuestra al ver que la estrecha y desacomodada cárcel adonde fuimos conducidos, estaba llena de nuestros compañeros; todos los ranchos de nuestra nacion que habia repartidos en la comarca se hallaban reducidos á aquella estrechez; á cada cual remordia la conciencia por diverso capítulo, y todos juntos eran la causa de nuestra comun desgracia: un alguacil entró á este tiempo, habiendo pedido licencia al alcaide para hablarme dos palabras; este era un amigo mio con quien yo habia comido y bebido muchas veces, y á quien habia favorecido en algunos lancecillos apretados, porque fue siempre costumbre nuestra hacer gavilla, excepto en los casos reservados, con alguaciles y soplones, no por amistad verdadera, porque los aborreciamos, sino por miedo para que no nos armaran la zancadilla: éste pues entró adonde yo estaba, me dió mil satisfacciones acerca de su inocencia en el lance, y de no haber podido avisarme con anticipacion, como lo habia hecho en otras ocasiones, porque en esta los jueces habian tenido mas reserva, y

no habian dado cuenta de lo que se iba á ejecutar á los que no es necesario que sepan mas que obedecer lo que se les manda en el mismo acto; y finalmente, me dió la bella consolatoria, que segun habia oido, aquella era causa comun, y que habria sucedido igual lance en las demas provincias del reino; pero que por lo que hacia á nosotros, él quedaba á la mira, y haria cuanto estuviese de su parte en nuestro abono y defensa. ¡Quien no habia de confiar con sugeto de tan grande empeño! Por último, abreviando porque no quiero cansaros, despues de un diluvio de trabajos con que purgamos la buena vida que hasta entonces habiamos tenido; despues de diversos destinos particulares; despues de varios capítulos concernientes á la enmienda de nuestra vida pasada, fuimos precisados á domiciliar-nos y á avecindarnos con pie fijo en las poblaciones de este continente; nos fue prohibido otro oficio ó tráfico que el de la agricultura; fuimos aligados á un establecimiento cierto sin sérnos libre la salida de él, ni peregrinacion alguna sin expresa licencia de nuestros supe-

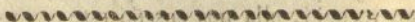
riores; fue disipada nuestra coligacion y forma de cuerpo separado dentro de la nacion; se nos desnaturalizó teniéndose por suplantado nuestro decantado antiguo origen; se declaró por infame hasta nuestro nombre, aquel nombre que nos acordaba nuestro pais, y que nos distinguia y singularizaba entre los habitantes de este, y últimamente quedó la justicia velando atenta sobre nuestras operaciones; pero como estas son mas y con mayor cautela que los ojos de aquella, aun nos quedan muchos rastros de nuestra antigua libertad; no fue fácil quitarnos nuestra habilidad y ligereza de manos; no el desarraigar del todo nuestras costumbres, enmudecer nuestra labia y sujetarnos á un trabajo ímprobo; no todos los jueces tienen una misma integridad y celo; la condescendencia de estos en las materias leves es el apoyo de nuestras habilidades; lo malo es si despues de un señor de estos de buen genio, esto es, despues de un poltron toma las riendas del gobierno uno de estos, ó verdaderamente activo y exactamente atento al cumplimiento de su cargo, ó que por-

que es nuevo en el ejercicio de esta clase de empleos, desea diestra ó sinistramente acreditar su vigilancia; y sin atender á que el sumo derecho es suma injuria, empieza á perseguir desvalidos, y á formar causas á los pobrecitos, tales como nosotros; entonces da al traste nuestra maraña, y se paga en una semana el holgorio de muchos años.

Esto es puntualmente lo que pasa al presente por mí y por toda esta gente honrada; fue el caso que acaeció una friolera no muy limpia en nuestra vecindad, y luego se nos echó la culpa; decretóse nuestra prision; pero no tan sigilosamente que no llegase algunas horas antes á la sagaz comprension de mi compañero el alguacil, el que tuvo la caridad de venir inmediatamente á avisarnos del peligro; mejor le estuvo esta noticia que la prision, porque le valió incomparablemente mas; y en cuanto al cumplimiento de su obligacion, él tendria opinion para poderlo hacer, porque ellos la encuentran para todos: salimos los que veis, y todos nuestros bienes, sino á uña de caballo,

porque no le teníamos, á lomo de borrero, pues sobre las mataduras de dos de estas bestias acomodamos el ajuar y las personas por turno: andábamos de noche fuera de camino y sin descansar en poblado, temiendo las requisitorias que despues supimos se habian despachado en busca nuestra. ¡Quien creyera éramos personas de tanta importancia! Por fin, pasadas varias fortunas, que era largo referir, encontramos en ese bosque vecino un dia á esa bendita vieja que nos sirve de portera; ella nos recogió, ella nos enseñó este escondite, y ella cuida de dia de nuestra subsistencia que la pagamos á peso de dinero, que por varios caminos (todos honrados) solicitamos saliendo algunas noches á buscarle. Este, señor, es el último de los trabajos de mi vida; este el término que en mí ha tenido el largo suceso de nuestra historia: en este encierro ó sepulcro espero que la suerte ha de hallar camino de sosegar mis turbaciones y fatigas, no dudando que el cielo me depare una mano poderosa, que invocada en mi auxilio, se conmueva y haga experiencia de la

fuerza de su poder, librando de tantas miserias á un desdichado. Asi el famoso Ajenjo habiendo estado todos atentos mientras él solo hablaba, recopiló las fortunas y destruccion de su nacion, como tambien sus particulares sucesos y jornadas; y despues de una narracion tan prolija, hizo punto, dió una recia palmada sobre su nervioso muslo, y puesta la mano en la mejilla, sus acciones, rostro y palabras quedaron en suspension á un mismo tiempo.



CAPÍTULO XII.

*Del destierro de Enrique y Tulipan;
y camino que emprendieron.*

Los guapos y el buen vino duran poco, dice un adagio vulgar; y nosotros lo hubimos de conocer por experiencia en la persona de nuestro fanfarron Ajenjo. ¡ Con qué aire se encasquetó un sombrero blanco, largo de ala, y duro de copa como el yelmo de mas resistencia! ¡ Qué peroracion tan corta,

pero tan baladrona, nos hizo para animarnos con el valor de su brazo! ;Qué escupir por el colmillo y sobre el hombro entre una y otra diccion enfática y preñada! Por último, sus acciones, palabras y movimientos eran capaces de hacer creer á cualquiera que íbamos á la conquista de una provincia; y todo el aparato se reducía á ir á inquirir noticias de algun criado de una casa que suponíamos sumergida ya en el mas profundo sueño, siendo el llevar con nosotros á este jaque (bajo su palabra) solo una precaucion prudente, ó mejor un gran miedo de mi amigo Tulipan, que no fiaba del todo en mi brazo su defensa, y queria tener quien le guardase las espaldas para cualquiera lance que él juzgaba no obstante sumamente remoto. Seria una hora mas de la media noche cuando todo ya en quietud, sin oirse el murmullo de las gentes, ni el ladrido de los perros, alumbrados solo de la claridad de la luna que se hallaba en lo mas alto de su carrera, salimos los tres despedidos de la restante comitiva que se ofreció cortés y valiente á irnos sir-

viendo, aunque no admitimos su obsequio por no juzgarle necesario. Una y otra vuelta dimos á la casa del marqués, en donde puertas y ventanas estaban cerradas, sin haber hallado resquicio por donde cumpliese Tulipan sus deseos; tosia, se sonaba, escupia, todo con fuerza bastante para ser oido de cualquiera criada, que segun él se li-sonjeaba estuviera en vela esperando su arribo; pero nada surtia efecto; ya le habia yo aconsejado que nos retiráramos puesto que no teníamos que esperar mas que perder el tiempo, y él cumpliendo con las obligaciones de caballero andante, no habia desamparado el puesto y calle de su dama; y ya habia tambien condescendido á mis razones, aunque suplicándome tuviese á bien dar otra última y perentoria vuelta antes de retirarnos; no le repliqué porque fuese completamente satisfecho; pero apenas movimos el pié para ir á ejecutarlo, cuando por las dos envocaduras de la calle vimos irsenos acercando, cogiéndonos en medio, una porcion de bultos no pequeña. Ya extrañaba yo, dije, que el peligro

no encontrara con quien anda buscándole. El ¿quién vá? la común respuesta, y el hallarnos por una y otra parte acometidos fue tan en breves momentos, que apenas tuvimos los suficientes para tirar de las espadas; Tulipan y yo, haciendo cara á unos, defendidas nuestras espaldas con las de Ajenjo, que hizo intrépidamente frente á los que acometieron por el costado opuesto, nos pusimos en defensa; este permaneció sin poder adelantar mas que el mantenerse; pero nosotros (sin ser menester que yo apelase al estrépito de las armas de fuego) nos hicimos lugar por medio de nuestros enemigos, intimidándoles de modo que no nos impidiesen el retirarnos; fue forzoso dejar en el peligro al valenton, ya por no ser conocidos, ya porque era necesario ceder á la fuerza.

Acosados del riesgo y llenos de zozobra llegamos apresuradamente á nuestra posada; encerrámonos en el cuarto, y por un rato quedamos suspensos mirándonos recíprocamente, hasta que rompiendo yo el silencio le dije: ¿y bien, estais contento? Ya echasteis el resto á

vuestras aventuras; lo peor es que sin comerlo ni beberlo sacaré yo tal vez en vuestra desgracia mas parte que la que hasta aquí me ha tocado en el susto que acabamos de experimentar. Vuestro punto de honor y mi mal aconsejada condescendencia nos han metido en un laberinto, que me temo fundadamente ha de sernos de muy difícil salida: no espereis de mí que aguarde mas lances: la enmienda de estos yerros no puede ser otra que la ausencia; y así alto á marchar, y estad inteligenciado en que si os resistis á este único medio que nos deja abrazar la estrechez de nuestros sucesos, os gobernareis en adelante solo por vuestro dictámen abandonado del mio, pues mas de lo debido he cumplido hasta aquí con las leyes de la amistad. Razon teneis, amigo mio, respondió Tulipan; razon teneis, yo me cegué, mi vano y ridículo punto del qué dirán me condujo á este lance. ¡Ah falta de reflexion! ¡cuánto mas pesado y demas deplorables consecuencias será el qué dirán de ahora! El de antes era efecto de una cordura

prudente, y el actual de una desbocada locura. ¡Ah, Enrique, Enrique! marchemos enhorabuena pues no hay otro arbitrio, pero sea en medio de las tinieblas; permanezcamos todo el presente dia escondidos, por si anoche nos reconocieron, no sea que viéndonos salir nos armen alguna emboscada, en que sorprendidos no nos valga el brio y caigamos indefensos en manos de los que solicitan perdernos: el lacayo que traemos para que nos sirva es bastante vivo, saldrá disfrazado y averiguará lo que pueda, y de cualquier modo á media noche marcharemos con mayor seguridad. Quedamos acordes, recogímonos un rato, y luego que fue bien de dia encargamos al patron que á nadie dijese si nos buscaban que nos hallábamos en casa porque nos importaba estar ocultos, y dimos al lacayo la comision de la pesquisa que solicitábamos.

Pasamos hasta el medio dia encerrados haciendo varias reflexiones muy buenas para el dia antes, pero que ya no venian al caso: es efecto consiguiente al mal obrar el áspero remordimiento.

to. Ya deseábamos la vuelta de nuestro emisario para saber las novedades ocurridas; no tardó éste, y fue su arribo un nuevo motivo de cuidado. Con la mayor cautela, dijo, desde que me aparté de aquí empecé á inquirir, preguntando generalmente por novedades, y encontré repetido en bocas de todos los que iba hablando el suceso de una grande quimera que habia habido aquella noche, pero con tan diversos accidentes y tan vario tambien en la sustancia, que no se podia formar juicio: unos contestaban en que eran ladrones que habian querido robar en casa de la marquesa de la Mielga, y que habian sido sentidos y rechazados por los criados: otros que era cierto enemigo del marqués acompañado de asesinos, que habia pretendido escalar su casa para quitarle la vida, pero que sorprendidos por una patrulla, despues de una corta defensa habian vuelto las espaldas: otros que eran unos cortejantes de las criadas, que habian sido impedidos por algunos celosos de la correspondencia de ellas: en estos corrillos se contaban las muer-

tes á pares; en aquellos se tomaba á risa diciendo que era una friolera; y por último señas y asuntos eran tan diversos en las relaciones, que yo con ánimo de averiguarlo con mas fundamento fuí hácia casa de la marquesa por si podia hablar á un mozo de librea paisano mio que está alli sirviendo, y sin duda lo sabria todo, porque estos son los cauces seguros por donde averiguamos las interioridades de las casas; logrélo como lo pensé, pues él habia sido uno de los que se hallaron en la refriega: dos horas antes, me refirió, de la media noche mandó mi amo que todos los criados de la casa nos armásemos, y unidos á otra porcion de gente que tenia prevenida, saliésemos con él divididos en dos cuadrillas, una gobernada por sí propio, y otra por su mayordomo: mas de tres horas estuvimos sin hacer otra cosa que rondar la calle y sus alrededores; ninguno sabia el fin de esta expedicion, pero no nos pertenecia mas que obedecer; conoció mi amo que ya estariamos cansados, y parte por darnos algun descanso, parte porque debió de creer que ya era

excusada su diligencia, unió las cuadrillas y nos condujo no lejos de su casa á una de un criado para que tomásemos un refresco, dejando escondido y en acecho un centinela con las órdenes correspondientes: el tal en observancia de ellas vino despues de un rato avisando como habia visto tres bultos dar vuelta por el palacio del marqués. Alarmóse este prontamente, dividió la gente segunda vez, dió orden de que no se concediese cuartel á quien se resistiera, y partimos en disposicion de cogerlos en medio: asi se logró; pero fue tal el valor y manejo de dos de ellos, que despues de haber herido aunque levemente á algunos de los nuestros, lograron retirarse á despecho del marqués: entonces unidos todos contra el que quedaba, no hubo dificultad en rendirle, aprisionarle y llevarle á un calabozo entregándosele á la justicia, reconociendo que era persona ordinaria. Este es todo el suceso de anoche; pero ahora acabo de oir, aunque con muchos misterios, que el preso es un gran bribon, que andaba huyendo de la justicia por varios feos y

atroces delitos, que sin duda pagará ahora por junto; á la primera declaracion que esta mañana le han tomado, se dice que depuso, que él sin saber el objeto ó motivo que tenia el señor Tulipan, hijo del caballero Haya, para haber ido á tal deshora y tal casa, le habia acompañado, y á un amigo íntimo de dicho señor, por si se les ofrecia algun lance apretado: con estas noticias, prosiguió diciéndome mi paisano, hubo varios dictámenes en la casa; pero mi ama se conocia estaba entre confusa y apesadumbrada, sin que hubiese quien se atreviera á hablarla una palabra; y mi amo sin haberse querido recoger: despues de haber pasado el resto de la madrugada encerrado en su cuarto, salió muy temprano, y se fue á casa del primer ministro: si quieres saber lo que alli haya pasado, y la determinacion que se toma, ven hácia acá á la tarde, que yo luego que lo oiga no tendré mas cuidado que de tomarlo bien de memoria para comunicártelo, y á cuantos vengan de nuestra ropa al portal de casa, lugar de nuestras juntas, por no

faltar á las obligaciones del oficio. Estas es, señores, toda la relacion que se me ha hecho, si fuese necesario saber otra cosa, volveré á evacuar la cita, que él no faltará á ella, porque es criado que sabe serlo con todos los requisitos de tal.

¡Ay amigo Tulipan, exclamé, esto está peor que estaba! El marqués (no pongais duda) ha ido determinado á dar queja de vuestros excesos, ó bien en derecho al soberano, ó bien por medio del ministro de quien puede seguramente confiarse, porque las altas circunstancias y rectitud de éste repugnan á que cometa la detestable traicion de ocultar la verdad á su príncipe; y diciéndosela, ¿cómo se podrá evitar el ejemplar castigo que le dictará su justicia? No os puede poner á cubierto vuestra ilustre sangre, porque si vos mismo no habeis correspondido á la heroicidad de las acciones á que os llama, ¿cómo se os ha de tratar segun exigian sus privilegios? Yo tambien experimentaré justamente el rigor de su sentencia aunque bien á sangre fria, habiendo sido cómplice solo

por una inconsideracion; no puedo satisfacer, diciendo que os acompañé por ser vuestro amigo, porque la amistad no es motivo que sirve para las acciones oscuras y mal sonantes; antes bien como vínculo de almas virtuosas las evita por todos caminos; tampoco los favores que á Roberto franquea el soberano y á mí por consecuencia pueden ser escudo contra sus iras, pues estos son como el calor del sol, que obra diversamente segun el sugeto que le recibe; derrite á la cera, y endurece al barro, siendo él uno mismo; asi pues en Roberto serán favores porque se los granjea, los que en mí castigos, pues con mis yerros los atraje sobre mi cabeza. Ya no hay remedio á lo hecho, me interrumpió Tulipan: yo siento que mi amistad os haya expuesto á estos sinsabores: marchemos, amigo, al punto por si la ausencia puede abrir algun camino á la enmienda. Esto dijo, y dió orden al lacayo para que buscase carruage que nos restituyese en aquella misma noche á la corte; este volvió sin haberle encontrado, y con sola la es-

peranza de que por la mañana le habria; quedó en el encargo de solicitarle al amanecer, y nosotros cansados de la mala noche antecedente, y de la inaccion del dia nos resolvimos á recoger-nos muy temprano.

En lo mejor de nuestro sueño estábamos cuando oimos unos recios golpes á la puerta del cuarto; levantóse el lacayo que se quedaba con nosotros, abrió, y vimos entrar un mono con traza de inválido, vestido con el uniforme de la casa real, y en la mano un largo garrote con una especie de lanzon al fin de él; bronco de voz, y sério de semblante preguntó por mí; como yo estaba á medio despertar, desprevenido, y con la conciencia no sana, luego que ví delante de la cama aquella estantigua armada de tan formidable instrumento, creí que era mi hora llegada; mas no obstante mi miedo me iba á poner en estado de defensa, cuando él me dijo sosegadamente que no temiese que venia á traerme un pliego del secretario de estado: yo le recibí temblando, conociendo que aquello no era otra cosa que mi sen-

tencia ; abríle , y dí el sobrescrito al portador para testimonio de la entrega ; y luego que volvimos á encerrarnos , le leí en alta voz (despues que supe su contenido) para que le oyese mi compañero ; y decia de este modo :

Amigo Enrique.

« La dulzura de vuestro genio (lo
« conozco) os ha conducido á una con-
« descendencia que debia traeros con-
« secuencias muy funestas , si yo car-
« gado ya de canas y experiencias no
« hubiera procurado cortar el lance con
« la prudencia mas posible. Tulipan jó-
« ven inconsiderado ha escandalizado la
« casa de un sugeto noble y pundo-
« noroso. El marqués ofendido se tem-
« pló con mis reflexiones , y queda
« satisfecho con unas providencias ex-
« trajudiciales : no ha podido mi amis-
« tad excusaros el ser incluido en ellas
« porque estais acusado como cómplice :
« en esta inteligencia se hace forzoso
« que á las tres horas de recibir este
« pliego salgais del sitio , acompañado
« de Tulipan , dirigiéndoos á las ciu-

«dades que gustáseis con tal que dis-
 «ten lo menos cuarenta leguas de la
 «corte, sin que podais volver á ella
 «sin real decreto; advirtiendo á vues-
 «tro compañero que esta órden tiene
 «para sus efectos la misma fuerza que
 «si hubiera sido pronunciada en vista
 «de causa; por convenir asi al so-
 «siego público. Y para que sin ex-
 «cusa podais cumplir lo aquí conte-
 «nido, á la puerta de vuestra posa-
 «da hallareis á la hora caballos para
 «vosotros y para un lacayo. Yo quedo
 «encargado de mirar por vos, para
 «que podais restituiros luego que esten
 «sosegadas las presentes turbaciones;
 «pues en todos tiempos es vuestro se-
 «guro amigo y servidor

Rosal.

No quedaba mucho que discurrir
 en el asunto: recogimos nuestros mue-
 bles que se pusieron en una maleta, ca-
 paz de ir en la gurupa del caballo; fia-
 mos en la experiencia que tenia el la-
 cayo de los caminos por haber sido
 postillon, la direccion de nuestro viage;

y nos prevenimos al punto para la marcha. Aproveché el breve tiempo que nos restaba noticiando á Roberto mi destino, diciéndole:

Amado compañero y amigo mio
Roberto:

«¡Cuán á mi costa experimento la
»falta de vuestra direccion y consejo!
»No estaba aun mi entendimiento ca-
»paz de soltar las velas, gobernando
»el timon un conocimiento falto toda-
»vía de muchas experiencias: guiado
»de un falso punto de honor condes-
»cendí con las travesuras de un jóven
»que me ha traído al estado de verme
»desterrado vergonzosamente, ya he em-
»pezado á sentir incomodidades, sustos
»y sobresaltos inseparables compañeros
»de la inconsideracion. Yo parto á la
»hora sin saber adonde: gobernado por
»un mono soez y bajo, expuesto por
»esas provincias de este continente á
»ser espectáculo de otros monos, tanto
»mas molestos cuanto menos cultos. In-
»digno soy del alto carácter de hombre,
»pues ni aun entre monos he sabido

»conservarle; con razon pago mi culpa. Desde todas partes os iré dando cuenta de mis peregrinaciones y trabajos. Gozad en paz de un reposo que vuestra moderacion, pulso y madurez han sabido grangearos aun entre tan distinta clase de gentes, y lastimáos de corazon de vuestro infeliz amigo

Enrique.

Encargué la remision de este pliego á nuestro patron, pagámosle el alojamiento; y á la puerta de él hallamos tres caballos, y un criado del señor Rosal, que de parte de su amo me entregó un bolsillo capaz de proveer á nuestra subsistencia por muchos dias con un atento recado, de que en cualquier aprieto contase con sus haberes, y en todo tiempo con su amistad: respondí agradecido, y acepté el don que su liberalidad me franqueaba, porque no sabia los varios sucesos que podian pasar por nosotros, y la precipitacion de la marcha era un pretexto decente para abrazar cualquier partido:

Poco mas seria de la media noche

cuando ayudados de la claridad de la luna tomamos la ruta hácia donde quiso Orozuz nuestro lacayo : en lo que de ella restaba y en los tres dias que siguieron , picamos de martinete con tanta diligencia que conseguimos ponernos en el término de las cuarenta leguas desviados de la corte y sitios reales , que se nos intimó en la sentencia. Paramos por la noche en una casa que habia en medio del campo de las muchas que se encuentran en aquellos países , que sirven para tomar descanso los pasajeros , cuando estan muy distantes los poblados que sucede frecuentemente. Desde luego el frontispicio daba á conocer la magnificencia del trato interior. Yo creí que peor piso que el de los caminos no podría encontrar , aun en los mas ásperos cerros ; pero era porque jamas habia pisado el pavimento de estas habitaciones : unas grandes y desiguales piedras formaban su entrada tan resvaladiza que hubo de hocicar mi caballo y dar conmigo en tierra , si yo hubiera ido un poco descuidado : desmontámonos , y sino hubiésemos llevado

lacayo, hubiéramos tenido que conducir nosotros mismos los caballos al establo. Yo tenia muy buena gana de cenar y mayor de tomar algun descanso; buscamos al huésped, que al fin de preguntar á varios hallamos en la cocina, calada la montera hasta los hombros, con una cara de pocos amigos, y trage de mucho parentesco con el del amigo Ajenjo; mas me pareció un vandolero que un mono de regular crianza, como creí debiera ser por razon del continuo trato que alli tenia con los primeros sugetos de la monarquía, que cuando caminaban por aquel parage necesariamente tenian que hacer tránsito en aquella casa: saludámosle cortesmente, y no se dignó de mirarnos ocupado en el grave asunto de celebrar á carcajadas, y atender al suceso nada limpio que un arriero contaba, acaecido con la moza de un meson; acabóse éste antes que nuestra paciencia, y volviéndose á nosotros encapotado el semblante, no nos dijo mas de ¿qué se ofrece? Suplicámosle nos preparase un cuarto poniéndonos unas camas y dándonos de cenar: ya,

respondió, poco piden; vaya que parecen personajes de pelo, aunque el tren es bien reducido: caballeros, cuarto no hay mas que uno, y ese está siempre reservado para gente de modo, y por tanto se ha dado á unos señores de coche que acaban de llegar: cama no hay otra que la del galgo, y asi podrán hacer la rosca en la cocina, en el portal ó en la caballeriza; y en cuanto á cenar se guisará lo que traigan en acabando los arrieros, y sin esperar mas respuesta empezó á gritar con un mozo de tan buena traza como él, que tenia para que diese la paja y cebada segun el arreglo que le habia confiado, y por no sé que medida de mas ó de menos se hundia la casa á juramentos y maldiciones recíprocas. Este mono es sin duda la piedra de toque de nuestra tolerancia, dije á mi compañero: veamos, respondió él, á que quilates llega; pero oyéndolo Orozuz nos replicó: ¡oh! señores, pues ahora se comienza; esta es la muestra del paño; bien podeis armaros de paciencia, pues como este son cuasi todos los que se hallan en semejantes casas por el rei-

no, insolentes, malcriados y pero la experiencia os dirá lo que callo: la comodidad en todas ellas es la misma, y así acomodémonos como se pueda que una noche mala de cualquiera suerte se pasa. Dicho esto, suplicó al patron que á lo menos nos diese un puñado de sal y un poco de aceite y vinagre; condescendió como haciendo un favor muy grande, y aun añadió una cebolla por via de gracia; con cuyos avios, colando el vinagre para quitarle un sin número de moscas que habian caido en el sarroso y deshocicado jarro, con el pan que llevábamos se hizo un gazpacho que comimos con tanto apetito como si fuese uno de los mayores regalos; yo siempre habia hecho ascos á la cebolla por su olor fétido, pero aquella noche me olia á ambar. Digan los glotones que el mucho regalo no estraga al apetito; pero experimenten algun dia la necesidad y el hambre, y verán con que aceros tan distintos se sientan á la mesa. Por último, no hubo mas remedio para descansar un rato que acostarse vestidos sobre las capas en un rincon del portal.

Aunque el cansancio nos convidó al sueño se deja discurrir que lo mullido de los colchones nos echaria bien temprano de la cama; antes de amanecer ya teniamos de punta los huesos; ensillados los caballos y prontos á marchar, llamamos al patron para pagarle el desengañado hospedage que nos habia dado y cortísima costa que le hicimos; vino al punto con tantas cortesías y cara de risa que parecia otro, aunque tardó poco en sacar las uñas; pidiénos una exorbitancia, tanto que nos sorprendió, y aun á Orozuz con estar hecho á los golpes: con la mayor moderacion le replicamos diciéndole, que sin duda habia equivocado la cuenta, porque no sabiamos en qué podiamos haber causado un costo tan crecido. Él recuperando el encapotado gesto de la entrada, meciéndose y puesto en jarras, nos dijo con la mayor desvergüenza: estos muñecos de la corte, todo bambolla y poquísima moneda, quieren siempre que se les asista y sirva á título de suficiencia; si habian de tener tanta dificultad en la paga, ¿por qué no se quedaron á pasar la noche

en el meson de la estrella, que alli no cuesta dinero? Estaré yo aqui solo por tener la honra de servirles como si los comestibles que hay en la casa (ya he dicho de lo que nos proveyó) nacieran en esos campos, como si me dieran la casa de balde.

Supe despues en otra ocasion que sobre ser ellos generalmente una gente vilísima se les dá pie para que sean mas ladrones, por el excesivo precio en que los señores de las tales casas se las arriendan, sin mas medida ni proporcion que su antojo, su lucro sin tasa, y las temosas pujas de ellos entre sí, resultando estos desarreglos contra el infeliz pasagero que tiene que pagarlos para que el dueño principal lo disfrute sin trabajo; y el bribon del inquilino cumpla el injusto arrendamiento, y saque fruto de su tema con una notoria pública injusticia. Parece exageracion ésta y cuento de viageros, pero creáseme que no hay duda en que asi pasa.

Tulipan tenia la pólvora mas seca, y ya conocia yo que le iba faltando la paciencia; por esto y porque aquel

bárbaro no dijese mas desvergüenzas y despropósitos le respondí sosegado: teneis mucha razon en querer se os pague, bien creo que os cuesta vuestro dinero todo lo que habeis dicho, y nosotros desde luego estamos prontos á satisfaceros, pero ignoramos como monta tanto nuestro gasto. Serenóse un poco y dijo: pues, sí señor, eso importa rebajado lo que os hacia de gracia; pero ya que quereis la cuenta por menor, pagareis lo que sumen las partidas; id pues contando: de cebada... de paja... de atadero... de mozo... de emporcar la caballeriza... del colgadero de los arreos de los caballos... de aceite... de vinagre (no contó las moscas tal vez por via de gracia)... de sal.... de agua.... de cebollas (esta partida debió entrar en singular)... de asistencia... de camas (esto es una manta que dió para los tres)... de ruido... de luz... y por lo que hace á la casa dareis lo que gustareis; la de los alfileres á la moza es partida voluntaria (bastantes necesitaba si habia de prenderse todos los girones que la colgaban). Fue poniendo las partidas á tanto pre-

cio que sumaron al fin doble porcion que habia pedido primero ; puso pies en pared sobre que se le pagase segun esta cuenta , y añadió tanta insolencia, que yo me enfade ya un poco , y mi compañero acabando de perder los estribos , levantó la mano , y le sacudió tan buen torniscon que le hizo la mostaza.

Aqui sí que fue la gritería completa , juró , blasfemó y llamó en su ayuda á todos sus amigos : rodeónos al punto una muchedumbre de monos, porque todos los arrieros y demas gentualla que habia agregada en la casa , se conjuraron contra nuestras vidas ; no hubo tranca en el corral , tenazas en la cocina , ni pala y hurgonero en el horno que no amenazasen á nuestras cabezas ; pusímonos en defensa y nos fuimos retirando hasta el medio del campo ; pero alli nos siguieron con tanta tenacidad , que me fue ya preciso pasar de la mera defensa á la ofensa ; por lo cual pude separarlos por algun espacio : ésto fue peor en el efecto, porque viendo que no podian ofendernos aproximándose , echaron mano á

las armas arrojadizas, y un pastor que se les habia agregado nuevamente de aquellos que tienen vinculado en su mano un tino sin igual, disparándome con la honda un mediano guijarro logró descalabrarme y aturdirme, dando con mi cuerpo en tierra: faltó de mí auxilio mi compañero, asi como su criado, tuvo que rendirse inmediatamente á voluntad de aquellos impíos villanos, los cuales aprisionándonos fuertemente de pies y manos, nos condujeron con el mayor descomedimiento á la cueva de la casa, en donde mas que por caridad por miedo de que me desangrase me cogieron la sangre, y ataron á la cabeza un asqueroso trapo, dejándome asi encerrado con Tulipan y Orozuz hasta tomar sus providencias.





CAPÍTULO XIII.



*De la prision de Enrique y Tulipan
en una aldea al paso de su viage.*

Ya estaba bien avanzada la tarde, y no habian aun tenido los villanos comiseracion de nosotros, entrándonos algun alimento: la falta de la sangre y los muchos nudos que tenian las ligaduras con que me habian sujetado los pies y las manos vueltas á la espalda, impedian que yo hubiera podido romperlas, y hacer esfuerzos de libertarnos á toda costa. ¡Qué miserable constitucion la nuestra! ¡qué escarmiento de mal aconsejados! Todo este daño era dimanado de un solo error. Aun del consuelo de la luz estábamos privados; tirados como bestias por los suelos en un terreno humedísimo y desigual, sin accion, ni libertad para que con la variedad de posiciones tomase el cuerpo algun descanso: adormecidos

los miembros con la compresion de los cordeles; perseguidos de diversas sabandijas que nos incomodaban no poco; descaecidos por falta de alimento, pero mucho mas por la consideracion de nuestro paradero; y en fin rodeados de miserias y de aflicciones del cuerpo y del espíritu, comencé á persuadirme á que era ya aquella mi última hora; no tanto la temia porque mi vida se finalizaba en medio de una edad lozana y briosa, cuanto por la causa; una muerte honrosa es corona y gloria de nuestra carrera; una muerte vil y baja es oprobio de la vida: ¡qué congojas pues no sentiria yo al considerar que acababa la mia en un oscuro encierro, ó á los crueles filos del cuchillo, ó á la dura inclemencia del hambre! No fue este solo el tormento que me affigió por entonces: llegó Tulipan á los términos de un caimiento de espíritu tan deplorable, que tuve que sacar fuerzas de flaqueza para consolarle, porque no tocasse en desesperacion. Orozuz que tenia bastante ligereza pudo arrastrando ir poco á poco ganando terreno hasta lle-

gar adonde yo estaba, y con los dientes no sin alguna dificultad logró desatar los nudos y lazadas que me tenían sujetas las manos, con lo cual ya libre pude desaprisionar á los otros; pero toda la satisfaccion y gusto que logramos de vernos en nuestra libertad se nos acibaró inmediatamente cuando despues de haber buscado á tienta la puerta, ésta resistió á mis impulsos; aqui fue cuando Tulipan soltó las riendas á su apocamiento, y llegando al extremo se arrestó á proponer que nos quitásemos la vida por nuestras propias manos. ¿Seríamos, decia, los primeros que generosamente lo han ejecutado? Ejemplos tenemos dentro de nuestro mismo continente de pueblos enteros, cuyas murallas, riquezas y habitantes acabaron á un mismo tiempo, entregándose ellos mismos á la voracidad de las llamas antes que á la ferocidad de sus enemigos; y por cierto que diversas veces he oido ensalzar esta accion como de la mayor heroicidad y gloria; gloria tan inmortal que llena de honor aun á algunos naturales de aquellas provincias, por-

que aunque es verdad que no quedó viviente ni piedra sobre piedra de aquellas ciudades , ni otro vestigio que el suelo en donde estuvieron ; aunque tambien es indubitable que los actuales pueblos sus herederos se fundaron muchos años despues , y en otro parage , les basta el contacto físico del terreno para que se lisonjéen de esta honorífica descendencia : ¿No es un testimonio auténtico de la libertad de nuestra naturaleza , y un apoyo de la grandeza de nuestro espíritu tener en nuestra mano el medio de eludir la tiranía de nuestros enemigos , previniendo por nosotros mismos el funesto golpe que su violencia nos prepara ? ¿Podemos con semblante sereno esperar en la miserable constitucion en que nos hallamos una muerte , tanto mas violenta cuanto mas involuntaria ? Me horrorizo solo de pensar el áspero tratamiento , la indecorosa burla , y por último el cruel suplicio á que estamos expuestos. Gocemos pues infelices compañeros del mayor de los dones que nos ha franqueado la Providencia , dejando en nuestro arbitrio la pro-

porcion de finalizar nuestros males, de no permitir á otro que ejecute á nuestro despecho sus sangrientas intenciones, y desarmar los tiros de la suerte contraria cortando la carrera de nuestros dias antes de sufrirlos vergonzosamente hechos juguete de la fortuna.

Asi discurria Tulipan, y aun disponia ya el medio de poner en práctica sus designios, que nunca faltan ocasiones de perderse al que anda sutilizando modos de acarrear su última ruina. No podia yo asentir á las descabelladas proposiciones de Tulipan, prescindiendo de otras mas graves razones por solas las de una racional filosofía; y asi prontamente le repliqué: no, Tulipan, no permitiré yo la ejecucion de una accion tan torpe y desesperada: no debeis dejaros llevar de ejemplos que mas que la grandeza de alma produjo un ímpetu de fiereza, dejad que los alaben aquellos que advirtiéndolo la accion solo por la exterioridad no examinan el fondo de furor bárbaro que incluye: pensar en morir antes que ser vencido es una ley dictada mas bien

por la necesidad, que por el valor : ¿ qué fuerza hay que no sea limitada , y que defensa que no se contenga en ciertos términos ? pues ¿ por qué no podrá ocurrir un mayor poder por esfuerzo , por número , por pericia , ó por otro cualquier accidente al que sea prudencia ceder ? morir con las armas en la mano en medio de sus enemigos destruyéndolos podrá ser disculpa de un ánimo esforzado ; pero matarse por no morir ¿ qué puede ser sino locura ? Estad cierto de que no pasa de cobardía , impaciencia y apocamiento de espíritu el no tener ánimo para aguardar con rostro firme los golpes de la fortuna , no hay cosa mas facil que despreciar la vida cuando esta es una pesada carga rodeada de adversidades ; la mas difícil empresa es atreverse á ser desdichado ; mayor fortaleza es necesaria para sufrir la pesada cadena que nos oprime que para romperla ; porque la verdadera virtud de la constancia no cede á los males y contratiempos , antes son estos el fuego que la acrisolan : ¡ oh ! si supiérais cuantos desde la cárcel en donde esperaban animosamente su última ho-

ra fueron conducidos á la mas alta fortuna! Si estos dejándose llevar de la aprension de su infortunio, hubiesen querido prevenirle dándose la muerte con sus propias manos, hubieran cerrado la puerta á sus felicidades. Estas y semejantes razones consolatorias estaba proponiendo á Tulipan, no obstante las amarguras de mi corazon; cuando sentimos un grande ruido de gente que se acercaba á la puerta; ebrióse ésta y nos vimos prontamente rodeados de una innumerable multitud de monos que con luces y armas seguian á uno que parecia por las señas el cabo ó gefe de todos; traia un palo alto en la mano, y de su trage y habla no nos podiamos prometer mucha civilidad; sus acciones no obstante demostraron mas compasion que hasta entonces habiamos experimentado, pues no permitió que nos volvieran á atar, los que admirados de vernos libres iban á ejecutarlo segunda vez; se informó tambien acerca de nuestro ayuno, y mandó se nos diese algun refrigerio; luego nos dijo: yo bien quisiera, caballeros, excusaros el disgusto

de la detencion de vuestro viage, el arresto que es necesario, y el coste que os ha de tener forzosamente la causa; pero me veo obligado á peticion de parte. Asi que llegué á mi casa esta tarde de vuelta del trabajo del campo (que en mi aldea no hay esa casta de holgazanes que en las grandes poblaciones, pues todos tienen algun destino) me encontré con una hija del bribonazo dueño de esta casa, que nos dá mas que hacer que todo el pueblo, querellándose de vosotros por haber herido malamente á su padre, como tambien á otros tres ó cuatro; púseme al punto en camino, que será como de media legua, trayendo conmigo al barbero del lugar para hacer la pesquisa; y aunque hemos hallado que no son cosa de cuidado las heridas, es indispensable seguir la causa por razon de la querella dada; por tanto es fuerza os deis á prision y vengais con nosotros; pero antes, maestro, registrad la herida que segun el trapo ensangrentado tiene el señor en la cabeza. Hízolo asi el barbero con tanta suavidad como si fuesen sus manos dos rastrillos; sufrí

como pude aquel martirio : y después nos fue igualmente preciso dejarnos conducir á la cárcel del referido pueblo inmediato.

Era largo é inutil referir por extenso los trabajos que experimentamos en la prision, mayormente cuando está al principio, desconfiando el juez de nuestra seguridad, fue un estrecho y oscuro calabozo lleno de hediondez y sin respiracion; basta considerar que en un lugarcillo infeliz, en donde los que pasan plaza de ricos y hacendados tienen que sufrir mil incomodidades en sus propias casas, era consiguiente fuese infernal el lugar destinado para la detencion de los reos; la comida era proporcionada al hospedaje, y la cama el desnudo suelo: algun tiempo duró esta áspera penitencia, al cabo del cual logramos un corto alivio en todos estos ramos por recomendacion que vino de la corte solicitada por mi amigo Roberto, á quien luego que tuvo proporcion informé de nuestra infeliz suerte. Pero ;qué bien, qué fortuna, qué dicha tuve jamas, que no me viniera por esta mano bienhecho-

ra, por éste sin igual ejemplo de verdadera amistad! Aun mas que los alivios corporales me alentó el que recibió mi espíritu con una carta suya, que en breves palabras me hablaba al alma, y decia de este modo:

Mi amado Enrique:

« Aunque no el total que deseo, mi
» mediacion os ha conseguido algun
» alivio en esa prision que os molesta;
» yo hubiera ido en persona á dárosle
» si me hubiera sido permitido, pero
» las continuas honras de este príncipe
» van diariamente añadiendo eslabones
» de oro á la cadena que me sujeta á
» sus órdenes. Permitid que me admire
» de haber leído vuestro dolor en
» unos términos tan distantes del mo-
» do de pensar que teniais cuando li-
» bremente hablábamos á solas acerca
» de nuestra fortuna. No creí yo que
» mi Enrique pudiera caer en un aba-
» timiento de espíritu tan vergonzoso.
» La prision, el destierro son las aflic-
» ciones que os conducen á una amar-
» gura de corazón tan funesta. ¡ Será

» posible que no hayais reflexionado
» sobre estas dos especies de adversi-
» dades ! Vuestro espíritu se aflige
» ¿ acaso vuestro espíritu es el preso ?
» ¿ No se pasea libremente por donde
» le agrada , sin que poder alguno del
» orbe , ni todo el mundo junto , ni el
» mismo cuerpo que le rodea pueda ,
» no digo aprisionarle , pero ni aun con-
» tenerle en límite alguno ? El cuerpo
» padece , es cierto ; pero la parte prin-
» cipal , que es el alma , tiene ocasion
» de demostrar su heroicidad , su pa-
» ciencia , su tolerancia , y cuantas vir-
» tudes pueden hacer á un sugeto en-
» trar en el templo de la Fama : fácil
» será ejercitarlas si la prision es corta
» y poco cómoda ; si es larga y dura ,
» será mayor la gloria que os quepa
» por haberlas puesto en práctica. No
» adquirió tanto crédito para con pa-
» tricios y extrangeros el incomparable
» Tomas Moro entre las felicidades de
» su libertad , como entre los horrores
» de su prision. Nuestro célebre gene-
» ral Stanhop , luego que derrotadas en-
» teramente sus tropas en Brihuega fue
» hecho prisionero por los españoles ,

„dedicó el tiempo de su prision al
„estudio del sistema de la gravedad
„de los cuerpos que aplicó á los pla-
„netas el caballero Newton , hacien-
„do sabiamente á su infortunio esca-
„lon que le condujese á las ilustracio-
„nes de su entendimiento. A despecho
„de la tiranía no ha habido tormento
„material que se atreva á ofender al
„espíritu , ni r. os ó encierros que ha-
„yan podido aprisionarle ; preguntád-
„selo á Anajarco , cuando ya medio
„quebrantados los huesos dentro de
„un mortero no respondió al tirano,
„que pretendia sujetar su ánimo , otra
„cosa que : despedaza , rompe el sacó
„que incluye al espíritu de Anajarco,
„que por mas que emplees tu poder,
„él siempre permanecerá ileso y libre.
„No una carta , tomos enteros podia
„escribiros de reflexiones sobre este
„asunto ; pero no teneis que hacer
„otra cosa sino traer á la memoria
„nuestras antiguas consideraciones , y
„los muchos escritos que os he cita-
„do , que tratan largamente de esta
„materia. Otro tanto y mas os podria
„decir acerca de vuestro destierro. ¿Os

„couduce á otra afficcion, os acarrea
„otro daño que el que abulta vuestra
„fantasía? Para el sabio todo el mun-
„do es país sin particularidad en uno
„mas que otro: todas las tierras tienen
„poco mas ú menos unas mismas pro-
„ducciones, unas mismas fieras; nos
„proveen de lo que necesitamos, y
„nos proporciona fieles amigos, si por
„nuestros buenos oficios sabemos no-
„sotros conciliárnoslos. El hermoso bri-
„llo de los astros y planetas, la gran-
„deza de los cielos, y lo admirable de
„su curso en todas partes se nos ma-
„nifiesta igualmente, tanto mas digno
„de nuestra consideracion, quanto siem-
„pre lo vemos en una misma distancia,
„en un mismo órden y una misma
„magnitud, tan diversa de la de la
„tierra, que solo un planeta de los
„que comprende nuestra vista es mas
„de ciento sesenta veces mayor que
„ella, y nada de él se nos oculta;
„cuando no obstante la pequeñez de
„ésta, apenas descubrimos diez ó doce
„leguas de su extension. Pasad la con-
„sideracion á esa incomprensible y pas-
„mosa máquina, vereis que está en

» continua rotacion, haciéndose visible
» á nuestras observaciones por toda la
» tierra. ¿No es una mera preocupacion
» considerarse desdichado por no vivir
» ó dejar sus huesos (como suelen de-
» cir estos imaginados infelices) en un
» lugar en donde tuvo su primera cu-
» na? ¿Por ventura no fue accidental
» que nuestra madre nos pariera en este
» ó en el otro pais? Es mucha debili-
» dad y bajeza creerse extrangero en
» parte alguna del orbe: todo él es nues-
» tra pátria mientras vivimos; á todas
» partes llevamos nuestro mismo espí-
» ritu, virtudes y vicios; éstos no se
» circunscriben á determinado terreno;
» éstos nos hacen felices ó desdichados;
» tristes ó gustosos; libres ó esclavos:
» en esta inteligencia hallarse bien ó mal
» cuando mudamos habitacion depen-
» de en la mayor parte de nosotros
» mismos. ¡Cuántos no han visto el
» rostro á la felicidad, hasta que por
» medio de un destierro han salido del
» lugar de su nacimiento y crianza!
» ¡Cuántos voluntariamente se han des-
» terrado! ¡Cuántos despues de levan-
» tado su destierro no han querido de-

„jarle, afirmando no haber vivido mas
„tiempo que el que ha durado esta se-
„paracion de su pátria! Acordaos de
„las historias que para consuelo de
„nuestra peregrinacion tantas veces he-
„mos referido, particularmente las de
„aquellos ilustres romanos Rutilio y
„Marcelo. Pero ¿para qué me canso?
„¿Vos, mi Enrique: no estais tan
„desterrado de vuestra pátria en Si-
„miópolis, como en cualquiera otra
„parte de este continente? Pues exa-
„minad que era lo que ya os tenia mas
„tranquilo en esta capital y vereis
„que eso mismo os hará despues me-
„nos áspera la separacion de ella. No
„son los consejos que os dicta mi ca-
„riño meras consolatorias; desterrado
„estoy de mi pátria igualmente que
„vos por los altos designios de la Pro-
„videncia; y no obstante, vos mismo
„habeis sido testigo ocular de la prác-
„tica de ellos en mi persona, sin
„que contratiempos ni trabajos algu-
„nos me hayan hecho perder de vista
„la tranquilidad interior que siempre
„he juzgado digna de la grandeza del
„espíritu del hombre; sino os parece

» facil la ejecucion, creed que muchas
» veces aparecen dificiles las cosas, no
» porque lo sean en sí mismas, sino
» porque nosotros no nos atrevemos á
» ponerlos en práctica: esforzaos, conso-
» laos y contad en todo lance con vues-
» tro mas verdadero amigo

Roberto.

Con las reflexiones á que me exci-
taba esta carta, y que me sugeria mi
discurso, no solo tomé aliento pa-
ra sufrir paciente mi adversidad, si-
no para fortificar á Tulipan en su cai-
miento de ánimo. En fin, poco á
poco fuimos ganando la voluntad de
nuestros rústicos jueces, y á fuerza de
tiempo y de dinero conseguimos, que
bajo de fianzas se nos diese el lugar
por cárcel, y se nos permitiese alojar-
nos en una casa de las mas principales
del pueblo. Algunos meses pasaron
primero que estuvo la causa en estado
de sentencia; fue el caso que la parte
contraria era terca y con dinero: tenia
bien agasajado al asesor del alcalde que
era un abogado de la comarca, ham-
bron y capaz de detener años enteros

unos autos si le daban barro á mano y últimamente el escribano tenia con nuestro referido competidor cuentas pendientes sobre ciertas fanegas de trigo que le tenia tapada la boca, y desatadas las manos: ¡infelices nosotros, si nuestro juez hubiera entrado á la parte en su maldita coligacion! Mas este era uno de aquellos labradores pobres, pero honradísimos, de que estan llenos los pueblos de aquellos paises: era uno de los de aquella clase de gente que se tiene por incivil y grosera porque no está adornada de cuatro accidentes fantásticos, que constituyen á un mono cortesano; pero que en la substancia es el nervio del estado, el fundamento de las artes y el comercio, y á quien debe el príncipe su subsistencia, los poderosos su descanso, su lujo y sus relumbrones, las capitales su brillantez; por último en el cuerpo místico de la república, asi como el soberano tiene las veces de la cabeza, y las milicias togada y armada la de los brazos; esta clase ejerce la del estómago, oficina desde donde se fomentan todos los miembros, y se les da

vigor para que puedan cumplir con las funciones de su cargo: si el estado se halla extenuado, sus contribuciones le enriquecen; si el Rey tiene necesidad, sus donativos le desempeñan; si el reino ha menester defensa, sus mismos hijos dejan el hazadon y empuñan la espada; si se acusa de atrasada á la nacion, su industria lo desmiente. Tiéndase la vista sobre la campiña, y se verá hecha un jardin con sus labores, regada con su sudor; entremos en sus casas, y nos pasmará el gobierno interior con que las manejan sus esposas y compañeras; el aseo con que las adornan, y el admirable cuidado con que erian á sus hijuelos; y para no hablar indeterminadamente, yo me alegrára poder llevar á uno de estos nuestros erguidos palaciegos á la casa del honrado aldeano que nos hospedaba; no veria en él un ceremonioso embustero que encubre su pérfido interior con el velo de cuatro agasajos superficiales: no oiria unas frases hinchadas y en gerigonza, sin mas verdad en su objeto, que pureza en el language, no trataria con unos vende-

dores de humo , que asomando una falsa risa á los labios , disimulan su envenenado corazon ; no experimentaria la comun desigualdad de los necios presumidos , desdeñándose de mirar hoy al que ayer habian abrazado y dado testimonio de la amistad mas sincera ; no tendria que sufrir á un entonado poderoso con tantos artificios , mentiras y tramoyas , como se necesitan para cumplir con sus parentescos , empeños , intereses y pasiones á costa de sacrificar tal vez al inocente , tal vez al benemérito ; no observaria una figura ridícula , soberbia en sus pensamientos , soberbia en sus exterioridades , y aun en el andar á compás soberbia , exigiendo la veneracion y rendimiento de todos sus hermanos , solo porque por uno y otro lado va enjaezada , y lleva cuatro señales de distincion con que la honró el príncipe , las mas veces no por virtudes adquiridas , sino heredadas y conservadas vergonzosamente ; no tendria que tolerar... pero ¿para qué me canso y abuso del sufrimiento de mis lectores? veria en una palabra un sugeto digno de la mayor atencion y res-

peto, ingenuo en el trato, llano en la conversacion, verídico en sus promesas, humano con sus dependientes, honrado en su modo de pensar, moderado en su mesa y su vestir, exacto en sus obligaciones, y amigo sin doblez de sus amigos: así lo experimentamos Tulipan y yo en los tiempos en que disfrutamos su casa.

Aunque los primeros dias que pasé en esta aldea ya por la diversidad de vida, ya por la falta de trato me causaban indecible tedio, tiene tanta fuerza la costumbre, que poco á poco fui estando sino gustoso por el motivo á lo menos no enfadado. Tomó mi robustez nuevas fuerzas con el saludable aire que en ella se respiraba; allí gozaba del cielo y los elementos con entera libertad; la tierra me demostraba sus frutos en sí misma, y no tenia que tomar el sol por tronera, sino de cuerpo entero y abiertamente. El ejercicio que con licencia particular del alcalde hacia muchos dias por aquellos campos me fortificaba y excitaba el apetito; los mantenimientos como mas naturales, aunque groseros, no cargaban

mi estómago causando peligrosas indigestiones; los vicios (excepto la detraccion que tiene allí su domicilio) no corrían por aquellas calles en tropas desmedidas como observé en las capitales, habia mas rebozo, habia mas vergüenza; las conversaciones, no entrando á la parte (como he insinuado) las murmuraciones con que mordian las vidas y honras de sus convecinos, por lo demas eran inocentes, y aunque no de sustancia, estaban por lo comun libres de artificios y dobleces, de que tanto abundan las cortes y metrópolis: finalmente, aquel celestial fuego que anima á nuestro espíritu, que está violento siempre que se quiere tener como aprisionado, aquí elevando su vuelo libremente y reuniendo sus fuerzas, todo se entrega á delicados pensamientos y gustosas meditaciones, adquiriendo aquellos grados de ciencia de que era capaz y á que le conducia la vida campestre; la que hubo quien dijo era parienta consanguinea de la sabiduría: á lo menos es cierto que en su retiro contempla con sosiego exenta del bullicio de los negocios propios y agenos que tanto

turban en las ciudades, y de los oficios de civilidad ó visitas impertinentes (*) que solo son ladrones del tiempo.

Todo esto y mucho mas que omito en su corroboracion por no ser molesto es indubitable; apenas habrá tan embotado entendimiento, que no se convenza de las ventajas de la vida de la aldea: ¡cuántos grandes escritores han gastado suavísimos rasgos de sus plumas en alabarla y ensalzarla sobre la cortesana! No hay mas que decir, aun á Tulipan hacian fuerza las razones; esta es la mas exquisita ponderacion, porque aunque le habian dado muy buena crianza y eran despejadas sus luces, no

(*) Zacarias Ursino Breslawense, sugeto muy docto del siglo XVI, siendo enemiguísimo de la pérdida del tiempo, y hallándose fatigado de las continuas impertinentes visitas de sus amigos, puso en grandes caracteres estos versos á la puerta de su estudio:

*Amice, quisquis huc venis,
Aut agito paucis, aut abi,
Aut me laborantem adjuva.*

Esto es:

*Amigo, seas quien fueres,
Que has venido por acá,
O no gastes prosa ó marcha,
O ayúdame á trabajar.*

las tenia cultivadas mas que como la mayor parte de los caballeritos de su clase; cuatro exterioridades, media docena de noticias superficiales, una total instruccion de la insustancial etiqueta cortesana, andar en solfa y hablar por un vocabulario fastidioso que á todos se acomoda; asi es, que en llegando á delicadezas metafísicas y exquisitos profundos discursos del espíritu, se quedaba á buenas noches, y como si hablara en otro idioma que jamas hubiera saludado: véase pues qué demostrables son las ventajas de la vida rústica; con todo eso, como esto es convencimiento solamente del entendimiento, y la nobleza de esta potencia es tal que luego se da á partido con la luz de la razon; es todo ello muy bueno para la teórica, para escribirlo y para decir cosas muy gustosas en el asunto; pero en llegando á quererlas practicar, nos sale al encuentro la voluntad que no entiende de razones, y que es una potencia que por lo regular no está de acuerdo con el entendimiento, es poderosa y le avasalla, no se interna en el fondo de las cosas, se paga de oropeles y exte-

rioridades: la hace presente el entendimiento que el cargo es una verdadera carga pesada de quien le maneja que suele acabar abrumándole; pero ella se envanece porque ve relucir el vestido y brillar las piedras: el entendimiento hace visible por razon y experiencia, que las sumisiones y cortesías no son al sugeto, sino al empleo, y que quien le besa la mano quisiera cortársela, y ella se entona y pasa por de ley aquella falsísima moneda: el entendimiento la persuade lo transitorio y ridículo de toda especie de embelesos que la rodean; pero ella se deja halagar de todo lo sensual, y que mas dista de las verdaderas delicias del espíritu: esto puntualmente sucedia con mi amigo Tulipan y con mis discursos; convencíanle, se daba á partido su entendimiento, pero su voluntad repugnaba y se hallaba disgustada en extremo; aquí no veia el aparato y suntuosidad de los teatros, edificios y jardines de Simiópolis; no oia delicadas músicas, ni gustaba aquella especie de manjares y condimentos á que él estaba acostumbrado; así fue que cayó en una profunda melancolía:

yo que deseaba aliviarme, y tambien que se finalizase á cualquier precio aquella pesada y fastidiosa instancia, me estreché con el alcalde con quien ya habia grangeado algun ascendente, supliquéle el breve despacho, y le hice presente las facultades que le competian para compeler al asesor á que no detuviese mas tiempo los autos: el era un buen mono, hízose cargo de todo, montó en cólera, y me dió palabra redonda de evacuar el expediente, sentenciando la causa luego que pasasen aquellos quince dias, dentro de los cuales nos hallábamos que no podia ser antes, porque estos eran sumamente ocupados para los mas sugetos del lugar, y especialmente para el dicho asesor y el escribano, y asi era costumbre concederles estas vacaciones para que despachasen sus asuntos: dile repetidas gracias; y comuniqué á Tulipan una noticia para él tan plausible, y para mí tambien en lo que cabe; pues ya nos veiamos en términos de finalizar aquellas incomodidades que hasta entonces nos habian ejercitado.

CAPÍTULO XIV.

Llegada de Enrique y Tulipan á una universidad.

Como mi oficio y destino principal en aquellos remotísimos países era el de observador, no dejé de entrar en curiosidad y deseo de saber cual era el asunto tan preciso que en aquellos dias ocupaba el tiempo á aquella pobre gente; con este pensamiento fuí á mi patron que, como llevo dicho, era un honrado y machucho labrador de corbata y polaina, que á veces gastaba unas chuzonas, marrajerías que me solian caer en gracia: comuníquele la especie y prontamente me respondió: ¡oh! señor, este es tiempo en que se fatigan con la mayor solicitud y mas seria meditacion todos los mas vecinos del pueblo, y cuanto digo de este, tened entendido de los restantes de la comarca, y creo que de las demas provincias del reino; es tiempo en que no se piensa de otra cosa,

y ni en la estacion de las respectivas cosechas se anda con mayores afanes; estos son los dias en que no hay despensa en el lugar que no quede vacia; no hay cuba ni tinaja en las bodegas que no se deje desocupada, vereis un innumerable ejército de cántaros de arrope y miel, un prodigioso acopio de quesos, tortas, bollos y cuantas golosinas da de sí el pais; no hay cochino contra quien no se toque á degüello; no escarba gallo en los corrales que no quede viudo; no se encuentra capon ó pabo que no vaya atado cruelmente por los pies, publicando por esas calles á graznidos su desventura; en fin señor, todo es confusion y ruido en estos dias. Quedé aturdido de su relacion, que exageró con términos aun mas patéticos que los que yo aquí expreso: ¿y qué es esto, le repliqué, hay por ventura temores de rompimiento con alguna poderosa potencia, y son estas prevenciones municiones de boca que se preparan para vivir con precaucion, ó sucede por combinacion de ocultas causas la fatalidad de que se vuelven locos los vecinos del lugar por este tiempo?

Nada de eso , me respondió , porque ni son astrólogos , estadistas , arbitristas , ni metafísicos para temer lo segundo ; ni para lo primero experimentamos por acá una revolucion tan general y formidable ; es asunto mas grave el nuestro ; se trata nada menos que de los particulares intereses de cada familia ; sabed que se acerca el fin del año , y es invariable costumbre de estos naturales agasajar con todo género de frutos del pais á los vecinos de Simiópolis ; Simiópolis , aquella insaciable ballena , que con el gran mar que forman los pueblos de este continente , todo lo devora , todo se lo traga , despues que nos apura el dinero , ya en contribuciones ya en préstamos , ya en moños para nuestras antojadizas monas ; ahora es el tiempo en que exige como de justicia nuestros frutos , y cuantos comestibles estamos adquiriendo ó criando para todo el resto del año , y que nos han dejado de las temporadas en que vienen por via de desahogo á favorecer nuestros hogares.

En poco habeis dicho mucho , le repliqué ; pero me parece que no sois

exacto en lo que relacionais, pues se os quedan por contar las recompensas, que sin duda recibireis de los cortesanos. No creí, me respondió, que querais saber tanto; pero no tengo dificultad en decíroslas: por lo que hace al hospedage y obsequios que les hacemos cuando se dignan honrar nuestras casas, nos corresponden con dejarnos (no siempre) cuando vamos á la corte un papelon pintado en que está escrito su nombre, en la infeliz posada que nos está desollando; y nosotros quedamos muy huecos de haber merecido esta dignacion, y cuando vamos á pagarles la visita, suele un lacayo no permitir que pasemos de la escalera. Por lo tocante á los regalos, se han de remitir pagadas la conduccion y la entrada; se ha de decir que es una memoria y un atrevimiento; se ha de pedir perdon como de un delito; y luego se ha de exponer una rendidísima súplica para que nos hagan el honor de recibirlos; á todo lo cual corresponden firmando una carta que ni aun han leído, en la que se dan por bien servidos; ahora por no faltar á la verdad,

no puedo dejar de decir que algunos de mis paisanos envian sus regalos con una carta, que aunque no expresa, lleva esta tácita, pero indubitable cláusula: «Os remito los frutos de mi pais para que me recompenseis con los del vuestro.» Ya quereis saber cuales son estos: «Para que hagais un enredo que embrolle las picardías que yo estoy haciendo en el lugar: para que me proporcionéis un empleo de justicia para el año que viene, porque me la ha de pagar cierto vecino que me tiene agraviado: para que se me pasen sin repugnancia las cuentas de lo que ha estado á mi cargo: para que á mi pariente ó mi paniaguado se dé un acomodo que ni merece ni entiende.» Lo peor es que asi sucede muchas veces, y si conociérais bien el lugar, yo os citara ejemplares; pero basta que se me va la lengua, y de una narracion simple me voy pasando á una odiosa mordacidad.

Quedé á fondo informado de los gravísimos motivos que retardaban la conclusion de nuestra causa; por fin, para abreviar, estuve alerta, y pasados

algunos dias , antes que con el año entrase nueva justicia y hubiese nuevas dificultades , insté importunamente y logré que se diese sentencia definitiva; en ella se nos condenó en costas , en el gasto de la cura de los heridos (que se echó por largo) y en una multa no chica. No quisimos apelar de tan injusta sentencia cansados de litigio , y tuvimos por menos malo que lo pagase el dinero ; la consentimos y cumplimos inmediatamente, y dispusimos para el siguiente dia nuestra marcha.

Al cabo de dos jornadas descubrimos inmediato un pueblo , cuyas torres y edificios demostraban que era de alguna consideracion : esa , señores nos dijo Orozuz , es una ciudad no grande, pero muy ilustre ; antiguamente fue bastante populosa , mas ahora está algo destruida ; no obstante no deja de tener algunos monumentos , cuya especulacion satisfará vuestra curiosidad , mayormente la del señor Enrique por su gusto de la instruccion y literatura, porque este pueblo es un estudio general adonde concurren de todas partes del reino cuantos solicitan aprender funda-

mentalmente alguna facultad. Recibí con esta noticia el mayor gusto que puede imaginarse, porque se me proporcionaba enterarme en este punto lo que en toda mi detencion en aquellos países no habia podido lograr; en esta inteligencia determinamos resueltamente buscar una decente posada, y detenernos en Polymatia (que así se llamaba aquella ciudad) todo el tiempo que fue necesario para llenar mis deseos; descansar de las fatigas pasadas, y avisar á nuestras casas para que nos socorrieran, porque ya estaba dando boqueadas el bolsillo con los grandes gastos ocurridos.

Llegamos justamente á tiempo que encontramos por las calles una porcion de figuras á caballo, la mayor parte de ellas tan ridículas, que desde luego conceptuamos que era una mogiganga: Tulipan, como mozo, se divirtió mucho con aquel gracioso espectáculo; y al punto que nos vimos en nuestra posada preguntamos que á qué asunto se hacian fiestas en la ciudad, porque habiamos encontrado la máscara burlesca al entrar en el pueblo: no pudo

detener la risa nuestra huésped, y nosotros quedamos mortificados creyendo que se nos burlaba : no os ofendais, nos dijo prontamente, que mi risa solo nace de lo desprevénida que me ha cogido la sinceridad de vuestra pregunta, mucho mas cuando habeis formado un juicio tan contrario del fin de lo que habeis visto: habeis creído burlesco el acto mas serio y grave que tenemos en la ciudad; esta que decis mogiganga es una lucida y pomposa cabalgata, en que va como en triunfo uno de aquellos grandes personajes, que despues de pasar por largos y penosos trabajos literarios, coge mañana el incomparable fruto de ellos, desposándose públicamente con su facultad, y coronándose del inmarcesible laurel que le deja famoso en la nacion por todos los siglos de los siglos si ella durase tanto. Asi será, replicó Tulipan; pero los medios para hacer magnífica esa funcion, si son como los que esta tarde hemos visto, no están tomados con tanta proporcion como para un efecto tal se requerian; es cierto que marchaban con gravedad y mesura algu-

nos de los sugetos del acompañamiento; pero esto me parecia tanto mas extravagante, quanto lo hacian al compás de una música ratonera de desconcertadas chirimias y rancos bajones, alternada con los desatinados golpes de unos antiquísimos atabalillos, compaseados por un par de bribones vestidos ridículamente y tan borrachos que iban bamboleándose sobre los rocines: y omito otras particularidades, porque no las pude descifrar al paso menudamente; pero creo que por su término han de tener mucha parte en lo risible de ese acto tan serio que ponderais, y que no dudo que por su objeto asi deberia ser.

Yo quedé con vivos deseos de presenciar esta funcion á otro dia, y asi habiendo sabido que era en parte en donde se permitia generalmente la entrada, fuí allá con bastante tiempo para no perder cosa alguna de ella; seria largo y de ningun interes para mis lectores particularizarla del todo; baste decir que luego que pareció en el teatro el candidato, conocí que era el hijo del señor Romero, de cuya educacion tengo hablado ya en otro lugar de es-

tas memorias: muchas cosas admiré en este lance, y entre ellas con particularidad, lo uno que siendo hijo de un mono de tanto poder y manejo, se cansara la cabeza en lo que, segun el concepto del pais, no es destino sino de desvalidos y pobres; y lo otro que en pocos años y con menos de medianas luces hubiese venido á un término adonde no creí yo fuese posible llegar sino despues de muchos, y de un incesante estudio que recayese sobre un entendimiento despejado. Trabé conversacion con un mono que estaba inmediato á mí envuelto en una ropa talar negra, desaliñado el cabello, y no de lerdo el semblante, y entre otras cosas le propuse estas dificultades á que me satisfizo prontamente haciéndome saber la refinada astucia del padre del laureando, y que por sus asuntos y fines particulares queria colocar á su hijo en los tribunales del reino, y como por mas que intentasen favorecerle los que habian de hacerlo, seria muy violento arrancarle de los brazos de su madre para poner desde luego en sus ignorantes manos la honra, la vida y hacienda

de los vasallos; por tanto se coloreaban los defectos con enviarle cuatro dias á aquella ciudad, en donde jugando y paseándose á satisfaccion, se habia proporcionado en la cuarta parte del tiempo al logro del último premio en el orden del mérito literario, para cuya consecucion tienen que afanar los que navegan á palo seco largos años, no perdiendo tiempo, y cultivando los talentos con una continua aplicacion; aquello se hace facilmente; se ganan cursos que no han corrido; se acrecientan años imaginarios; se ponderan adelantamientos que no existen; y si en los enredos que para la fábrica de esta maraña son necesarios, se levantan algunas contradicciones, ó se oponen algunas dificultades, toma parte en el asunto la autoridad y poderío del señoron, y á sus insinuaciones, llenos todos de un temor servil, bajan la cabeza y entran por el aro: condecorado ya el niño con tan lustroso sobrescrito, se empiezan á ponderar sus méritos, se grita su atraso, se esfuerza el empeño, y por fin se le sienta en un tribunal para que á diestro y siniestro disponga

de cuanto hay mas digno de consideracion en la república: ¡qué felicidades no debe prometerse el estado de semejantes patricios que tienen que ser en lo sucesivo columnas que le sostengan! ¡Con qué ejemplos podria corroborar cuanto os he dicho! Pero mas vale poner fin á semejante conversacion, porque en llegando á este punto suele no encontrarse la moderacion muy á mano.

Aunque hubiese algo de ponderacion en las expresiones del escolar, bien comprendí que no le faltaba razon en lo que decia; como en Simiópolis habia estado yo largo tiempo, y lleno de introducciones, pude conocer mucha parte de estas verdades. Hay allí no pocos personajes que por varios modos procuran escalar á la cumbre de la fortuna, aunque no sean los mas decentes ó los mas justos, con tal que les parezcan los mas proporcionados á sus ideas, no tienen reparo en ponerlos en práctica. El señor Romero era un bribon de cuatro costados; prodigalizando sumisiones, y á costa de una desmedida adulacion habia llegado hasta un puesto respetable; no habia reparado en los

medios de conseguirle, que aunque fuesen algo oscuros, poco importaba (como él decia) si la consecucion era brillante. Me acuerdo que siempre que concurría con él, que era con frecuencia, le observaba, le oía, y cada vez admiraba mas que los primeros personajes de la monarquía no se desdenasen de su trato; me pasmaba ver que no advirtiesen sus máximas. ¡Qué palabras tan inchadas, pero tan sin sustancia! ¡Qué arqueamiento tan misterioso de cejas, pero para tan ridículas materias! ¡Qué bufon con capa de seriedad! ¡Que murmurador maldiciente en ausencia de los mismos que le favorecian! ¡Qué soez lisonjero á vista del poderoso! ¡Que ingrato, últimamente, por no ser molesto, con aquellos mismos sugetos que fueron el instrumento para su felicidad! Un monstruo de tal naturaleza no es extraño que condujese á su hijo por la senda del valor, aunque fuese echando por los atajos de la injusticia.

Queria seguir su conversacion el estudiante, yo le hice callar para que me dejase atender al panegírico del graduando, para el que se prevenia un

monillo de poca autoridad por su figura, pero de grande desenfado: comenzó por una baja y adulatoria alabanza de los circunstantes, y siguió con una larga exposicion del árbol genealógico del señor Romero; yo me persuadí á que faltó de tela de los méritos propios de su héroe, le fue preciso echar mano de su nobleza para que hubiese alguna parte por donde asirle, y él pudiera llenar la media hora de su oracion. El estilo de ella, el método, la fuerza, el fuego, las imágenes, todo iba por una misma línea, todo era bajo en el orador, menos el tono; á fuerza de chillidos queria sin duda que los circunstantes entendiesen sus discursos; difícil empeño siendo tan corta la porcion de sus verdaderos literatos. Era el caso que esta arenga se pronunciaba no en la lengua del pais, sino en un idioma que fue propio de ciertos antiguos conquistadores de aquellas provincias; y la magestad y extension de dicha lengua, agregándose el ser ya muerta, habian originado una dificultad tan grande en poseerla, que era muy raro el que se dedicaba á apren-

derla fundamentalmente ; así acontecia que por lo general se contentaban los doctores monos con la mera inteligencia de los ramplones y bárbaros terminotes que usaban en las escuelas para sus respectivas facultades. Jamas pude hallar genuina razon que me determinase á creer menos útil y razonable el tratar fácil y cultamente en el idioma pátrio las ciencias que bárbaramente en otro extranjero, entendido de pocos y con grande dificultad ; pero demos de barato que para ello haya razon convincente , ¿ la podrá haber para que así se ejecute en las arengas públicas ? ¿ No las dicen para que sean atendidas y entendidas de todos ? Pues el comun del pueblo no ha saludado este su amado idioma.

Aquí reflexioné el poco honor que hacian á su lengua, y cuanto descuidaban su propagacion y estudio, siendo así que yo, en cuanto puede alcanzar un forastero, la contemplaba por una de las mas abundantes, sonoras y doctas, sin que me quede duda de que en ella se puede formar cualquiera expresion ó cláusula, y toda oracion retórica por mas elegante y magestuosa que

quiera significarse, sin que deba reconocer ventaja en las mas cultas que tiene ni tuvo jamas aun nuestra Europa.

Finalmente, mucho de lo restante que fuí viendo en aquella funcion me admiró en extremo; lo cierto es que lo mas de todo ello era meramente ceremonial: el grado fue de jurisprudencia, y la cuestion se propuso de ética; se formaba una dificultad y no se daba la solucion; se presentaban al laureando unas armas impertinentes (segun mi mala inteligencia) y le daban el ósculo de paz muchos de los que (segun el embayetado sopista me advertia) solicitaban perderle. Asi poco mas ó menos pasó el resto del cúmulo de ceremonias que en breve tiempo fueron allí ejecutando: acabáronse estas, y volvió á resonar el desconcierto y rechinido de sus descomunales instrumentos; y yo conociendo que aquel era ya el último victor con que aplaudian al graduado, me retiré hácia mi casa acompañado de mi nuevo Mentor el sopista, de quien esperaba algunas noticias que me ilustrasen en aquellos particulares en que mas deseaba ser instruido.

CAPÍTULO XV.

Observaciones acerca de las ciencias de aquellas provincias.

A pocas instancias que Tulipan y yo hicimos al escolar se nos quedó de convidado: era bastante despejado de genio y antiguo en la carrera de las letras, en cuya inteligencia dí por supuesto se hallaria ya con aquellas graduaciones que le correspondian, mayormente cuando de su explicacion y viveza colegia yo no lo habria omitido por defecto de suficiencia, pero él prontamente respondió: muchos años me sobran, señor, por lo que hace á tiempo para haber cogido este lucido fruto que dan de sí las tareas literarias, y por lo que hace á aptitud yo he visto que muchos á quienes he sido capaz de dar instruccion, han ejercitado y salido de sus funciones con aplauso; bastante prueba me parece: pero aunque me hallo adornado de estas indispensables

cualidades, me faltan otras dos no menos precisas cuando no se quieran tener por de mayor monta; estas son el favor y el dinero: ¿qué? ¿os admirais? direis ¿qué connexion tienen el dinero y el favor con examinar y escudriñar á fondo la suficiencia de un sugeto estudioso? Parece que poco era necesario de uno y otro para este efecto, pues os engañais: aquí nada se hace de oficio: la rigurosa prueba que exigen nuestras leyes, se ejecuta con asistencia de un numeroso concurso de examinadores, y á cada uno de ellos se recompensa con una buena cantidad de maravedises, sin ella ninguno asiste, y sin su asistencia no hay exámen; al mismo tiempo, este coro de sábios, estos luminosos astros (segun ellos se creen) de las ciencias tienen la debilidad de estar divididos en varias facciones y partidos; unos con otros se sostienen, porque los unos tienen miedo de los otros, y el infeliz que porque no anda vestido de colorado no es del un bando: ó porque no anda de morado no es del otro, es víctima de sus odios, de sus caprichos y de su torci-

da intencion ; no faltan entre ellos algunos de invencible rectitud y de nobleza de corazon , pero son muy pocos , y aunque estos franqueen su patrocinio á un desvalido , no basta para hacer frente al numeroso ejército de los revoltosos abanderizados. Ved pues la necesidad que hay de dinero y de favor para incorporarse en la venerable comunidad de los doctos.

Instruido en este punto , deseando me sucediese lo mismo en cuanto á las facultades que allí se estudiaban , le pregunté si por ventura me seria posible ir á otro dia á las escuelas á oír la explicacion de los archi-maestros de las ciencias, expecialmente la de los depositarios de la sabiduría legal, aquellos vivientes archivos de los decretos de los príncipes ; en una palabra, aquellos insignísimos jurisconsultos, que sin duda serian de lo mas excelente que se hallaria en aquel reino , pues eran los maestros públicos, á cuyo cuidado estaba el formar el corazon, é ilustrar el entendimiento de los jóvenes que en adelante habian de ser las columnas de su pátria, y en cuyos hombros habia

de apoyarse el grave peso de la administracion de justicia. Mañana, me respondió, solo hay unas conclusiones públicas de filosofía; si hubierais venido dos dias antes las hubierais oido de jurisprudencia, en las que hubierais tenido la satisfaccion de comprender un rasgo de lo mas refinado de la enseñanza de esta ciencia, que tambien podreis oir de sus oráculos cuando desde la cátedra difunden sus luces entre sus oyentes: hubierais entendido á fondo las doctrinas correspondientes á los siervos, á las manumisiones, á los libertos y libertinos, á los adscriptos al césped y colonos, á la potestad pátria, á las emancipaciones, adopciones, adrogaciones y sus respectivas formalidades, á la autonomía ó derecho de vivir segun sus propias leyes que tenían ciertas antiguas ciudades, á la formacion de los testamentos en las públicas asambleas, á la silla, vestidura y preeminencias que corresponden al flamendial, al agonóte-ta, al edil, al censor, y á otros cuantos caballeros de semejante pelage que solo por el nombre hemos conocido. Allí hubierais visto como se alambicó

el sentido de las leyes contenidas en unos antiquísimos librotos, digeridos por orden de un cierto señor, cuyas letras están tan en duda, que ha habido quien se atreva á asegurar que no supo leer; y compuestos de retazos, oraciones mutiladas y sentencias dichas á otros asuntos por unos sábios juriconsultos de escuelas absolutamente contrarias y enemigas; pero gracias á los glosadores é intérpretes que despues vinieron, que se esmeraron en concordarlos, y se empeñaron en que no habia entre las innumerables especies de tantas decisiones y pareceres la mas mínima contradiccion; ello no es dudable que se llega á ciertos casos en que se encuentran contradictorias las sentencias; pero ¿qué dificultad hay en que no queden acordes siempre que se quite el *no* á la negativa, ó se añada á la afirmativa? Esto con echar la culpa al descuido de los copiantes está concluido y conseguido el fin: por último, hubierais allí visto con qué ardor se encendió la disputa sobre el modo de entender una de estas leyes; mas de una hora duró el argumento, y finalmente

se quedó cada uno en su opinion sin que le convenciesen las razones del otro: tambien es cierto que importaba poquí-simo cualquiera de los convencimientos, porque como los asuntos dichos son materias que del modo que las tratan por acá no están en práctica, y el voluminoso cuerpo de leyes sobre que se sufre el trabajo citado, y la mas seria ocupacion del estudio legal de esta ciudad, es de unos decretos, acuerdos, establecimientos y pareceres con fuerza de ley, dispuestos y proporcionados para otras gentes distintas de las que en el dia ocupamos este continente, y adecuados á unas circunstancias y tiempos absolutamente diversos de los presentes; nada quiere decir para la jurisprudencia simiopolitana, que aquellas leyes se entiendan en uno ú otro sentido; que sus compiladores errasen ó no, y que entre ellas haya ú no verdadera contradiccion: será muy buena para unos discursos académicos, y para una erudicion útil algunas veces y muchas pedante; pero estoy en que se pierde mucho tiempo del que deberia ocuparse en el estudio de la jurisprudencia del país.

¿Pues qué, le repliqué inmediatamente, no es la jurisprudencia patria la que se explica en vuestras escuelas? De un gran número de cátedras, me respondió, que hay en ellas con destino á la enseñanza de las leyes, apenas hallareis una en que se hable algo de las del pais, y en esta como de gracia, de paso y solo de una pequeña parte del grande y juicioso cuerpo que tenemos de ellas; en todas las demas cátedras, y comunmente en las públicas conferencias y actos, solo se trata de las dichas antiguas, de las que unas son solas conocidas por el nombre, otras contrarias á nuestros establecimientos y circunstancias, y las que se adecuan á nuestras pragmáticas sanciones, no tienen á lo mas otra fuerza que la de un autor grave y de primera nota. Pues yo desisto, le dije, del intento que os insinué tenia de oír á vuestros jurisconsultos teóricos, porque para escuchar disertaciones académicas eruditas no necesito tomarme este trabajo, y yo estaba inteligenciado de que aquí no se venia á aprender antigüedades precisamente, sino lo que

conducia á juzgar y defender las causas que ocurriesen en la nacion, arreglándose á sus leyes y establecimientos; pero si de estas no se trata, ya conozco que el que se haya de destinar á este fin, tiene que hacer por sí un estudio muy distinto del que le dieron vuestros maestros. Tampoco quiero deciros, añadió él, que todo el trabajo que en esta materia se hace de las leyes, costumbres y establecimientos antiguos de las dichas gentes sea inútil y tiempo perdido; es esta instruccion muy útil y digna, considerada en todas sus partes para los maestros de la facultad que dedicados al único fin de la enseñanza deben entender radicalmente cuanto es concerniente á ella; pero si digo desde luego que á los jóvenes que vienen á habilitarse para el foro, se hace perder por mi cuenta mas de la mitad del tiempo, cargándolos con un fárrago de noticias impertinentes para su destino, dejándolos vacíos de las que necesariamente deben saber y tienen que aprender despues; en una palabra, permítase que por aquel rancio método, y aquellos

rudimentos aprendan algunos principios, y cuanto es análogo á nuestros establecimientos, y desembarácese el camino que emprenden de lo enmarañado de tantas sutilezas de derecho, fórmulas inusitadas, leyes abolidas, disputas ridículas, formalidades impertinentes y especies sueltas, sustituyendo en su lugar un exacto conocimiento de las leyes del país así antiguas como modernas, sus revoluciones, las causas de la abolicion de muchas, sus loables costumbres, la creacion, autoridad y oficio de sus tribunales y jueces, y por último cuanto es concerniente á nuestro derecho público, para lo cual tenemos entre nuestros autores de jurisprudencia muchos y muy excelentes sin necesidad de ir á mendigar instruccion extranjera que en muchos puntos no puede enseñarnos, lo que la de los maestros de dentro de casa: tanto mas necesario es esto (cuanto (para hablar con las palabras de un escritor moderno) «es tanta, á la verdad, la multitud en el día de derecho y de leyes en todas partes, y la confusion que de aquí ha nacido que

„jamás hubo siglo desde el principio
„del mundo ni hay al presente reino
„alguno ó república en donde bajo el
„pretexto de derecho mas peligrosamente se yerre, y de tal modo se
„oprima la justicia, é impida la ejecución de las causas juzgadas, como
„ahora acontece despues que renació
„el derecho y que nos le imaginamos
„como bajado de los cielos; como suele experimentarse en aquellas provincias en donde mas florecen la ciencia y razon del mismo derecho, y
„se vocifera que está en práctica con
„mayor actividad.” Me pareció que no iba descaminado el buen escolar, y no quise apurarle en esta materia, porque no me dijese mas de lo que nadie ignora.

Preguntéle despues acerca del estado de la medicina, y me dijo otras tantas preciosidades, aunque por lo que hace á incertidumbre, atrasos y defectos no podia por mas que se esforzase adelantar á lo muchísimo que dicen sus mas celebrados escritores facultativos y críticos; añadió que todos los dias se disputaban agriamente en

sus escuelas, pero aun no se habian decidido las cuestiones (de poquísima importancia) sobre si mata ó sana la sangría; si restituyen ó aniquilan la salud ciertas pócimas; si algunas enfermedades provienen del hígado ó del bazo; si de frio ó de calor; si de cólera ó flema; últimamente sobre las innumerables opiniones de la práctica, y las interminables de la farmacéutica, en las que de nada menos se trata que de nuestra salud. Estoy muy persuadido, le repliqué, á cuanto en esta materia tiene que padecer nuestra miserable vida; pero no es dudable que el dia de hoy ha logrado grandes adelantamientos esta facultad con las explicaciones anatómicas, las que se harán aquí, como es regular y debido en un estudio general. No, señor, me respondió; aquí no conocemos á la anatomía mas que por el nombre: nuestro sábio gobierno bien ha intentado establecerla en esta ciudad, como en otras partes del reino lo ha hecho, logrando por medio de sus disecciones admirables progresos en la medicina y cirugía, no siendo ya comprensible que

pueda perfeccionarse en estas facultativo alguno sin la esencial ayuda de aquella; pero como nosotros naturalmente repugnamos los establecimientos modernos, siendo testarudamente secuaces de la antigua costumbre, sin que haya quien nos convenza de las mejoras que de otro modo podemos lograr, hemos hallado un millon de ostáculos, y otros tantos motivos de representar á la superioridad, para evitar por este medio, ó á lo menos retardar sus acertadas disposiciones, y asi tenemos la fortuna de conservarnos aun en el método antiguo con la medicina en mantillas, y una tintura de cirugía honoraria. ¡Oh! ¡cuánto tenia que hablaros sobre esta materia, sino temiera molestaros! ¿Será creible que de un arte en que se interesa tanto no haya sido posible á la hora de esta desterrar el espíritu de sistema tan funesto para nuestra infeliz naturaleza? La vida y la salud son los mas preciosos dones que tenemos que conservar: ¿qué cosa mas proporcionada y digna del ingenio de los mortales, que hallar entre los despo-

jos de la muerte los principios para aliviar ó curar las dolencias de los vivos? ¿Qué semblante tan diverso tomarian estas importantísimas facultades, si en lugar de andar haciendo analisis de ciertas cuestiones impertinentes meramente teóricas, y de enredarse en un intrincado laberinto de aforismos extravagantes, se aplicarán sus profesores (hablo de mi estudio que en los demas no sé lo que pasa) á descubrir el oscuro principio de nuestros males? ¿Si en lugar de hincharse, luego que pueden andar en mula y llevar sortijon, desdeñándose de subir á una guardilla á visitar á un pobrecito desvalido, fuera cuando en los hospitales y entre desdichados se cubrieran de gloria y honor por dar la salud á un miserable prójimo, demostrando en su caridad el desinterés, y en el feliz éxito su ciencia? ¿Si en vez de ser unos charlatanes sin sustancia, fueran unos exactos y profundos observadores de la naturaleza, especuladores del temperamento del enfermo y síntomas del accidente? ¡Oh, como no harian al débil estómago del doliente campo

de batalla de sus tisanas, drogas y venenos! Vendrian á conocer con algunos (aunque pocos) de sus compañeros, que á fuerza de su infatigable estudio han llegado á la fortuna de desengañarse, que generalmente hablando, obra la naturaleza en la nutricion del cuerpo animal del mismo modo en su proporcion que en la intusuncion del vegetable; y asi como las plantas enferman, se marchitan, y finalmente se secan por la espesura ó falta de este admirable suco que las vivifica; asi nuestra vida falta, ó nuestra salud padece por la coagulacion ó dificil circulacion de la sangre y demas humores; y de aqui es que experimentamos diariamente cuanto se recobran nuestras fuerzas caidas, y cuanto se alienta nuestra salud debilitada con la aplicacion de las plantas olorosas y balsámicas; porque como abundan de sales volátiles, son muy proporcionadas para disolver la sangre, haciéndola circular fácilmente, y que tome su antiguo equilibrio. ¡Qué secretos maravillosos tal vez encerrarán en sí á favor de nuestra vida esos sim-

ples de que no hacemos caso por falta de la meditacion y espíritu de solicitar nuevos descubrimientos! Tal vez un tísico, un hidrópico, un rabioso, un gotoso, y otros que tenemos en el dia por incurables hallarán por los campos una simple yerbecilla, que fácilmente los restituiria al estado de sanidad. No ha muchos siglos que á los repetidos experimentos de los que no eran facultativos, debió la salud pública el descubrimiento del mas cierto febrífugo, del simple mas maravilloso de cuantos hoy se conocen: si los facultativos se aplicaran á investigar todas sus virtudes, ¿de qué beneficios no les seriamos deudores? Hasta estos inmediatos tiempos ha estado encubierta la importantísima de su eficacia para atajar la gangrena; parece que próspera la naturaleza puso en tal vegetable un sánalo todo, ó un árbol de la vida. ¡Pero con qué abandono se ha mirado hasta ahora que uno ú otro sábio les va dando en rostro con su ignorancia!

Hice punto á su conversacion, porque me diese otras noticias, especial-

mente tocante á la educacion de la juventud, y en consecuencia de ser aquel un estudio general, supuse tendrian cátedras de lenguas. Sí, señor, respondió al punto, cátedras hay de lenguas, en donde los jóvenes pierden los años mas preciosos, y los mas aptos para aprender una infinidad de conocimientos útiles á la sociedad, y para el adelantamiento de las ciencias superiores: en ellas se les enseñan unas lenguas muertas que solo practican (y esto los maestros) á fuerza de lo que llaman imitacion, y en realidad no es mas que robo de períodos, estropeamiento de cláusulas, afectacion de estilo, y finalmente su conjunto una algarabía bárbara y risible, por lo que se dijo alguna vez, que si resucitaran los que las poseyeron antiguamente, podian estar seguros de que no los habian de entender.

No obstante que sus mas insignes pedantes no pueden dejar de conocer, que cuanto mas quieren en ellas perfeccionarse, tanto mas inútilmente trabajan, y que no son capaces de recibir de ellas el menor conocimiento

de las gentes con quienes han de vivir, con todo eso estan imbuidos en que en ellas se encierra la universal sabiduría. No es mi ánimo levantar aquí el grito contra todas; la constitucion de estas provincias exige que para algunos fines, los que se dirigen á ellos, tomen alguna instruccion, especialmente en una de ellas; pero no soy de parecer de que sea necesaria para otros usos en que se emplea el dia de hoy, llenándonos nuestros académicos los oidos á cada paso de solecismos, barbarismos y emistichios desfigurados, ignorando al mismo tiempo las que reinan actualmente en diversas partes de esta bella ilustrada porcion del mundo: no hallareis uno solo de estos nuestros impertinentes gramáticos, cazadores de vocablos antiguos, espíritus débiles, sujetos á un diccionario que no entienden, que (como no haya salido de este pequeño recinto) sepa manejar una de las eruditas é instructivas obras que continuamente estan produciendo las naciones vecinas nuestras: mas ¿qué digo de los libros extranjeros? No creais pondero, os llenareis

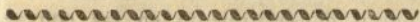
de aquel no sé qué, compuesto de burla y cólera, risa y enfado, al comprender que estos atentos investigadores de las palabras, figuras, tropos y propiedad con que hablaron los que habitaron el mundo diez y seis ó diez y ocho siglos hace, no pueden formar dos cláusulas en su idioma nacional sin dos docenas de errores. Llegaos á ellos, y decidles que os distingan las voces bajas y vulgares de las elegantes y limadas; las frases admitidas y usadas de las bárbaras y antiguas; que os expliquen las figuras que mas adornan á nuestra locucion; el estilo y sus diferencias; la eleccion de vocablos; en una palabra, todo lo concerniente á la gramática y retórica simiopolitana, y hallareis que de nada entienden menos que de esto; ni aun las conversaciones familiares les oireis, sin que advertiais, no obstante ser extranjeró, un sinnúmero de vulgaridades y absurdos: todo esto depende de falta de estudio del propio idioma, y sus modificaciones; cada uno le posee al natural, y si logra algunos adelantamientos es á costa del particular y privado

trabajo que ha hecho en él, porque se cree que para esto no es necesaria la pública enseñanza.

Otros diversos puntos tocamos en el discurso de nuestra conversacion, y por el todo de ella llegué á comprender el gran fondo que habia en aquel su estudio, para poder ser admiracion aun de los mas celebrados, si se enmendaran los defectos que se le notaban mas palpables: aquellos grandes sugetos que indubitablemente producian en toda especie de literatura, eran mas dignos de admiracion, cuando se consideraba el particular trabajo que se habian tomado para salir consumados; pues hablando en verdad, no puede dejar de decirse, que (aunque pocos) habia algunos dignísimos personajes en todas las facultades, cuya gravedad, magisterio y complexo de circunstancias igualaban sino excedian á cuantos con razon celebramos en nuestra Europa. ¡Qué adelantamientos no habrian conseguido estos mismos, si en los mas preciosos años, en aquellos que son proporcionados para los rudimentos de todas las artes, no se les hubiera pre-

cisado á perder la mas noble porcion del tiempo, guiados por unos maestros pedantes, y dotados de un risible orgullo; envueltos unos en las ideas y fantasmas de una tenebrosa lógica, otros en los sistemas, muchas veces quiméricos de la mas oscura metafísica; estos ocupados en hojear el voluminoso cuerpo de innumerables autores miserables copiantes unos de otros, aquellos fatigados en llenar la memoria con el crecido fárrago de inútiles fechas, épocas y textos; y todos ellos unos lastimosos egoistas, que pretenden ocultar la pobreza de su entendimiento á fuerza de enredos y sofismas! Por mas despejadas que sean las luces de los particulares, de quienes él iba hablando, no pueden hacer los progresos que despues se dejan ver, hasta que pasada esta tempestad salen del poder de semejantes necios, y á costa de indecible trabajo, depuesta la preocupacion y con el favor de algun verdadero sabio, ó de la buena eleccion de escritos logran introducirse en el pais de la ciencia y la verdad. ¡Ojalá no fueran tan ciertos, como hemos in-

sinuado, estos perjuicios, aun en lo mas cultivado de nuestra Europa! Y mucho mas ¡ojalá por enmendarlos no hubiera declinado al contrario extremo un maligno escuadron de decantados filósofos, cuyas venenosas máximas han llegado á infestar lo mas sagrado! Pero demasiado sério es esto para quien solo escribe por ahora las memorias de su viage al pais de las monas; volvamos á nuestra pertenencia, sin meter la hoz en mies ajena.



CAPITULO XVI.



Prosigue la materia del capítulo antecedente.

No faltó á la mañana siguiente nuestro escolar, que vino para acompañarnos segun habiamos proyectado el dia antecedente. Dirigímonos á la universidad para oir las conclusiones filosóficas que nos habia anunciado el tal sopista: ya estaban desgañitándose desa-

:

foradamente cuando llegamos, tomamos asiento sin interrumpir la funcion, y á pesar de la confusion de los gritos, á poco tiempo pude comprender la importantísima cuestion que se estaba ventilando; toda la terquedad ó disputa se sufría sobre averiguar, por qué debian ser tenidos aquellos dos huesos que salen de la boca del elefante por los lados de la trompa: el sustentante defendia, que eran verdaderos colmillos y no cuernos; ya por la antigua costumbre de llamarlos asi el comun consentimiento en las conversaciones familiares; ya porque el parage de donde salen es el de los dientes y colmillos, como tambien por su figura y pulimento sin que lo desmienta la solidez, de la cual carecieran sino lo fuesen; ya porque en los cuernos, si se especulan cuidadosamente, se hallan ciertos círculos que cada año se van aumentando uno á uno, lo que no acaece en los dientes; ya porque solo los brutos de pesuña hendida tienen cuernos, lo que no se verifica en el elefante; y últimamente porque asi lo escriben doctísimos autores filósofos

y naturalistas, que con todo magisterio se ponen á examinar á fondo la gravedad de esta y semejantes cuestiones: nada de esto hacia fuerza al que argüia, queriendo convencer que eran verdaderos cuernos: no la costumbre, porque esta, decia, se funda en una impropia y vulgar locucion; no el parage, porque aunque es cierto que salen por la boca ó las encias, su nacimiento se halla en el cráneo, y su nutricion proviene de las venas cefálicas, todo lo cual es propio de los cuernos, sin que los deba desnaturalizar la direccion que despues toman; pues aunque se halla sobre la nariz, no deja de ser cuerno el del rinoceronte: aun mas: la razon de su figura no contradice á que sean cuernos, pues estos las admiten muy diversas, como se vé en la variedad que hay de animales cornudos, siendo tambien los de algunos sólidos, y sin tales círculos anuales; asimismo aunque generalmente son de pesuña hendida los brutos que tienen cuernos, no es esencial esta particularidad, pues en algunos otros animales que no la tienen, se han visto

muchas veces, sin exceptuar los volátiles y reptiles con diversidad de consistencia, configuracion y lugar de su nacimiento: yo en cuanto á los autores que patrocinaban la opinion contraria, reponia otros tantos de no menor nota que sostenian la suya; añadia á esto otras razones de mucha consideracion en favor de su sentencia como eran, que aquellos huesos se hacian flexibles, se domaban al fuego, y se prestaban fáciles á la industria y al arte, admitiendo cualquier figura plana, cuadrada ó circular, todo lo cual conviene á la materia de que se forman los cuernos, y no á la de los dientes y colmillos; y últimamente, que segun las observaciones de los naturalistas, el elefante los muda y renueva muchas veces, lo que no haria si fuesen colmillos, y sí siendo cuernos, como se observa en los ciervos á quienes acontece esta renovacion en los suyos. Sostenian vigorosamente los dos su parecer sin darse por vencidos; enardeciéronse los ánimos, y de los silogismos vinieron á las desvergüenzas; saludáronse mutuamente con un tur-

bion de dictérios , y poco faltó para tirarse las gorras; pero el que presidia en la cátedra fue el iris de tanta tormenta: levantóse con gravedad, echó el compás con la mano, destosióse, y con un semblante risueño, mirando á todos lados para conciliar la atencion de los circunstantes, dijo mesuradamente arqueando las cejas: verdaderamente, señores, que el punto es árduo; la importancia de la decision está bien patente: ¡ahí es nada! ¡averiguar si son colmillos ó cuernos aquellos, ó sean adornos ó defensas que la naturaleza puso á los lados de la trompa del elefante! Sino hubieran conocido la necesidad de la averiguacion de este punto á fondo, no le hubieran examinado tan menuda y escrupulosamente unos escritores de la mayor autoridad. ¿Y qué haré yo cuando los encuentro tan contrarios en sus opiniones? Las razones con que cada uno procura establecer su sentencia son del mayor peso; las considero, padres conscriptos; me hacen fuerza y me tienen confuso, pero ahora mismo se me previene aquel medio término con que

los sabios legisladores muchas veces abrazaron las sentencias entre sí opuestas de los antiguos jurisprudentes, y este rumbo pretendo seguir: para que sean colmillos hay razones muy contrarias; y muy contrarias razones tambien para que sean cuernos; pues no sean precisamente lo uno ni lo otro; pero participen de las dos cosas, y llámense en adelante colmilli-cuernos ó cuerni-colmillos, segun mas agrade á vuestra profunda sabiduría á cuya decision juiciosa someto mi parecer. Aplaudió el congreso el feliz hallazgo, asi quedó establecido para en adelante, y enriquecido aquel teatro literario con tan importante descubrimiento.

El otro asunto que mientras estuvimos allí se ventiló, fue acerca del alma de los brutos. El reverendo barbon de la cátedra sostenia, que ésta no era otra cosa que una entidad, aunque material, distinta de toda materia, la cual vivifica al bruto, y es el principio de sus operaciones y de su sensacion; confirmaba su doctrina con mil ejemplos: no se comprende, decia, cómo sin prin-

cipio de sensacion podrá explicarse el eretismo y expeluzamiento de la cola del gato á la vista del perro su contrario ; como (y dirigió hácia mí el semblante) lo que testigo de vista el caballero Enrique , nos anunció la gaceta años pasados , como particularidad digna de la pública noticia , del ciervo que se murió apesadumbrado por haber perdido su compañía. ¿ Para qué aun los mismos del partido opuesto á nuestra sentencia castigan á las bestias que tienen á su cuidado , á fin de que suspendan ó ejecuten algunas de las acciones de que son capaces , si estas no obran mediante principio alguno de sensacion ? Finalmente , se valió de mil preciosas corroboraciones , que á favor de su sentencia recogió en un viage que hizo por el mundo indagando verdades cierto docto filósofo.

Era el argumentante un mono jóven y resoplado , dotado de tanta fuerza de pulmones que á breve rato logró atolondrar á los circunstantes ; su intento se reducía á persuadir que no eran las bestias otra cosa que ciertas máquinas sin razon ni sensacion alguna , cu-

yas operaciones tenian sus principios de los espíritus animales; esto es, de aquella parte de sangre mas sutil, mas pura y mas espirituosa que se trabaja en el cerebro del bruto, y desde alli discurre por todos sus miembros, gobernándolos, vivificándolos y nutriéndolos, ó en los que se dice no tienen sangre, de la porcion mas purificada de aquel humor ó suco que equivalentemente corre por sus propios canales: no le hacian fuerza los ejemplos innumerables que en su favor habia propuesto el contrario; pues, replicaba, es necesario concluir que si las acciones de las bestias de temor, de gozo, de amor, de reconocimiento y de las demas pasiones de que parece son agitadas, provienen de conocimiento que tienen de su enemigo, de su bien, de su compañía, de su bienhechor ó de cosas semejantes, yo puedo inferir contra vuestra sentencia que ratiocinan. ¿Qué otra cosa es sino ratiocinar en el concurso de varias ideas comparar el tiempo presente con el pasado, reflexionar sobre sus actos, é inferir varias consecuencias! y ¿qué otra cosa ejecutan las bestias si obran con

conocimiento ó llámese instinto? El perro del ciego, que cuando su amo hace cierta seña salta por el arillo, y cuando la omite ladra sin querer brincar, en suposicion de vuestra sentencia del alma sensitiva, es fuerza que así lo haga porque se acuerda de que cuando le enseñaron le castigaban con el látigo sino saltaba al ejecutarse la tal seña; y por el contrario: pregunto ¿podrá esto explicarse sin que manifestamente se vea que este animalillo compara el tiempo presente con el pasado, y con una lógica natural infiera, luego que vé la contraseña, con que si ahora no salto, sufrirá como antes el castigo; ó por el contrario? y ¿no es esto raciocinar? Si lo negais adquiere mi sentencia mayor corroboracion, y se destruyen vuestros fundamentos, pues si aunque veamos en las bestias unas operaciones totalmente semejantes á las que se obran mediante una alma racional, no obstante afirmais que no raciocinan; igualmente, aunque advirtamos en ellas los efectos de una verdadera sensacion, yo puedo defender que no tienen la dicha alma sensitiva. Añadia á todo esto,

que sino se admitian las operaciones de los brutos como efectos necesarios del mecanismo de unas máquinas compuestas por la sabia naturaleza, sino por el principio de un alma sensitiva, que los determina sus acciones en fuerza del discernimiento de los objetos, es muy difícil comprender ú explicar que no estan dotadas de una perfecta libertad de indiferencia; porque ¿qué les falta para ella, si tienen la excepcion de ser forzados interiormente para algun acto, y son dotados de una total espontaneidad para ejecutarlo? El dicho perro del ciego que salta aunque esté cansado, dá á entender que comparando su cansancio con el dolor del látigo que le amenaza, tiene á este por mas insupportable que aquel, y así elige el saltar por evitar el castigo. Por ventura ¿no sucede lo mismo á los racionales dotados de libertad, que eligen uno de dos contrarios, despues que examinadas las razones hallan por mas conveniente ejecutar la accion que suspenderla, ó por el contrario?

Como aqui no es mi animo escribir cuestiones, sino dar á entender el es-

tado de las ciencias por mayor de aquellos países, no quiero añadir otras muchas razones, argumentos y sutilezas, que acerca de este punto se propusieron por una y otra parte; ello es que la contienda paró como la antecedente en voces, en que ni uno ni otro se daba por vencido; y en que el monazo catedrático hubo de sosegar los ánimos y hablar magistralmente de este modo: no se puede negar, señores, que en una y otra sentencia hay insuperables dificultades; apenas puede darse solución á una, cuando renacen de ella duplicadas objeciones, muchas y largas consideraciones me ha debido este punto, y no he hallado convencimiento que me haga fuerza, hasta que (según mi común método) he abrazado un medio término entre los dos extremos, definiendo al alma de los brutos: una sustancia media y participante de los dos extremos materia y espíritu, capaz de percepción y sentimiento, y privada de raciocinio y de discurso.

Luego que propuso este sábio su sistema me levanté, y haciendo una profunda cortesía al respetuoso teatro, me

encaminé á la calle; siguióme mi amigo Tulipan, y aunque quiso hacer el escolar lo mismo, le rogamos no se incomodase mas por nosotros; y por último á fuerza de nuestras instancias, despues de una descarga cerrada de importunos cumplimientos, logramos quedar solos. Insinuóme mi compañero que con gusto se hubiera quedado alli otro rato para haber oido explicar aquella para él nueva sentencia acerca del alma de los brutos; respondíle que desde luego la hubiera complacido á haber llegado á comprender su gusto, bien que solo por contemporizar, no porque yo desease oirla: paréceme, replicó, que no os ha agradado aquel sistema, porque hablais de él fuera de vuestra acostumbra política con una especie de desprecio; pues yo á la verdad soy de parecer que con él se desatan las principales dificultades que acabo de oir de los dos partidos opuestos: ¿qué inconveniente puede haber en admitir una sustancia media, que para no dotarla de racionalidad y discurso participe de la materia; y para no hallar contradiccion en que siendo materia perciba y

sienta, se la haga participante del espíritu? Yo á la verdad no la encuentro; con ella voy aqui interiormente allanando todas las dificultades que en las demas opiniones se han hallado; y mientras no comprenda mas claras que la luz del mediodia las nulidades de esta sentencia, he de ser á la corbata su partidario acérrimo. Pues creed, le respondí, que ni á vos ni á los filósofos sus secuaces he determinado concluir ni convencer; pero estad tambien seguro de que no seré yo del número de ellos, mientras no me expliquen sin sofismas como se pueden componer las grandísimas contradicciones que contiene el tal sistema; y para que no creais que es hablar sin graves fundamentos, os he de proponer algunas de sus dificultades por mayor, lo que diese de sí el breve tiempo que nos resta para llegar á nuestra posada.

Esta sustancia que se pretende que no siendo solamente materia, ni siendo solamente espíritu, sea partícipe de uno ú otro, no puede admitir medio entre tener ó no tener extension; si la tiene es compuesta de partes, por tan-

to es divisible, y consiguientemente excluye toda participacion de espíritu que es indivisible; sino tiene extension, no sé por donde se puede conceptuar material, porque la nocion de sustancia sin extension, capaz de sentir y percibir, es la que concebimos en la explicacion del alma racional; y en tal caso racionarian los brutos, pues no apareceria fundamento para probar lo contrario: se hace tambien mediante la dicha sentencia, imperceptible la diferencia específica entre el alma racional y la de las bestias: en primer lugar en sus operaciones, porque si la de los brutos sin ser solo materia ni solo espíritu tiene sensacion; la racional podria, sin ser solo materia ni solo espíritu, tener racionio, porque mas difícil se comprende sin duda el paso desde la privacion de sentido á la percepcion del objeto, que el paso desde el sentir al racionar, ¡absurdo inaguantable! En segundo lugar en cuanto á su muerte; pues no siendo la mortalidad ó destruccion de las criaturas materiales otra cosa que la descomposicion y desunion de las diversas par-

tes de materia que entre sí estaban enlazadas; si el alma de los brutos, como establece esta opinion, por la participacion y parte que tiene de espíritu carece de extension, y no puede ser dividida, porque como es espiritual es indivisible, por consiguiente no puede perecer sino por aniquilacion: ¿en qué se distingue entonces del alma racional? ¡impío absurdo! Ademas de lo dicho, si esta alma media entre espíritu y materia solo está dotada de sensacion, ¿cómo entenderemos bien explicados los raros fenómenos de la industria, afectos, pasiones é instintos ó como quieran llamarlos de los brutos? Concluuyamos, amigo Tulipan, y convenzámonos de la cortedad de nuestros discursos, cuando solicitamos engolfarnos en aquel inagotable océano de los prodigios de la naturaleza; observémosla para lo que corresponde á nuestro aprovechamiento y necesidades de la vida; pero no queramos entrar en el insondable mar de sus arcanos: utilicémonos con los prodigiosos efectos y virtudes que en las criaturas nos descubre la experiencia, y adelantemos

esta con la repetición de operaciones, sin perder demasiado el tiempo en la averiguación de sus ocultas causas. ¿Cuánto mas debemos al que descubrió en el iman la virtud reactiva, que á los que con fatiga inútil andan averiguándole por qué tiene ó en qué consiste la atractiva? ¿Cuánto mas útil fuera á las necesidades de nuestra miserable vida descubrir algun maravilloso efecto del marfil, ó algun secreto para usarle y trabajarle con mas facilidad, que gastar largas páginas en la pueril y fútil controversia de indagar si son cuernos ó colmillos los del elefante?

¿Cuánto tiempo pierde la juventud en la averiguación de semejantes fruslerías! ¿y qué útiles fueran sus luces al resto de los mortales, si despreciadas estas pedanterías y puerilidades, entrasen á ocupar su lugar las ideas de una lógica sin sofisterías, de una física fundada en seguras experiencias, y últimamente de unos conocimientos y principios en todas las ciencias y facultades, purgados de errores, pasatiempos y ridiculeces! en estas conver-

saciones llegamos á casa á hora ya de comer; descansamos y pasamos el resto del dia recibiendo algunas visitas de aquellos naturales, que con la noticia de nuestra llegada vinieron con espíritu de curiosidad á tratarme. Entre otras conversaciones tocaron la del estudio de la física, y particularmente las conclusiones del dia; yo no pude menos de decir mi sentir acerca de esta materia, confesando la dificultad de encontrar las causas de los maravillosos efectos de la naturaleza, y la mayor utilidad que trae el descubrirlos que el averiguarlos; los mas de aquellos doctos, aunque con diversas opiniones, sostenian obstinadamente la claridad con que mediante su física tenian como en la mano el conocimiento de las causas de sus fenómenos; entonces yo asegurándoles el supuesto con las mejores pruebas, y bajo mi palabra como testigo ocular, les propuse, que en virtud de lo que decian, me descifrasen segun sus respectivos sistemas de la generacion de los insectos, la causa de la renovacion de aquel que mientras estuvimos en la gruta halló un dia Roberto á las orillas de un arro-

yuelo, y que tanto llegó á admirarnos, segun tengo escrito en mi capítulo XV. del tomo I. Todos á un mismo tiempo querian decir su parecer; yo les supliqué que para mejor poder entender sus decisiones hablasen por turno; y ejecutándolo así, significaron sus opiniones segun en el capítulo citado tengo escrito, adonde remito al lector por no duplicar un mismo asunto.

Poco mas poco menos eran muy parecidas á estas las restantes universidades, que en mi vuelta por el reino encontré repartidas por sus vastas provincias, que por no ser demasiado molesto no especificaré en sus lugares respectivos; en unas estaba en mayor auge una facultad, en otras otra; en esta reinaba una extravagancia, en aquella otro disparate; hallé médico que me dijo, que la anatomía no habia traído á la medicina los adelantos que se creian; encontré jurista que trataba á vista y paciencia de todos los legisladores, de bárbara, impía é inculta la legislacion (especialmente criminal) con que desde tiempo inmemorial se gobernaban todos aquellos

países; hablé con matemático que (no obstante estar propuesto como paradoja) en media docena de páginas habia dado á luz disuelto (segun decia) el problema de la cuadratura del círculo; traté á físico que sostenia que el gusto no era sentido distinto del tacto y del olfato, sino un compuesto de los dos; como tambien que la distincion que hacia la oveja y todo animal que paca entre las yerbas venenosas y proficuas, apacientándose de éstas, y no tocando á aquellas, pendia de un sentido inominado, de que carecen los racionales; por último, para abreviar, no habia ciencia ó arte que careciese de sus despropósitos, ni se pensaba despropósito que no fuese adoptado por algunos de sus facultativos: á tanto llegaba en unos la ignorancia, y en otros el insaciable deseo de singularizarse. Pero volvamos á tomar el hilo de nuestras memorias.

Detuvímonos algunos meses en Polymatia, en donde recibimos un copioso socorro de Simiópolis, segun habiamos enviado á pedir, aunque despues de algun tiempo, por causa del poquísimos comercio de dinero que des-

de aquella ciudad de las letrás hay con lo restante del reino; allí trabé amistad con algunos (pocos) sábios, con cuyas luces pude separar la alquimia del oro, esto es, los verdaderamente tales, de los que lo son solo en la apariencia; unos se lo persuadian á sí mismos, y estos eran tontos incurables; otros hinchados y soberbios atraían á su ignorancia á mil incautos que se dejaban guiar de su necedad y de su orgullo; éstos eran tontos perjudiciales; y unos y otros los que formando partidos irresistibles, se erguían á fuerza de número, y de no sé qué ocultas protecciones, y tenían el pie sobre la cerviz de los que estaban colmados de un verdadero mérito. Nunca pude ponerme de parte de sus sinrazones; esto bastó para hacernos odiosos á sus ojos; y no pudiendo sufrírnos, armaron contra nosotros sus máquinas; el poder que tenían con algunos poderosos era el móvil para la ejecución de sus injusticias; experimentámoslas nosotros, pues al cabo de cerca de un año, sin saber el motivo, nos hallamos con cartas de la corte mandándonos seguir nuestro camino; lle-

garon estas á tiempo que yo me hallaba convaleciendo de unas molestas tercianas que me habian debilitado mucho; pero el corregidor de la ciudad era del bando de los revoltosos, y pudiéramos haber tenido que sentir (justa ó injustamente, porque era causa de empeño de sus amigos) sino hubiéramos obedecido prontamente, por lo que á costa de mil incomodidades y trabajos hube de resolver el ponerme en marcha con peligro de recaída; despedímonos de nuestros amigos, que quedaron blasfemando de sus compañeros, y emprendimos nuestro viage á jornadas muy cortas por mi quebrantada salud.



gaton estas a tiempo que yo me halla-
 ba contrayendo de una molesta fer-
 cuna que me habian dado de un
 cho; pero al contrario de lo que
 era del punto de las revoluciones y por
 distantes haber tenido que ser en (por
 lo de importante, porque en
 de empresa de sus amigos) sino habia
 ramos obediencia (por lo
 que de la de los intereses y
 trabajos para de resolver el problema
 en muchos compendio de necesidades
 potencias de estos intereses que
 daban lugar a los de sus compañeros
 y emprendimientos nuestro y de los
 que me voy por mi (por lo de
 el).

ÍNDICE

de los capítulos que contiene este
tomo tercero.

CAPÍTULO I. <i>Plan de la casa del señor Haya despues de la boda: trátase tambien de los lutos de corte.</i>	pág. 1
CAP. II. <i>Del mutuo obsequio de Tulipan y la marquesa de la Mielga.</i>	17
CAP. III. <i>Del diálogo que pasó entre Roberto y Enrique, en que se descubre el carácter, generalmente hablando, de los jóvenes simiopolitanos.</i>	37
CAP. IV. <i>Determina Enrique acompañar á Tulipan en su viage al real sitio.</i>	47

CAP. V	<i>De los escritores públicos.</i>	66
CAP. VI.	<i>Ajusta Tulipan su viage para el real sitio.</i>	87
CAP. VII.	<i>De los discursos del señor Moral.</i>	104
CAP. VIII.	<i>Siguen los discursos del señor Moral.</i>	126
CAP. IX.	<i>De la escuela pública que tenia en el real sitio el señor Tamarisco.</i>	157
CAP. X.	<i>Convite que tuvo Enrique en casa de la marquesa de la Castaña.</i>	192
CAP. XI.	<i>De las aventuras de Tulipan y sucesos de Ajenjo y sus paisanos.</i>	213
CAP. XII.	<i>Del destierro de Enrique y Tulipan; y camino que emprendieron.</i>	252
CAP. XIII.	<i>De la prision de Enrique y Tulipan en una aldea al paso de su viage.</i>	278
CAP. XIV.	<i>Llegada de Enrique y Tulipan á una universidad.</i>	303

CAP. XV. <i>Observaciones acerca de las ciencias de aquellas provincias.</i>	319
CAP. XVI. <i>Prosigue la materia del capítulo antecedente.</i>	339

